

ALGUIEN COMO



MYRIAN GONZÁLEZ BRITOS

Alguien como tú



Myrian González Britos

© 2019 Myrian González Britos
Todos los derechos reservados

Queda terminantemente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Primera edición marzo 2019

ISBN: 978-1091468870

Nota de la autora

*Quién diría que un día te encontraría
y formarías parte de mi vida.
Si me lo hubieran dicho antes,
no lo creería.
Eres y serás siempre
mi más bonita casualidad.*

Agradecimientos

Agradezco a Dios y a mis ángeles en primer lugar. A mi madre, a mi padre, a mis hermanos y en especial a mi marido, que siempre me han apoyado y animado a perseguir mis sueños...

A mis amigas y lectoras: Paloma Samanta Jaen, Teresa Mateo Arenas, Jessica Sabio, Patricia Alejandra Celedón Aguilera, Yoli Caballero, Flavia Farias, Mariluz Aquino, Eva de Ponce y a todos mis futuros lectores.

Alguien como tú

♪Lost without you - Freya Ridings♪

*«Nací cuando ella me besó,
morí el día que me abandonó,
y viví el tiempo que me amó».*

(Humphrey Bogart: In a Lonely Place)

Elena cruzó la calle mientras llovía con cierta inclemencia aquella sombría y triste tarde en que enterró a su padre. Dejó a su madre en su casa. Ella quería estar sola con sus mejores recuerdos.

Observó con tristeza la plaza que se encontraba a pocos metros de la casa de sus padres, donde vivió sus mejores recuerdos los últimos años. Cogió su móvil y buscó una canción adecuada a su estado anímico, le gustaba poner una melodía a los momentos de su vida como solía ocurrir en las películas. La canción «*Lost without you*» de la cantante Freya Ridings empezó a sonar, entremezclándose con el ruido peculiar de la lluvia. La letra la dejó sin aliento y las lágrimas se hicieron presentes, una vez más.

*Parada en el andén, viéndote marchar,
es como ningún otro dolor que haya conocido jamás.
Amar tantísimo a alguien, no tener el control.
Tú dijiste: quiero ver el mundo. Y yo dije: vete.*

*Creo que estoy perdida sin ti,
simplemente me siento destrozada sin ti.
He sido fuerte durante tanto tiempo,
que nunca pensé en cuánto te necesitaba.
Creo que estoy perdida sin ti.
Desconocidos pasan de largo a toda prisa,
solo intentan llegar a casa.
Pero tú eras el único puerto seguro que he conocido.
Me golpea a toda velocidad,
siento que no puedo respirar,
y nadie conoce este dolor dentro de mí.
Mi mundo se está derrumbando,
nunca debería haberte dejado ir.
Creo que estoy perdida sin ti.
Creo que estoy perdida, perdida, perdida.
Creo que estoy perdida sin ti, ti.
Me siento destrozada sin ti,
porque he sido fuerte durante tanto tiempo
que nunca pensé en cuánto te quiero.*

—Hasta siempre, papá —dijo llorando—, siempre te extrañaré.

Elena caminó varias manzanas antes de coger un taxi y marcharse a su casa. Escuchó una y otra vez la canción, el himno de su corazón roto. Unas lágrimas atravesaron su rostro mientras evocaba las últimas palabras de su padre:

—Solo prométeme que serás feliz, hija.

Tenía casi treinta y siete años. Soltera. Desesperada. Un trabajo de mierda en una tienda de ropas baratas y una lista larga de fracasos amorosos.

—No sé qué significa eso, padre.

Miró a su padre con el corazón hecho trizas. Tras dos años luchando contra el maldito cáncer, al fin se entregaba a sus crueles garras y se dejaba vencer por él.

—Cuando encuentres la felicidad, sabrás de qué te estaba hablando,

hija.

Nunca pudo darle un nieto. Nunca podrá llevarla al altar. Nunca verá crecer a sus nietos. Nunca más podrá darle un abrazo o un consejo sin sentido mientras intentaban pescar algo en el lago del pueblo.

«Nunca más».

Su padre y su madre eran la pareja ideal, la pareja enamorada que dio vida a sus sueños amorosos. Quería con vesania ser así, amar así. Con tanta pasión, con tanta ternura y tanta dedicación. Elena era consciente de que su madre no viviría mucho tiempo, de que su corazón no resistiría muchos abriles como su padre le pidió la última vez que la vio. No, su madre se marcharía pronto, pero antes, Elena debía darle un nieto y para ello, buscaría al padre perfecto, aunque no fuera el amor de su vida.

—Llegamos, señorita.

Pagó al taxista con esos pensamientos.

—Gracias.

Cuando bajó del coche vio al otro lado de la acera al hombre más atractivo que jamás pensó ver en su vida. ¿Quién era? Deslizó sus ojos azabaches por su cuerpo atlético. No podía constatar cuán definido eran sus músculos, pero sí podía afirmar que eran duros, al menos eso dejaba apreciar la tela de sus ropas un pelín ajustadas. Su pelo voluminoso de color castaño claro realzaba su piel nívea y sus ojos claros. No sabía si eran azules o verdes, pero sí que eran claros. Frunció el entrecejo sin moverse de su sitio. Él estaba bajo un paraguas negro y llevaba una gabardina del mismo tono con los botones desabrochados. Abajo lucía un suéter gris ceñido a su torso musculoso y unos vaqueros azules oscuros. Era un hombre alto y bastante elegante. Su rostro era imposible de definir con palabras. Tenía el mentón cuadrado con un hoyuelo pronunciado, nariz respingona, una boca apetecible y unos pómulos bien marcados. ¡Dios! Sus ojos eran tan expresivos que los

gatitos sentirían envidia de su mirada.

—Jo —dijo sin aliento—, ni los actores de las películas podrían compararse con él. ¿Era real o una alucinación?

Él miró su reloj y alargó la mano para detener un taxi. Alzó la vista antes de abrir la puerta y sus miradas se cruzaron. Elena se dio la vuelta y puso cara de espanto al ser pillada. Aceleró los pasos hacia su edificio y se metió en él con el corazón latiéndole a mil por hora.

—¡Jo! —exclamó soplándose la cara con una mano—, necesito un café recargado.

Sus mejillas le ardían mientras una sonrisa le curvaba los labios. Por un momento, por un breve momento, aquel desconocido la hizo sonreír.

«El mejor regalo que puede darte una persona es una sonrisa, hija» le decía siempre su sabio padre.

—Era cierto, papá.

Tal vez jamás volvería a verlo en su vida, pero aquel rostro, ¡madre mía!, jamás lo olvidaría.



Alan miró su reloj con cierta impaciencia tras subirse al taxi que había cogido enfrente de su nuevo hogar. Pronto sería un hombre divorciado, libre y disponible para que una mujer vuelva a romperle el corazón. Dana, su mujer, le dijo que no lo amaba lo suficiente como para seguir a su lado. Alan cometió un solo error: pedirle un hijo. Tenía cuarenta años y anhelaba ser padre como cualquier hombre enamorado. Sin embargo, su mujer, no pensaba igual y prefirió terminar con la relación antes de que las cosas se complicaran.

—No tengo instinto maternal, Alan —le dijo con rotundidad—, no quiero hijos y tú lo sabías cuando nos casamos.

Alan sonrió con amargura al volver al presente.

—Lo sabía —se dijo, apenado.

Necesitaba nadar, encontrar una piscina para ahogar sus penas. Nadar siempre fue su escape.

—¡Aquaman! —le decía siempre su mejor amigo—, eres el sireno perfecto.

Su amigo le tocó el culo.

—Tritón —le corregía él.

Jason repitió su gesto anterior y Alan resopló.

—Sireno en mi mar, carita de ángel.

Esbozó una sonrisa al evocar a la joven de la gabardina roja y las botas del mismo tono al volver al presente. ¿Quién usaba botas rojas como la mujer Maravilla en aquellos tiempos? Soltó una risita por lo bajo. Nunca había visto un rostro más hermoso que aquel. Probablemente jamás volvería a verla, pero la recordaría durante algunos días.

Su móvil sonó, era su mejor amigo, Jason, el dueño de un bar gay.

—¿Vendrás o no? —le dijo con su peculiar voz de macho reprimido—, necesitas ahogar tus penas, Alan.

Alan sonrió con tristeza antes de coger un taxi. Dentro de un mes sería un hombre libre, legalmente hablando.

—Aún puedes pasarte a mi bando, Alan.

Jason era gay, lo había asumido en la universidad tras ser pillado con el entrenador de fútbol en el vestuario. El escándalo se transformó en una decisión. Su padre lo rechazó durante cinco años, pero lo aceptó tras sufrir un grave accidente que lo dejó en una silla de ruedas, alegando que era el castigo del universo por haberlo rechazado. Jason lloró como solo una vez lo hizo, cuando vio Titanic por primera vez en el cine.

—Llegaré dentro de unos minutos, amigo.

Jason resopló. Le dijo que actuaba como la mujer de la relación y que

debía sacar a flote su homosexualidad reprimida. Alan le dijo que no era gay y que no volverían a besarse. Una vez, en la fiesta de despedida de soltero de Alan, lo besó y él, llevado por la adrenalina, le correspondió. Pero no le gustó el tema, así que abandonó sus propósitos homosexuales aquella misma noche.

—No puedo creer que Dana te haya dejado —dijo con hastío—, ¡eres el tío más guapo que jamás conocí! Mataría por chuparte.

Aquello dejó ruborizado a Alan hasta las orejas. Siempre resaltaban su «aspecto» y nunca supo cómo sobrellevar el tema. Se sonrojaba como un tomate y pasaba a otro tema con agilidad. Ni el Correcaminos sería tan veloz como él a la hora de huir de los cumplidos.

—Nos vemos, Jason.

—O nos chupamos.

Colgó el móvil tras despedirse de su amigo. Subió al taxi y en lugar de dirigirse al bar, fue a la plaza donde conoció a su mujer. Recorrió el sitio con lágrimas en los ojos. Era un sentimental, algo que Dana siempre detestó en él. Prefería a un hombre frío, distante y sexópata. Alan siempre fue muy cariñoso, jamás le pegaría como le rogaba en la intimidad o haría cosas sucias como en las películas porno. Dana era de las que prefería al malo de las historias, nunca al bueno, según su dulce abuela, la mujer que lo crio tras la muerte de sus padres.

—Es hora de decir adiós —se dijo con un dolor agudo en el pecho—, yo te amé —acotó antes de sacarse el anillo de boda y depositarlo en el columpio donde le pidió su mano en casamiento—, adiós, Dana.

Se volvió y se marchó del lugar rumbo a su nuevo hogar tras llamar a su amigo. Aquella noche no tenía ganas de ver a nadie. Cogió otro taxi tras comprar una botella de vino y una copa de cristal de un supermercado. Llegó y encendió la luz. Se quitó la gabardina y la colgó en el perchero del recibidor. Abrió la botella y se sirvió el vino mientras la canción: «*Be alright*» de Dean

Lewis empezaba a sonar en su móvil. Se acercó a la enorme ventana de la sala con la copa entre manos.

—¿No puede ser?

Sus ojos se encontraron de golpe con la chica de la gabardina roja, en el edificio de la acera contigua. Fijó sus ojos en ella, que infelizmente, lloraba con mucha amargura, sentada sobre el alféizar y abrazada a un peluche de color marrón. ¿Por qué estaba tan triste? Su corazón se encogió ante su dolor. No lo conocía, pero lo sentía como si le perteneciera. De cierta u otra manera, estaba tan mal como ella. Se sentó sobre la repisa de la ventana y dobló sus piernas a la altura de sus pechos y sollozó en silencio por el fin de una historia que pensó que duraría más que tres abriles.

—Adiós, matrimonio.

Quizá la chica de la gabardina pasaba por algo similar, por alguna pérdida o el fin de una historia.

—Salud —dijo pensativo antes de beber un sorbo de su copa—, por un final feliz para los dos.

Elena giró su rostro y se encontró con el hombre del rostro perfecto. Sus ojos se abrieron como platos y mal pudo disimular su asombro.

—¿Vive allí?

Elena esbozó una sonrisa más interna que externa cuando una brillante idea cruzó su mente.

«El padre perfecto para mi bebé» pensó con una sonrisa en los labios.

Alguien como ella

♪Be alright - Dean Lewis♪

«Todos los hombres mueren, pero no todos han vivido».

(William Wallace, (Braveheart))

Alan acababa de salir de su trabajo con una caja de cartón y un cheque entre manos. Lo habían despedido y, según Lila, su ex tenía algo que ver con el asunto. Su amiga regordeta y nada agraciada, le dijo que Dana salía con el gerente de la empresa hacía un par de meses. ¿Por qué no se lo dijo antes? Quizás lo hizo, pero estaba tan enamorado que no comprendió el lenguaje secreto de las mujeres. Eva, su otra colega, una mujer alta y muy delgada, le dijo que era el toro de la oficina, aquello no era un cumplido, en absoluto.

—Es lo malo de trabajar con tu pareja —le dijo Sofía, su amiga bajita y rellenita—, conseguirás un buen trabajo, Alan.

Tenía casi cuarenta años, ¿quién lo contrataría? Se vio sentado en la esquina de un edificio, pidiendo limosna con un perro. Luego los de protección de animales se lo quitarían y lo dejarían a él solo, completamente solo.

—Gracias por acompañarme hasta aquí, chicas.

Sus amigas lo abrazaron y lo manosearon como mandaba el repertorio. Siempre lo hacían y él nunca les reprochaba. Ojalá su ex lo viera con los mismos ojos que sus amigas desvergonzadas y algo desesperadas.

—Si no encuentras con quién echar un polvo, llámame —le dijo Lila—, siempre estoy disponible —se miró con cierto asco—, moriré en modo «disponible y mal amada».

Alan le dio un beso en la mejilla y le sonrió con ternura.

—Cuando me recupere de esta fase, te buscaré —le prometió y le guiñó un ojo—. Muero por echar un polvo contigo.

Lila sonrió con melosidad. Moría por acostarse con él desde el primer día que lo vio, pero descubrió algo que la dejó como una piedra.

«Lástima que no te gusten las mujeres» pensó la mujer.

Alan se alejó de sus amigas con la caja, su cheque y su orgullo atado a una cuerda imaginaria a sus pies. Su corazón estaba en algún cubo de basura al lado de su virilidad magullada.

—No puedo creer que sea gay —comentó Lila—, me parecía tan macho.

Sus amigas asintieron apenadas.

—Es demasiado guapo y atento, ¡nunca olvidaba ninguna fecha!

—Y adoraba las comedias románticas y los libros rosas —adujo Sofia, tras resoplar—, las señales eran claras.

Las tres asintieron antes de volver a la oficina. Alan caminó varios kilómetros, absorto en sus pensamientos y en su enorme tristeza. Repasó mentalmente lo que había visto en la sala de su superior: él abrazado a Dana. ¿Cómo podía explicar el dolor que sintió al verla con otro? Fue como si le hubieran arrancado el corazón en carne viva. Su móvil sonó, era Jason.

—¿Te han despedido? —preguntó atónito—, ¿por culpa de la zorra de tu ex?

Según las mujeres, las cotillas eran suyas por excelencia, pero a los hombres también les encantaban cotillear, tanto o más que a ellas. Alan cogió un autobús mientras le relataba a su amigo lo que había sucedido. Jason puso sus ojos en blanco unas tres veces consecutivas.

—Es una puta de mierda.

Alan le reprendió y le pidió que no se refiriera así a su ex. Jason vocalizó la palabra «puta» unas tres veces antes de volver a hablar.

—Es una Marilyn Monroe.

Era su manera de referirse a las mujeres malas. Una mujer que mantenía relaciones con dos hermanos al mismo tiempo, era algo inaceptable, decía Jason. La canción «*I'll be there*» de Jess Glynne sonaba en el autobús. Era la favorita de su ex.

—Tendré que buscar un trabajo —le dijo Alan tras ceder su asiento a una mujer—, me prostituiré.

La mujer lo miró con atención.

—Es una broma —acotó Alan, ruborizado hasta los huesos—. No me venderé.

«Calla» le dijo su cerebro. Ella lo miró con lascivia y sus mejillas empezaron a arderle aún más.

—Trabaja conmigo, Alan —le dijo su amigo—, tu belleza es como estiércol para las moscas.

Alan frunció su entrecejo algo confundido.

—¿No era la miel la que atraía a las moscas?

Jason preparaba café en su máquina del tiempo, una cafetera antañona que le regaló su dulce abuelita el invierno pasado. Una reliquia familiar.

—En tu caso es el estiércol —repuso tras soltar un taco—, la miel atrae, pero el otro atrae mucho más.

Alan puso sus ojos en blanco y sonrió. Se sentó en un asiento libre y

colocó la caja sobre sus piernas con aire pensativo.

—No comprendo por qué Dana te dejó, Alan.

Jason dio un puñetazo a la máquina y la misma empezó a funcionar.

—Dana es como esta maldita cafetera, debes tratarla mal para que funcione.

—Uhm.

—¿Qué tal eras en la cama? ¿Salvaje o dócil? ¿Grey o Darcy?

Una anciana acababa de sentarse al lado de Alan. Lo miró con dulzura y él le dedicó una sonrisa melosa. Las ancianas le recordaban a su abuelita, Jenna.

—No sabría decírtelo, Jason.

Su amigo le dijo que Dana fingió amarlo casi tres años, así que podía sacarse sus propias conclusiones. Aquello destrozó un poco más el ego de Alan.

—Tengo la solución, te presentaré a Jessica, una amiga ninfómana que te enseñará a ser un Vin Diesel en la cama —tosió—, pero más furioso que rápido —apostilló y Alan se echó a reír.

—Gracias, pero no creo que sea necesario, Jason.

Su amigo se sirvió un poco de café y suspiró embobado ante el aroma de aquel líquido vital para él.

—Lo tienes bien grande, pero no sabes usarlo, Alan.

Alan entrecerró sus ojos al oírlo.

—Ya sabes, grande y bobalicón, chico y juguetón —se mofó su amigo entre risotadas—, Jessica es experta en el tema y te enseñará el arte de ser un buen macho en la cama —hizo una pausa—, un Darcy con sombras —acotó risueño—, es lo que desean las mujeres, aunque Jessica prefiere a todos los Mercenarios y en la misma noche.

Alan le agradeció su oferta, pero Jason lo ignoró y temió lo peor.

¡Pronto sería el conejillo sexual de la tal Jessica!



Elena salió de su trabajo y escuchó los últimos audios de su padre, fingiendo que acababa de recibirlos. Las lágrimas se hicieron presentes mientras la canción: «*Everywhere I go*» del grupo Sleeping at last sonaba en sus auriculares.

«Ten fe en ti, hija» le dijo su padre en uno de los audios.

Elena bajó del autobús con un enorme nudo en el pecho y se dirigió al parque de su vecindario. Se sentó en el columpio y se meció mientras devoraba un bocadillo que se había preparado antes de marcharse a su trabajo. De pronto, vio algo en la arena, algo brillante. Se levantó y cogió la alianza de boda de quién sabe quién. ¿Sería alguna señal?

—¿Quieres casarte conmigo, Elena? —imitó la voz de un hombre rudo—, ¿para amarte, respetarte y follarte hasta que la muerte y la impotencia nos separe?

Deslizó la joya en su dedo anular y sonrió.

—Sí, acepto.

Era el hombre de sus sueños, pero con un defecto, era invisible.

—¿Lo esencial no era invisible según el Principito? —se dijo con sorna.

Volvió a sentarse en el columpio y se meció levemente con los pies. Se echó una mirada y resopló hastiada. Aquel día llevaba una camiseta negra con el símbolo de Superman en el pecho, su héroe favorito, unos vaqueros ajustados y algo ajados y unas zapatillas All Star de color rojo.

—Quizá un friki se enamore de mí —se dijo pensativa, lapso en que vio al hombre del rostro perfecto a pocos metros de ella—, el padre de mi hijo —murmuró y sonrió con ternura—, oh, ¿qué le pasa?

Alan estaba sentado en un banco y lloraba con amargura. El corazón de Elena se encogió al verlo tan triste. ¿Qué tenía? Alan no podía controlar el llanto y terminó siendo rehén de él. Le dolía su realidad, le dolía amar tanto a alguien que nunca lo respetó y, mucho menos, lo amó. Colocó la caja de cartón a su lado y enterró su cara entre sus manos. Elena se levantó y cogió un pañuelo de su bolso raído. Dio exactamente dos pasos antes de frenar. Abrió como platos sus ojos al ver cómo un hombre, guapísimo, por cierto, estrechaba a Alan con mucho afecto, demasiado afecto para su gusto. Un ronquido de asombro se le escapó ante la «tierna escena».

—¿Es gay?

El otro hombre, idéntico a Ian Somerhalder, por cierto, apretujó las nalgas de Alan y respondió a su pregunta de manera tácita.

«Oh» dijo azorada.

—Qué pena.

Jason ahuecó el rostro de su mejor amigo y le dio un beso en la mejilla. Le dijo algo gracioso, ya que Alan rio de buena gana. Jason volvió a tocarle el culo.

—¿Por qué no me sorprende? —se dijo Elena con suspicacia—, ¡era demasiado guapo para ser hetero!

Se marchó del lugar evocando una y otra vez a su vecino sexy y gay. Colocó las llaves sobre la mesita rinconera de su recibidor y miró estupefacta el departamento de Alan.

—¿Por qué me haces esto? —dijo Elena con tristeza—, esa barba con algunas canas me vuelve loca —se mordió el labio inferior con lascivia.

Alan acababa de salir del cuarto de baño, envuelto en una toalla blanca. Elena lo miró con sigilo, para no ser descubierta. De pronto, el otro hombre apareció y le quitó la toalla. Elena soltó un grito al verlo de espalda.

—¡Madre del amor hermoso y el culo precioso! —chilló al ver aquel

espectáculo sin nombre—, ¡es perfecto!

Alan tenía el cuerpo de un nadador profesional. No era muy fuerte, pero cada músculo se podía apreciar a simple vista. Jason se quitó la camiseta, ya que Alan le derramó agua.

—Vaya —musitó Elena—, dos hombres súper guapos copularán en mi frente y, lo peor de todo, es que me estoy excitando.

«Depravada» se dijo. Su timbre sonó, era su mejor amiga, Daniela. Elena abrió la puerta y ella levantó y bajó las cejas de un modo muy cómico. Daniela tenía rasgos muy similares a la actriz Mila Kunis, aunque el pelo era más rubio.

—¡Hola! —saludó con alegría—, ¡madre mía! —exclamó al ver a Alan y a Jason corriendo por la casa en paños menores—, ¡qué horror!

Daniela era lesbiana, por cierto. Elena rio de buena gana y su amiga se tapó los ojos.

—¡Mis ojos! ¡Mis ojos sangran!

Corrió las cortinas y se santiguó. Elena lamentó no poder ver a su vecino, el futuro padre de su hijo. Frunció el entrecejo con expresión dubitativa. ¿Cómo lo haría?, no tenía la menor idea, pero Alan era perfecto y estaba dispuesta incluso a secuestrarlo y violarlo para obtener sus espermatozoides.

—¿Lo del bebé iba en serio, Lena?

Elena sirvió dos tazas de café y unas galletas de canela y jengibre que había hecho el último fin de semana.

—Sí, y ya tengo al padre.

Daniela la miró con asombro.

—No será ese colega tuyo, el tal Nick ¿verdad?

—¿El que me rechazó en plena navidad, Daniela?

Elena evocó a su colega, el hombre que descuartizó su corazón y luego

lanzó sus pedacitos a los perros hambrientos. Aquella experiencia seguía doliendo como el primer día.

—¿Aún lo quieres, Lena?

Querer no era la palabra correcta, lo deseó, pero no lo quiso.

—No quiero hablar de eso.

Nick no la quería, nunca la quiso, al menos no como ella a él. Elena confundió carencia con amor.

Daniela asintió sin replicar.

—¿Vemos «Jamás besada»? —propuso Elena.

Daniela y ella eran fanáticas de Drew Barrymore desde la adolescencia. Tenían todas sus películas y, a pesar de conocerlas de memoria, no se cansaban de verlas nunca.

—Me encanta, a ver si Santa Drew te ilumina un poco ese coco nublado —se burló Daniela tras tocarle las cachas—, ¡pásate a mi bando!

Elena soltó un «uy» ante el roce inesperado.

—¡Jamás! ¡Amo la salchicha y odio el sushi!

Daniela resopló.

—No sabes lo que te pierdes, Lena.

Elena limpió sus cacharros cuando Daniela se marchó. Se lavó los dientes y se puso la camiseta con el símbolo de Batman, que le llegaba hasta los muslos. Colocó la canción: «*I gotta feeling*» de su grupo favorito de todos los tiempos: The black eyed peas. Cogió su cepillo de pelo y empezó a cantar como si fuera Fergie. Giró sobre sus pies al ritmo de la canción.

Alan acababa de salir de su cuarto rumbo a la cocina cuando vio a la chica de la gabardina roja. Ralentizó sus pasos y se quedó mirándola con cara de idiota. Elena saltaba y dejaba a la vista su ropa interior de paso.

—Bob Esponja —dijo él al atisbar al simpático dibujo en la parte trasera de la ropa íntima de Elena—, interesante.

Elena se perdió en la canción, sin percibir el escrutinio de su sexy vecino, que acababa de tener efectos secundarios ante las oscilaciones sensuales de sus caderas.

—Jo —dijo Alan y bajó la mirada—, necesitaré una ducha fría para calmar a mi Bob Esponja.

Elena se volvió y soltó un grito al verlo al otro lado. Luego se acordó de que a él no le gustaban las mujeres y se relajó. Se acercó a la ventana y lo saludó con la mano. Alan la miró con ojos interrogantes y lujuriosos. Elena le sonrió y él le devolvió el gesto algo desencajado. ¿Ella estaba flirteando con él?

«¿No es evidente?» resonó la voz de su amigo en su cabeza.

Alan temía que su ropa interior estallara en cualquier momento. Tenía una erección casi dolorosa entre las piernas. Nunca le había pasado antes, ni siquiera con Dana. ¿Era la abstinencia de casi cinco meses o su vecina el motivo real de aquel efecto?

«Eres malo en la cama y por eso te dejó tu mujer» le dijo Jason por la tarde.

—Tal vez tenía razón.

Elena se volvió y se marchó a su cuarto, dejándole con el corazón latiéndole a mil por hora. Se pasó las manos por la cara y luego por la nuca con nerviosismo. Cogió su móvil y envió un SMS a su mejor amigo.

«Acepto el trabajo y la ayuda de Jessica» escribió.

Tardó más de cinco minutos en pulsar el botón «enviar». Una vez que lo hizo, sabía que su amigo no lo dejaría en paz.

—¡Genial! —escribió Jason y le envió un Gif obsceno—, ¡pronto serás el rey del sexo! —Jack, de Titanic, apareció en su pantalla.

Alan tragó con fuerza. Aquello sonaba amenazante más que excitante.

—La próxima mujer que se cruce en mi camino no me olvidará jamás

—se dijo decidido y con lágrimas en los ojos—, y ya no me romperá el corazón.

¡Era un sentimental, no un semental! Se secó las lágrimas y se dirigió a su cuarto arrastrando el alma de paso.

—Buenas noches, vecino —susurró Elena—, futuro papá de mi hijo.

Alan miraba el techo con ojos vacíos. Una sonrisa imperó en sus labios al evocar a su vecina y su ropa interior.

—Buenas noches, Bobgirl.

Alguien como él

♪ I gotta feeling - The black eyed peas♪

«Dicen que los mejores brillan con más fuerza en las situaciones más difíciles».

(El castillo ambulante)

Alan soltó un gemido de dolor al levantarse de la cama aquella mañana, llevaba unos cuantos días practicando sexo salvaje e impúdico con Jessica, la amiga de Jason, una stripper insaciable que lo estaba disecando vivo cada noche. Se miró en el espejo con ojos curiosos.

—¿Qué coño está pasando contigo, Alan? —se preguntó tras rascarse el mentón barbudo—. Eres un cualquiera.

El sexo con Dana era bueno, excitante y bastante frecuente, con ello quería decir dos a tres veces a la semana. Con Jessica mantenía relaciones tres a cuatro veces al día tras beber aquel batido delicioso de chocolate con algún afrodisiaco extra que ella solía prepararle cada noche.

—Me duele respirar.

Su móvil timbró, era su amigo.

—¡Hola, rey del sexo!

Alan se metió en su cocina completamente desnudo, dejando boquiabierto a su vecina, Elena, que conversaba con «Año nuevo», su gato

pelirrojo. Lamentó no poder verlo de cintura para abajo.

—Uuuuu —soltó mientras Alan llevaba su mano derecha a su cabeza—, ¡qué vista!

Jason soltó una risotada al oír los gemidos de Alan, que tenía los músculos agarrotados y mal podía moverse sin sentir molestias.

—Me va a dar algo, Jason.

Su amigo resopló.

—Jessica me dijo que eres muy bueno en la cama —comentó él como si tal—, un poco tímido para ciertas cosas, pero un amante bastante bueno y, eso viniendo de ella, ¡es más que un elogio!

Alan no le comentó las excentricidades que Jessica practicaba con él, aún le costaba asimilarlas. La mujer era una experta en el asunto, no cabía la menor duda, pero, ante tanta perversión, él continuaba prefiriendo el sexo con algo de sentimiento. Sonaba cursi, lo era, pero así era él, un sentimental por naturaleza. La imagen de Jessica lamiendo partes de su cuerpo que no eran aptos para cardiacos asaltó su mente y agitó su corazón. Negó con la cabeza y espantó aquellos recuerdos indecentes de un plumazo.

—En el trabajo no te puedes quejar, Alan.

Alan evocó sus primeros días y el asedio que sufrió por parte de la clientela de Jason en ese lapso. Nunca se sintió tan acosado y vulnerable ante los ojos de aquellos hombres.

—Tengo quince números de teléfonos de hombres —apostilló Alan, pensativo—, de ninguna mujer —resaltó—, algo no anda bien, Jason.

Jason rio de buena gana tras dar una nalgada a su amante de turno.

—Es una señal clara y precisa de que debes tomar otros rumbos.

Alan supo a qué se refería y sonrió algo desencajado.

—No soy gay —le dijo con rotundidad—, Jessica intentó meterme un dedo y casi tragué la lengua ante el susto.

Su amigo tuvo un ataque de risas, lapso en que se preparó una taza de café sin darse cuenta de que estaba desnudo. Elena alargó el cuello para poder admirarlo mejor. Las ventanas seguían sin cortinas, ya que el presupuesto era bastante limitado aún. Apenas pudo comprar algunos que otros muebles con el cheque que le dieron en su trabajo anterior.

—Año nuevo, mi vecino gay es pura tentación —dijo con una sonrisa ladina—, ¿cuánto me costaría una prótesis? —meditó—. ¡Por él me convertiría en hombre!

Elena rio por lo bajo ante sus pensamientos. ¡Aquel hombre podía con ella! Nunca, en toda su vida, sintió tanta atracción por alguien, ni siquiera por Keanu Reeves, su amor platónico en la adolescencia. Alan era el príncipe perfecto de su cuento de hadas. Alto, atlético, cara de chico bueno de Disney, culo de infarto y, el resto no podía ver. ¡Lástima! Daniela le dijo que podía hacerse amigo de él y luego doparle y violarle para concebir su hijo soñado. Su amiga estaba dispuesta a ayudarla en todo.

«Está loca» musitó Elena.

«Como tú» resonó la voz de su amiga en su cabeza y le robó una risita.

—La primera vez que me metieron un dedo, ¡le pedí dos! —dijo Jason, riendo—, ¡tú te lo pierdes!

Alan puso los ojos en blanco. Su amigo siempre fue un «libertino» de lo peor. En el instituto fingía ser el macho alfa, pero muchas veces Alan lo pilló mirando a otros hombres o a él. Dos años después lo pillaron con el entrenador de fútbol y asumió lo que tanto negó.

—Jessica está soltera —le dijo y lo arrancó de sus pensamientos—, quizá es tu alma gemela.

Daniela acababa de llegar a la casa de Elena aquel tibio domingo. Alan cogió su taza de café y se enfiló a su cuarto, lapso en que vio a su vecina con su mejor amiga.

—Estás guapísima con esa blusa escotada —le dijo Daniela y le metió mano—, me encantan tus senos.

Alan abrió mucho los ojos al verlas en aquella rara situación. Elena rio de buena gana antes de empujar a su amiga. Daniela la atrapó entre sus brazos y la manoseó con descaro.

«Es lesbiana» dijo apenado Alan.

—Qué pena.

Alan no podía creer en tal posibilidad, pero verla a diario con aquella mujer de pelo corto y ropas algo masculinas confirmaban sus sospechas. En más de una ocasión las vio dándose un beso en los labios. Era un piquito, pero un beso en los labios al fin.

—Me gusta mi vecina lesbiana —dijo Alan mientras devoraba una pizza—, ¿cuánto costaría cambiarme de sexo?

«Mal puedes pagarte el alquiler» le dijo su consciencia.

Un día, la encontró en la confitería de la esquina y la saludó por primera vez. Se sentía como un adolescente ante su primer amor.

—Hola.

Elena casi se atragantó, verlo de cerca la impresionó bastante. Alan le dio un golpecito en la espalda y ella se recuperó al instante. El simple contacto la estremeció, era como ver a su artista favorito en persona.

—Hola.

Una sonrisa eléctrica imperó en los labios de la mujer, que ruborizada hasta los huesos, bajó la mirada. ¿Por qué reaccionaba de aquel modo?

—Soy Alan.

Le alargó la mano. Ella cogió la misma con timidez. Su mano era tan grande, tan suave y tan limpia como las de un bebé recién nacido.

—Elena, mucho gusto.

Un cosquilleo singular recorrió el cuerpo de Alan, y le robó un suspiro

de paso. Tras apartar la mano de la de ella, la llevó a su nuca algo nervioso. Tenerla cerca le dejaba sin aire en los pulmones.

Silencio.

—¿Puedo invitarte a un café, Elena?

Elena asintió tras mirar con adoración su camiseta. Mickey Mouse siempre fue la gran debilidad de Alan, y le gustaban las camisetas con su foto. Eran infantiles y gays, según Jason, un síntoma más de que era homosexual, aunque lo negara.

—Me gusta tu camiseta —le dijo Elena.

Se sentaron y pidieron dos tazas de café.

—A mí la tuya —le dijo Alan.

Elena se echó un vistazo y sonrió.

—Soy fan de los superhéroes —se mofó—. Superman y Batman son mis favoritos.

Alan la miró con dulzura, era sin lugar a dudas, la chica más guapa que jamás había visto en toda su vida. Tenía unos ojos preciosos, una nariz de botón, una boca pequeña y carnosa, y un cuerpo que despertaba sus demonios más salvajes.

—Los nerds de Big Bang se enamorarían de ti —soltó él con una sonrisa.

«Es aún más hermoso cuando sonrío» pensó ella con el corazón latiéndole a mil por hora.

—¡Amo esa serie! —exclamó ella.

—¡Eres la chica de mis sueños! —clamó él.

«Lástima que eres lesbiana» pensó él.

«Lástima que eres gay» caviló ella tras rozarle el brazo con el suyo. Se estremeció ante el simple roce.

Alan se imaginó en un altar, esperándola con cara de idiota enamorado.

Los hombres solían tener fantasías sexuales, pero él era una rara excepción, claro estaba.

«Eres patético» se dijo tras beber un sorbo de su taza.

Elena fantaseaba lo mismo, solo que con una panza abultada de seis meses. ¡La boda perfecta!

«Eres patética» se dijo ella tras beber un sorbo de su taza.

Bebieron y hablaron hasta que el lugar cerró. La charla era adictiva y mal podían ocultarlo. Alan quiso ser más atrevido, decirle lo guapa que era y cuánto le gustaba, pero era demasiado tímido para eso.

Se dirigieron a sus casas a pasos muy lentos, ninguno quería que aquella noche terminara. Elena se estremecía cada vez que el brazo de Alan se rozaba con el suyo. A él le pasaba lo mismo.

—¿Trabajas en una tienda de ropas? —le preguntó él con las manos metidas en los bolsillos—, yo trabajo en un bar...

No terminó su frase.

«Gay» completó para sus adentros.

Se detuvieron frente al edificio de Elena, y se miraron fijo por unos segundos. Ella se mordió el labio inferior con nerviosismo y él no pudo evitar suspirar al verlo.

«Cada vez que se muerde el labio inferior, algo en mí estalla».

Alan era aún más hermoso de cerca, jamás había visto un rostro más perfecto, eso sin mencionar su cuerpo de nadador y su dulce aroma almizcleño. Una combinación perfecta entre perfume fresco y alguna crema masculina bastante embriagadora.

—Gracias por el café, Alan.

—De nada, Elena.

Alan la miró de pies a cabeza. Era bajita, delgada, blanca y con unas curvas que adoraría venerar con sus manos y su lengua. Aquella joven

despertaba un lado suyo que desconocía hasta entonces.

—Trabajas en un bar gay ¿no? —le dijo ella y lo sorprendió.

Aquella afirmación lo sacó de sus pensamientos de golpe. Fue como recibir una bofetada o meterse un pene de goma en... la boca.

—¿Cómo lo sabes?

Ella se ruborizó como un tomate. ¿Por qué soltó aquello? Parpadeó a cámara lenta.

—Lo supuse.

Alan abrió su boca como para decirle algo, pero la volvió a cerrar cuando su móvil timbró. Era su amigo. Pidió permiso para coger la llamada.

—¡Alan! —chilló eufórico—. Conocí a un chico y estoy enamorado —alegó—, al menos las primeras veinticuatro horas de este día.

—Mmm —ronroneó Alan.

La canción «*I'm still here*» de Sia sonaba en alguna parte, sirviendo como fondo musical. Elena y Alan se miraron fijo mientras las personas caminaban y conversaban alrededor de ambos. Todo se ralentizó, incluso sus corazones.

—Una moneda —dijo un mendigo y los arrancó de aquel idílico momento—, una moneda, por favor.

Elena cogió unas monedas de su cartera y se alejó de Alan.

—¿Crees en el amor a primera vista, Alan? —preguntó Jason.

Alan miró a Elena con ojos melosos y sonrió con dulzura mientras ella depositaba unas monedas en la lata del mendigo. Ella le dirigió una sonrisa preciosa y todo su ser vibró.

—Sí —contestó sin desviar la mirada de su vecina—. Completamente.

Alguien especial

«Ella es mejor que la chica de mis sueños, ella es real».

(500 días juntos)

Elena y Alan se tornaron inseparables tras aquella tarde. Solían encontrarse en el parque o en la cafetería casi todos los días. Conversaban y reían como dos adolescentes. La timidez se esfumó y dio paso a la sinceridad extrema.

—Anoche me masturbé dos veces —le dijo Elena, y Alan casi espurreó el café—, ¡me encanta sorprenderte!

Elena no le dijo que pensó en él mientras se tocaba. Alan la tenía hechizada, tanto que, cuando leía una novela romántica, los protagonistas llevaban su rostro.

—Ya veo —le dijo él, rojo como un tomate.

Jessica solía masturbarle, ¿eso contaba?, pensó él con las mejillas cada vez más encendidas. Elena se lo imaginó abusando de sí mismo y su corazón latió con fuerza en su pecho. Aquel hombre despertaba un lado suyo que desconocía hasta entonces.

—Vuelvo en unos minutos, Elena.

Alan se metió en el cuarto de baño y se consoló un poco, sin sospechar que Elena hacía lo mismo en el servicio femenino. Retornó y miró la mesa con

extrañeza. ¿Dónde se había metido Elena? ¿Tanto tardó? Según sus cálculos: dos minutos y medio le bastaron para alcanzar el frenesí. Se sentó a la mesa y meditó sobre su acción. Si seguía así, no necesitaría la ayuda de Jessica. Le bastaría pensar en Elena para ser feliz. Ella retornó y se robó un latido de su corazón.

—Pedí café —le dijo Alan tras pasarse la mano por la nuca—, bien recargado.

Elena soltó un suspiro profundo antes de sentarse a la mesa. Alan sonrió, algo más relajado. Su móvil timbró, era un SMS de su amigo, el desubicado número uno del planeta.

«Te gusta tu vecina lesbiana» le escribió Jason mientras Elena bebía su café.

Alan no podía desviar la mirada de su rostro aniñado. Aún no podía creer que tenía treinta y seis años, como mucho le ponía treinta y eso ya era demasiado. Su corte Chanel le daba un aire juvenil y travieso. Elena se arregló el pelo y al levantar las manos, la tela de su camiseta negra con el eslogan de Superman se pegó a sus pechos y resaltó sus pezones erectos. Su mandíbula se colgó ligeramente.

«No lleva sujetador» pensó él.

Una creciente erección empezó a forzarle las braguetas. Se maldijo para sus adentros tras bajar la mirada.

«Estoy hechizado, Jason».

Elena ladeó la cabeza y miró embelesada a Alan mientras él contestaba a su amigo y jefe. Tenía unos vaqueros azules algo desgastados y una camiseta negra con el eslogan de «Stars Wars» en la parte frontal. Deslizó sus ojos en sus fuertes brazos algo bronceados, en su torso musculoso y en su bulto. Abrió los ojos como platos al notar la erección que sobresalía entre sus piernas. Desvió la mirada ruborizada hasta el alma.

«Uau, le basta intercambiar unos mensajes para tenerla dura como piedra» pensó Elena, algo celosa.

Le gustaba el estilo distendido de Alan, que se vestía como le gustaba y no como mandaban las normas. Fijó los ojos en sus manos, ¡eran perfectas! Tenía dedos largos y finos, blancos y suaves. Eso sin mencionar su rostro esculpido por los dioses y pintado por los ángeles.

«Alan es gay y nunca, nunca pasará nada entre vosotros dos» se dijo con tristeza.

Su vecino levantó la vista y clavó sus ojos azules clarísimos en los de ella. Esbozó una sonrisa de lado mientras la imaginaba con un bebé entre sus brazos, un hijo de ambos. Se mordió el labio inferior ante sus pensamientos. No solo las mujeres tenían el derecho a soñar. De pronto, vio una alianza en el dedo de la joven, y suspiró con tristeza. ¿Estaba comprometida?

«Elena es lesbiana y nunca podrás conquistar su corazón» se dijo él con un enorme nudo en el estómago.

Para empeorar las cosas, vio a Dana con su actual pareja, su exjefe. Parecían tan felices, tan enamorados y tan comprometidos. Caminaban de manos dadas. ¿Qué tenía su exjefe que él no?

«Dinero» le dijo su cerebro.

Dana siempre fue muy interesada y él no podía darle los lujos que aquel hombre sí. Su exmujer se volvió y sus miradas se encontraron de golpe. Las mejillas de Alan se sonrojaron y mal podía sostenerle la mirada. Dana le sonrió, su exmarido era el hombre más atractivo del mundo, pero era tan dulce que la empalagó. Su actual pareja era agresiva en la intimidad y algo indiferente, cualidades que adoraba en un macho. Alan era demasiado dócil, atento, detallista y romántico. A veces era bueno ser un salvaje y no un príncipe de cuentos de hadas.

—Me compré unas bragas súper poderosas, Alan —se mofó Elena, y

le robó la atención—, Made in Krypton.

Alan enarcó ambas cejas en un gesto de sorpresa.

—¿Tienes unas bragas con el símbolo de Superman en la parte trasera?
—se burló Alan.

Elena cogió su mano y unos celos terribles arañaron las entrañas de Dana. Alan tragó con fuerza ante el simple contacto.

—¿Te gustaría verlas?

El corazón de Alan subió a su cabeza y luego bajo hasta sus pies.

—Mucho.

Dana casi tragó la lengua al ver cómo Elena le susurraba algo al oído y él reía de buena gana. ¿Quién era aquella tipa?



Por la noche, Elena y Alan decidieron comer pizza mientras veían la serie «Big Bang» y se partían de la risa de las ocurrencias de aquellos nerds.

—Te enseñaré mi ropa interior, Alan.

El corazón de Alan salió de su pecho de un solo impacto y chocó contra la pared. Luego se deslizó por la misma hasta caer al suelo.

—Me encantaría verla —dijo en un susurro.

Él le habló de sus nuevos proyectos mientras ella se quitaba las ropas con total confianza. Alan tragó con fuerza y se removió en el sofá como si estuviera sentado sobre unos clavos puntiagudos.

—Pronto encontraré un trabajo nuevo —comentó él, algo acalorado—, uno decente.

Alan repartió varios currículos y tenía un par de entrevistas. Optó por mantenerlos a escondidas de su mejor amigo, por temor a herirle sus sentimientos.

—¿No le has dicho a Jason? —le preguntó Elena mientras recorría la sala en ropas menores.

Alan mal podía concentrarse en su taza, ya que una incómoda y notable erección forzaba sus vaqueros oscuros. Si bajaba la cremallera, su miembro saldría y le atravesaría la cabeza como si fuera una espada.

«Es lesbiana. Es lesbiana. Es lesbiana —se repetía en un intento desesperado por recuperar la cordura—, pero tú no eres gay».

Para empeorar las cosas, Elena se quitó el sostén y dejó al descubierto sus senos. Alan abrió mucho los ojos y la boca mientras un calor intenso abrasaba todo su ser.

«Es gay» se dijo ella y se encogió los hombros al tiempo. Alan levantó la vista y se vio recorriendo el techo como el hombre araña.

—¿Crees que son muy pequeños, Alan?

Alan cogió un cojín y lo puso sobre su parte íntima para evitar que ella viera el efecto que causaba en él. Miró con verdadera adoración sus pechos, sus pezones de color marrón claro y el pequeño lunar que tenía su pecho derecho a un lado. Apretujó el cojín y temió agujerearlo ante la presión.

«Dios, me correré» pensó con agonía.

Sus senos eran perfectos, pequeños, firmes y tan apetitosos, pensó él. Año nuevo, el gato de Elena, ronroneaba a su lado plácidamente. La mascota de su vecina le recordaba mucho a Jason, siempre estaba acosándole o arañándole.

—Son el sueño de cualquier hombre —le dijo con nerviosismo.

«Menos del tuyo» caviló ella.

«Muero por meterlos en mi boca» pensó él cada vez más excitado.

Elena se puso en su frente con las manos en la cintura. Era la Mujer maravilla de sus sueños, pensó él tras pasarse la lengua sobre los labios.

—¿Crees que serán buenos para un bebé?

¿Pensaba tener un bebé? Aquello fue como recibir un cubo de agua helada. Elena se acercó y cogió sus manos. ¿Qué estaba haciendo? ¿Lo estaba torturando? ¿Por qué?

—Tus manos son tan grandes y suaves —le dijo ella con una sonrisa—. ¡Mira! Mis pechos son tan pequeños —le dijo tras posar sus palmas en sus senos—, ¿no te excitan?

«Estoy a punto de correrme, un movimiento y ¡cham!» pensó él, con el corazón latiéndole en la cabeza. ¿Cómo fue a parar allí?

Alan tuvo deseos de saborear sus pechos por horas. ¿Sería muy mayor para que lo adoptara?

—Me gustaría verte sin barba —le dijo ella con ternura—. Tienes un rostro perfecto y esa barba lo oculta un poco.

Alan sonrió y le prometió que se rasuraría lo antes posible. Si le pidiera que se cambiara de sexo, probablemente lo haría con sus propias manos.

—¿Qué querías ser de niño, Alan?

«Niña» repuso ella para sus adentros.

Alan la miró con dulzura mientras ella se vestía y le devolvía la paz.

—Quería ser Aquaman —le dijo él con una sonrisa candorosa—, aunque digan que es el héroe más patético del mundo, vivía en el mar y adoro nadar.

Elena se sentó a su lado y su perfume floral asaltó las fosas nasales de Alan, robándole un suspiro de paso. Aquella mujer despertaba partes de su cuerpo que ni siquiera sabía que existían.

—Mi pececito —se mofó ella—. Yo quería ser patinadora de hielo —le dijo tras meter una patata frita en su boca—, me encantaba ver los campeonatos de patinaje artístico.

Alan la miró embobado, ¡Dios! Podía pasarse una vida mirándola y

sería feliz, eternamente feliz. ¿Habría alguna manera de revertir su homosexualidad? ¿Alguna magia? ¿Exorcismo? Pensó en Claudia, su amiga bruja. Tomó nota mental: hablar con Claudia.

—¿Por qué no lo intentaste, Elena?

Ella lo miró con expresión ladina.

—No sé patinar, Alan.

Se miraron por unos segundos y luego se echaron a reír.

—Eso complica un poco las cosas —glosó Alan tras recomponerse.

Elena le dijo que nunca patinó sobre hielo, ni siquiera vio unos patines de hielo.

—Era feliz imaginándome en una pista de hielo —le dijo con ojos soñadores—, con aquellos maillot tan sexys y coloridos.

Alan se imaginó a ambos en una pista de hielo, patinando como los protagonistas de alguna película sobre patinaje artístico. Luego se imaginó a los dos derrumbándose sobre el hielo y riéndose de lo sucedido.

«Eres tan cursi» se dijo tras retornar de su ensoñación.

—A veces los sueños se hacen realidad, Elena.

Ella ladeó la cabeza y lo miró con expresión de incredulidad.

—¿A los treinta y seis años, Alan?

—¿Por qué no?

Las tardes y las noches se hicieron amenas y divertidas para ambos. Los días que no podían verse, se hicieron eternos y tediosos.

—Hola —saludó Alan, cierta tarde.

Elena lo miró embobada sin barba. Si era guapo con ella, sin ella era simplemente hermoso. Alan se tocó la barbilla por si ella no había notado el cambio. Ella le rozó la mano y le robó un suspiro profundo. Una caricia y su corazón latía con desenfreno.

—Te traje algo —le dijo Elena—, el naranja te quedará perfecto.

Alan abrió mucho los ojos y la boca al ver la camiseta y el bañador con el slogan de «Aquaman».

—¡Me encantan!

Estrechó con afecto a Elena, y la levantó del suelo en un acto involuntario. Ella le rodeó la cintura con sus piernas y se abrazó a él con mucho afecto.

—Te quiero, Elena —le dijo él—, con toda el alma.

Alan se ruborizó ante su extrema sinceridad. La quería, pero no como un amigo. ¿Cómo pudo suceder y en tan poco tiempo? Ella entrecerró sus ojos y sonrió.

—Y yo a ti, Alan.

Dos semanas y le había entregado su corazón. Dos semanas eran suficientes para enamorarse de alguien como él.

—Tengo algo para ti también, Elena.

La bajó sobre el suelo con delicadeza y cogió la caja blanca que había dejado sobre la silla. Elena la cogió con el corazón latiéndole a mil por hora. La abrió y soltó un grito y dio varios saltos.

—¡Para mis patines de hielo! ¡El mejor regalo del mundo! —giró sobre sus pies con mucha gracia—. ¡Seré como la chica de la película «Castillo de hielo»!

Alan tuvo deseos de llorar ante la reacción de Elena. Valió la pena cada lametón que le dieron la noche anterior en el bar de su amigo. Con las propinas que se ganó de los clientes pervertidos que bebieron tequila de su abdomen y su primer sueldo, pudo comprarle aquellos patines.

—Además, tengo esto, Elena —le dijo con una sonrisa y le alargó un papel—, clases de patinaje.

—¡Ahhh! —gritó ella.

Elena le dio un beso en la mejilla, un beso que despertó cada fibra de

su cuerpo. Un segundo y su corazón soltó fuegos artificiales ante la gran emoción.

—¡Gracias, Alan!

Podía morir en paz, pensó él tras acariciarle la mejilla con la mano.

—De nada, Elena.

Ella besó la palma de su mano y le erizó toda la piel.

—A veces los sueños se hacen realidad —le dijo él.

Elena lo miró con adoración.

«Otras veces no» pensó ella con un enorme nudo en la garganta.

Nunca pensó que amar a alguien imposible sería tan doloroso. Alan reclinó la cabeza y se arriesgó a perder los huevos con aquel gesto. Elena lo miró confundida, ilusionada, pero confundida al fin. Alan le dio un tímido beso en los labios.

«Tú eres mi sueño, Elena».

Elena parpadeó.

«Tú eres mi sueño, Alan».

Alguien para ti

♪I'm still here – Sia♪

«Parece que todo lo que he hecho en mi vida me ha llevado a ti».

(Los puentes de Madison)

Elena visitó a la
Mae Oda versión
“Made in China”

de su barrio con un solo propósito, embrujar a Alan para conseguir llevarlo a la cama y concebir su hijo soñado.

—Hola.

—Hola, niña.

La bruja de piel muy canela y ojos muy saltones era la recopilación barata de Whoopi Goldberg.

—Bienvenida.

Elena se fijó en su pletórico gorro africano y en sus zapatillas con lentejuelas. Aquella mujer parecía un muñeco de circo y no una bruja.

«¿Qué hago aquí?» pensó, aturdida.

La mujer exhaló el humo de su cigarro por sus fosas nasales y la miró con atención.

—Buscar solución —le dijo con sagacidad y se robó un suspiro de Elena—, lo quieres mucho, ¿no?

La bruja no necesitaba adivinar lo que Elena quería, la mayoría de las mujeres que la visitaban iban a por lo mismo: amor.

—Sí —replicó, dubitativa.

La mujer se levantó y empezó a decir algunas palabras ininteligibles. Luego soltó una risotada y por último palmeó con violencia la espalda de Elena, que casi salió volando de su silla ante el impacto.

—Pero hay un detalle —repuso Elena, algo ruborizada.

La bruja abrió mucho los ojos y Elena temió que sus ojos salieran volando de sus órbitas.

—Es casado —afirmó la mujer.

Elena negó con la cabeza.

—Peor, es gay.

La bruja abrió un poco más los ojos y la miró con perplejidad. ¿Gay? ¿Y qué quería? ¿Desgayzarlo? ¿Esa palabra existía? La bruja se puso pensativa y meneó la cabeza unas cuantas veces, como si estuviera calculando algo. Rio y luego se puso seria. Volvió a reírse y Elena tuvo deseo de darle una patada certera en el culo.

—Te daré unas hierbas —le dijo la mujer—, que lo dejarán súper enamorado de ti —dudó unos segundos—, y dejará de ser gay en la tercera luna llena a partir de ahora.

¿En serio? ¿Pasaría de ser gay a lobo? Elena asintió sin mucha convicción.

—¡Ten fe, mujer! Los cuarenta están a punto de llegar y necesitas a este hombre.

Los ojos de Elena se abrieron como platos. ¿Cómo sabía aquello? ¿Era adivina en verdad? La miró de pies a cabeza y frunció el entrecejo en un gesto de suspicacia. La secretaria de la mujer había anotado su fecha de nacimiento cuando ella le dio su DNI, pero no se dio cuenta de la famosa trampa de la

bruja.

—Él será tuyo la tercera luna llena —repitió la mujer con firmeza—, pero debes hacerlo al pie de la letra.

Elena asintió.

—Lo haré —le dijo con convicción—. Sus espermatozoides serán míos.

La bruja desencajó su rostro al oírla. ¿Sus espermatozoides? Hacía más de treinta años que estaba en aquel trabajo, no debería sorprenderle las peticiones raras de sus clientes, pero siempre terminaba conmocionada.

—No solo la crema, también el tubo será tuyo —le dijo tras alargarle una bolsita blanca repleta de hierbas—, un puñado de esto y él caerá rendido a tus pies.

«Tres puñados para asegurar» pensó Elena con cara de Grinch a punto de robar los regalos de navidad.



Alan la buscó el sábado por la mañana para su primera clase de patinaje. Entre bromas y risas, ambos perdieron el equilibrio cuando intentaban imitar a una pareja. Alan se golpeó el trasero con violencia. Elena le dijo que lo mejor era mantenerse sobre el hielo para aliviar el dolor del impacto. Él obedeció y casi perdió sus cachas por congelación. Una idea brillante iluminó la mente de Elena en ese lapso.

—¡Tengo un té perfecto para este tipo de malestar!

Alan la miró con ojos curiosos.

—¿Té para el culo?

Ella asintió con una sonrisa ladina en los labios.

—Té-culo que sí —bromeó Elena, y le robó una risotada cantarina.

Alan cojeó un poco durante el trayecto y Elena tuvo deseos de manosearle para aliviarle las molestias. El pantalón de algodón ajustado que llevaba puesto la tenía embobada.

—Te queda bien la camiseta naranja —comentó ella mientras él subía las escaleras—, muy bien —clavó sus ojos en su prieto trasero.

Alan tenía un cuerpo de infarto.

—No tardaré, Alan —le dijo tras posar sus llaves sobre la mesita rinconera—, tú descansa en el sofá con Año nuevo.

Alan se sentó y entrecerró los ojos ante el dolor que sentía. Tecleó un mensaje a su amigo y le comentó lo sucedido. Jason tenía una solución para sus problemas.

—¿Una crema para las cachas? —le escribió Alan.

El mensaje iba con una carita de asombro y otra sonriente.

—Un masaje y tu trasero dejará de sufrir.

Parecía la propaganda de una cadena religiosa, pensó Alan. Ser manoseado por un hombre era tan extraño, aunque días atrás se dejó lamer por varios y no protestó cuando cogió las propinas. Puso sus ojos en blanco.

«Soy un prostituto».

Elena preparó el té con expresión de asco. Aquella infusión olía mal y seguro sabía peor. Alan soltó un quejido de lamento en la sala.

«Pobrecillo».

Elena se acercó con la enorme taza entre manos y Alan tuvo deseos de vomitar al olisquear aquel té del infierno. Miró a Elena y luego el líquido verdoso que exhalaba un aroma repugnante.

—Debes beberlo —le dijo ella con expresión inocente—, es para evitar que se inflame.

«Mentirosa».

Alan asintió apenado antes de beber un sorbo. Una mueca de asco se

estampó en su cara, fue como lamer un limón con pimienta. Elena enarcó una ceja.

—Voy a lavar mis ropas íntimas —anunció ella—, las he dejado en el lavabo.

¿Por qué coño le dijo aquello? ¿Estaba loca? Miró la taza y luego a Alan.

«Totalmente».

Alan la miró con interés. A pesar del dolor, una erección se avecinaba y prometía ser vistosa como de costumbre. El otro día, mientras jugueteaban en el sofá, Elena empezó a oscilarse sobre su regazo y casi se corrió. Asustada, ella se apartó y miró con sutileza su entrepierna. Con ello quería decir que casi pegó sus ojos en sus partes íntimas. Elena era bastante «expresiva». Alan quiso darse un tiro o unos mimitos para calmarse un poco, pero se contuvo, a duras penas. Llevaba días haciéndose la paja como un adolescente cachondo y desesperado. Por la mañana, por la tarde y por la noche. Estaba exhausto, pero nunca era suficiente para apaciguar el fuego que Elena había encendido en él desde el primer día que la vio.

—¿Quieres una ayuda? —se ofreció él.

¿En serio? ¿Qué eres? ¿Un perverso?

«De paso podría robarme una». Sí, era un degenerado.

—Claro —le dijo Elena, para su mayor sorpresa—. ¿Por qué no?

«Es tan gay» pensó ella con los hombros hundidos.

Alan la miró estupefacto antes de levantarse y dirigirse al cuarto de baño con su taza entre manos. Elena le pidió que bebiera el té mientras ella fregaba sus ropas íntimas.

«Es una sopa erótica» pensó Alan al mirar las ropas íntimas en el lavabo.

Se sentó sobre el váter tras bajar la tapa y bebió unos sorbos de

aquella horrible bebida.

«Pronto querrás robarme la ropa íntima como un verdadero macho alfa» pensó ella con aire malicioso.

Alan clavó sus ojos en el trasero de ensueño de Elena. Alargó un poco la mano y se imaginó apretujándole una cacha con sensualidad. Elena se volvería y tendrían sexo salvaje allí mismo, sobre el váter.

«No es una peli porno» se dijo con aprehensión.

—¿Te gustan las ropas íntimas de encaje? —demandó ella.

Alan cruzó las piernas para evitar que su erección quedara a la vista. Miró la ropa íntima de encaje de color rojo con verdadera adoración.

«Seguro la quiere probar» caviló ella.

«Muero por verte con esa ropa íntima» pensó él, al borde de la locura.

Bebió el té en tiempo récord y llevó la taza a la cocina. Caminaba como un pato violado por un pavo. Dos minutos exactos después, su estómago empezó a emitir unos ruidos muy sospechosos. Se llevó las manos a su vientre y gimió de dolor.

—No, no, no —repitió antes de salir corriendo hacia el cuarto de baño —, necesito usar el baño, cielo.

Elena acababa de torcer sus ropas.

—¿Te pasa algo?

Alan empezó a sudar frío y Elena temió haber exagerado con las hierbas.

—Por favor, cielo.

Elena salió del cuarto de baño con la boca y los ojos bien abiertos. Alan prácticamente lloraba sobre el váter. Las cosas no terminaron allí, Alan estuvo en cama por tres días, consecuencia de la terrible diarrea que padecía.

—Jolines —le dijo apenada.

—No pasa nada, cielo.

—¿Te encuentras bien?

Alan tenía unas ojeras casi grisáceas alrededor de sus ojos.

—Mejor, cielo.

Elena visitó a la bruja y la muy sinvergüenza le dijo que eran los efectos de la limpieza gaystral. ¿Qué? ¿Gaystral? ¿Eso en verdad existía?

—Pronto dejará de ser gay —afirmó la mujer con total naturalidad—, tras unos días de diarrea, su macho alfa aflorará y saciará su deseo contigo.

Elena la miró con incredulidad.

—¿Mientras gime y se hace encima al tiempo? —chilló Elena—, si algo le pasa, ¡te denunciaré!

La mujer puso sus manos en su cintura y levantó la barbilla con aire desafiante.

—¿Por qué? ¿Por intentar convertir a tu vecino gay en macho alfa?

Pensándolo mejor, ¡era una verdadera locura! Daniela le dijo que no debía haber mencionado sobre la sexualidad de Alan, pero necesitaba ser franca con respecto a sus deseos verdaderos: convertir a Alan en macho alfa.

—Adiós.

Aquella tarde, encontró a Alan completamente desnudo en su departamento. No estaba solo, sino con su novio: Jason.

—Hola —saludó Elena con timidez.

Jason tapó a Alan, que dormía de bruces en la cama. Elena no pudo evitar deslizar sus ojos en su espalda perfecta y en sus piernas torneadas. Luego una lengua imaginaria empezó a lamerlo como si fuera un delicioso helado de chocolate blanco.

—Está mejor, aunque sigue con diarrea —le comentó Jason—, deben ser los nervios.

¿Los nervios? ¿Por qué estaba nervioso? Alan nunca hablaba de su vida, nunca mencionaba a nadie de su vida, solo a Jason. Supuso que sus

padres no aceptaron su condición sexual y por ello huyó de su casa cuando tenía trece años. Trabajó en la calle y se prostituyó para salir adelante. Con aquella carita, nadie se resistiría a él.

«Ves mucha película basura» se dijo con reproche.

Jason la intimidaba bastante, era tan guapo como Alan, pero más extrovertido que él. Alan era tímido, casi como un seminarista virgen. Aquello lo hacía aún más especial.

—¿Quieres café, Elena?

—No, gracias.

En ese lapso, oteó el departamento de Alan que estaba prácticamente vacío. Tenía una cama, un sofá, una televisión, una nevera y un microondas. Lo poco que pudo comprar con el cheque que cobró. Dana se había quedado con la casa y todos los muebles por decisión suya, algo que Jason le reprochó bastante en su tiempo. Sin embargo, Alan fue tajante, no quería nada que le recordara su vida pasada.

Anoche, tras golpearse el dedo gordo del pie, se puso a llorar como un crío. Jason no sabía cómo consolarlo, su amigo siempre fue un hombre muy sentimental, pero los últimos días parecía una damisela en apuros. Aquello, en lugar de preocuparlo, lo excitó. Pronto Alan asumiría su verdadera condición sexual y serían pareja por unas semanas. Jason estaba dispuesto a hacerle feliz por un tiempo, hasta que Alan se adaptara a su nueva vida.

«Eres un bastardo» se dijo el simpático hombre.

—Esto es para ti —le dijo él—, un regalo de Alan.

Elena miró la tarta de chocolate con adoración.

—Gracias.

Miró a Alan con amor infinito, era tan atento y tan dócil como los personajes de sus novelas rosas. Los hombres de la vida real no hacían aquellas cosas. Ayer le dijo que necesitaba morfina para el dolor, o sea, una

tarta de chocolate.

«Te adoro» musitó sobre la cabeza de Alan. Él se removió, pero no se despertó. Toda la noche estuvo en el cuarto de baño, padeciendo terribles cólicos intestinales.

—Nos vemos, Jason —le dijo, antes de retirarse del departamento.

Cruzó la calle con el corazón encogido. Le hubiera gustado quedarse con Alan, y cuidarlo como la noche anterior, pero Jason era su novio y tenía ciertos derechos.

—Tú y yo —le dijo a la tarta—, el par perfecto.

Subió a su piso y se sirvió un trozo del pastel mágico. Jason sonrió satisfecho, pronto Elena se enamoraría de Alan, según Claudia, amiga de ambos.

—¿Elena estuvo aquí? —le preguntó Alan tras levantarse de la cama—, puedo sentir su aroma.

Jason alzó ambas cejas en un gesto de asombro. ¿Podía sentir su aroma? ¿En serio? Aquello era un síntoma claro de que no era gay.

—Estás locamente enamorado, Alan.

Alan lo miró con cierta tristeza.

—¿Tenías dudas al respecto?

Se metió en el cuarto de baño y lloró con amargura. Llevaba días llorando y no sabía muy bien por qué. Lloraba cuando veía un lindo amanecer, lloraba cuando veía las noticias, lloraba cuando veía su cuenta en el banco y, en especial, lloraba por amar a alguien imposible.

—Jo —dijo Elena al sentir un terrible calambre en el estómago—, mier... —empezó a rascarse los brazos.

Corrió al cuarto de baño.

—¡Es una epidemia! —exclamó—, y yo culpando al pobre té.

Elena estuvo varios días con problemas intestinales y unas ronchas

bastante inquietantes.

—Oh —dijo Alan el día que la vio—, mi vida, ¿estás bien?

Elena tenía muy mala cara. Unas ronchas de color casi morado adornaban su cara, su cuello y gran parte de su cuerpo.

—Incluso aquí me salió —le dijo tras bajarse las bragas.

Alan miró con expresión bobalicona su parte íntima enrojecida y depiladita.

—No es un koala —bromeó ella.

No era un koala, pero tenían el mismo efecto en él.

—¿Me puedes pasar este aceite, Alan?

Elena se acostó completamente desnuda en la cama y abrió sus piernas. Una cabeza le salió al lado de la suya y gritó como si fuera la sirena de la guerra.

—¿Quieres que te pase por todo el cuerpo?

Elena levantó la cabeza y lo miró con ojos suplicantes.

—Por fi...

«Hay que ser macho para hacer esto» se animó él con el corazón latiéndole a mil por hora. Se persignó y pidió fuerza para tal misión.

Alan lamentó su suerte y se sintió culpable, ya que desconfiaba que la tarta tenía algo que ver con el malestar de Elena.

—Vale —gimió.

Alan le pasó el aceite por todo su cuerpo con extrema delicadeza mientras Sia rellenaba el lugar con su canción «*I'm still here*», la canción que ambos adoraban.

—Gracias, Alan.

Él la miró con dulzura antes de ponerle la camiseta y cubrir el templo de su amor. Cada día la quería más y más y no poder tenerla le estaba doliendo hasta los tuétanos. Sin embargo, era incapaz de alejarse de ella, era

incapaz de no verla, era incapaz de olvidarla.

—Alan, ¿dónde estás?

—Estoy todavía aquí —le dijo con afecto—, siempre estaré a tu lado.

¿Siempre? ¿Era una promesa? Elena tenía unas ojeras profundas alrededor de sus ojos.

—No me dejes, Alan.

Alan se quitó los zapatos y se metió debajo del edredón. La abrazó con afecto tras olisquearle la cabeza.

—Nunca, Elena.

Los ojos de ambos se llenaron de lágrimas. Elena apenas podía mantenerlos abiertos. Suspiró hondo antes de cerrarlos.

—¿Lo prometes?

Una lágrima atravesó el rostro de Alan. Sus labios temblaron.

—Lo prometo, mi amor.

Aquella noche, mientras afuera llovía desapaciblemente, Alan y Elena durmieron juntos, abrazados como dos enamorados.

—Te cuidaré siempre, pequeña.

Su corazón aporreó su caja torácica con violencia. Lo que sentía por ella se estaba convirtiendo en una terrible obsesión. No podía cambiar su naturaleza, era imposible. Debía aceptar que era imposible. Le arregló el pelo y le besó la frente con mucho amor.

«Te amo».

Alguien para trabajar

♪Everywhere i go - Sleeping at last♪

«Una vela no pierde su luz por compartirla con otra».

(La lista de Schindler)

Elena miró atónita a la gerente de su trabajo mientras esta le explicaba la situación actual de la tienda donde trabajó los últimos cinco años. Atribulada, salió del lugar con el corazón hecho trizas. No podía dar crédito a lo que acababa de pasar.

—Cerramos fin de mes —le dijo la gerente—, lo siento, Elena.

Cruzó la calle absorta en sus pensamientos, cuando de pronto, vio un anuncio en la parada de autobuses.

«Buscamos personas para repartir panfletos». Elena tomó una foto del anuncio y llamó tan pronto como pudo. Por fortuna, aún restaban puestos.

—Una luz brilla al final del túnel —se dijo.

Su móvil timbró, era Alan. Esbozó una sonrisa al mirar su hermoso rostro. Aquella foto le había tomado mientras él dormía en su sofá con Año nuevo.

«¿Cómo está la mujer de mis sueños?» le escribió Alan.

Elena esbozó una sonrisa. Ella solía decirle lo mismo, era la ventaja

de tener un amigo gay.

«Hola, cielo. Estoy desempleada» le escribió con una carita triste.

Mientras Alan le escribía, evocó lo que le dijo a él, la noche anterior, por recomendación de Daniela.

—¿Eres lesbiana? —le dijo él sin un atisbo de sorpresa—, eso no cambiará nuestra amistad, Lena.

Cada vez que la llamaba así, su corazón latía con fuerza, ya que su padre la llamaba del mismo modo.

—¿De verdad no te molesta que sea lesbiana?

Alan se puso muy serio.

—No.

Según Daniela, ser la amiga lesbiana le otorgaría a Alan más comodidad y, como arte de magia, así fue. Alan se sentía más relajado y menos tenso al saberla del otro lado.

«Lo siento, cielo —le contestó él con una carita triste—. Pronto encontrarás un nuevo trabajo, ¡ya lo verás!».

Quería creer en ello, pero le costaba mucho ser optimista en aquellos momentos tan duros. Lo peor de todo era que ya no podría pagar el alquiler de su casa y tendría que buscar una más modesta.

«Tendré que mudarme y quizá a mi pueblo natal» le dijo ella apenada.

Alan abrió mucho los ojos y la boca ante la última afirmación de Elena. ¿Mudarse a su pueblo? ¿No había otra solución?, pensó mientras se preparaba una taza de café. Trabajar de noche lo estaba machacando y la única manera de estar bien era bebiendo aquella adictiva bebida.

—No puedo dejar que te vayas, Elena.

Una lámpara se encendió sobre su cabeza e iluminó su cerebro. Era una locura, pero tras la declaración oficial de su homosexualidad, no había peligro alguno de que pasara algo entre ambos, aunque Jason solía afirmar que

una mujer lesbiana podía arrepentirse en cualquier momento. Alan siempre creyó en duendes, hadas y reversiones sexuales. Así que, no perdía nada teniendo fe.

«¿Y si viviéramos juntos?» propuso él.

Se imaginó viviendo con ella, preparándole el desayuno cada mañana, lavándole las bragas, planchándole las ropas, limpiándole el piso y dándole masajes tras el trabajo. Ser su ceniciento asexuado sería todo un privilegio. Estaba enamorado y se conformaría incluso con ser su moqueta.

—¿Vivir juntos? —dijo Elena con una enorme sonrisa.

Se lo imaginó en paños menores merodeando por la casa. Bebiendo café en ropa íntima, haciendo abdominales por las mañanas o duchándose con la puerta abierta de par en par. ¡Era un sueño!

«¿Hablas en serio?» rebatió ella.

Alan bebió un sorbo de su café mientras observaba las fotos eróticas que Jessica le había enviado. ¿Por qué lo hacía?

«Está enamorada de ti» resonó la afirmación de Jason en su cabeza. ¿Cómo pudo suceder? Según su amigo, prepararle el desayuno antes de salir de su casa, abrazarla tras el coito y regalarle sus dulces favoritos fue un grave error. A pesar de haber hablado antes de iniciar aquella rara aventura, Jessica terminó embrujada por él.

—No puedo perderte, Elena —se dijo tras volver en sí.

«Piénsalo, tú y yo, pagando la luz y el agua» bromeó Alan.

La noche anterior, Elena insinuó que él era gay, y Alan no la corrigió en su error, ya que, según Jason, ella se sentiría más cómoda sabiéndolo del otro lado.

«¿Hablas en serio?».

Alan se llevó la mano a la nuca y sonrió ampliamente antes de contestarle.

«Totalmente».



Al día siguiente, Elena fue al lugar del anuncio y consiguió un trabajo de medio tiempo. No ganaría mucho, pero al menos podría pagar el alquiler y otros gastos.

—Soy un pollito —se dijo al mirarse en el espejo con el disfraz que le dieron en el lugar—, soltera, enamorada de un gay, fracasada y pollito en sus horas libres.

El trabajo consistía en repartir panfletos enfrente de la pollería «Pollos Hulk». Siempre que leía el letrero se imaginaba a un pollito enfadado de color verde y se reía como una loca, hasta recordarse que llevaba aquel disfraz y toda risa se convertía en un gemido de frustración.

«Fracasada» se repetía con un dolor sordo en el corazón.

—¡No se pierdan la promoción del domingo! —chillaba y repartía sus panfletos—, promo-familiar los domingos.

Puso la canción «Pajaritos a bailar» y llamó la atención de muchos peatones mientras la bailaba. Aquello funcionaba mejor que sus gritos.

Alan acababa de salir de una empresa tras una entrevista de trabajo. Tenía esperanzas de encontrar un buen puesto antes de que terminara el mes. Se remangó la camisa color gris oscuro mientras se acercaba a la parada de autobús al tiempo que escrutaba los dos bombones que había comprado horas atrás para Elena.

—Solo pude comprarte dos bombones —dijo apenado—, dos miserables bombones por el día de San Valentín, Elena.

Miró con expresión divertida a una persona disfrazada de pollito al otro lado de la acera.

—Por fortuna aún no caí en eso... —se dijo sonriendo hasta que reconoció a Elena—, ¿este es su nuevo trabajo?

Atribulado, cruzó la calle para saludarla. Ella abrió mucho los ojos al verlo.

«Joder» pensó ruborizada hasta el alma. Alan se acercó y ella empezó a correr por la acera.

—¡Elena!

Ella aceleró sus pasos con cierta torpeza por culpa del disfraz que llevaba puesto. ¿Por qué corría de él?

«Por vergüenza» se dijo tras analizar mejor la situación. La noche anterior, tras ver por décima vez «Mujer bonita», Elena le había dicho que trabajaría en una agencia de viajes, pero, al parecer, le mintió.

—Elena... —dijo apenado—. Mi pollito en fuga.

Llevó sus manos a su cintura y lamentó haberla expuesto de aquel modo. Miró la pollería y una idea nació en medio de sus cavilaciones.

—Compraré un pollo y le diré al dueño que fue obra de la chica disfrazada de pollo —se dijo con una sonrisa de satisfacción—. Buena idea —masculló y entró en el local.

Elena estaba detrás de un cubo de basura. Buscó a Alan por todas partes, pero no lo vio. ¿Se había marchado?

—Te amo —dijo una mujer y le robó la atención—, es el mejor día de San Valentín, mi amor.

Elena soltó un suspiro. ¿Era 14 de febrero? Andaba tan despistada que ni siquiera se acordaba de aquel romántico día.

—Llevaré dos muslos de pollo para festejar con Alan el día del amor —susurró con una sonrisa—, o el orgullo gay.

Se acercó a su puesto de trabajo y volvió a promocionar el lugar.

—Pío pío —le dijo alguien por detrás, minutos después—, pío pío...

Elena giró su rostro a cámara lenta y se encontró de cara con un Alan disfrazado de pollito. Abrió la boca y soltó un tipo de «Ohhh». Alan sonrió enternecido y tuvo un enorme deseo de atrapar aquellos labios en un profundo beso.

—¿Qué haces, Alan?

Él alzó y bajó las cejas de un modo muy cómico. Elena soltó una risita por lo bajo antes de darle un golpecito en el pecho.

—¿Estás loco?

«Por ti» pensó él, algo ruborizado. Se miró y esbozó una amplia sonrisa.

—Un poco —se mofó—, ¿te molesta que seamos colegas de gallinero?

Lo amaba, no había duda de ello. ¿Qué hombre en su sano juicio haría algo remotamente similar para hacerla sentir bien?

—Tuve vergüenza de decirte en qué trabajaba —le confesó ella con lágrimas en los ojos—, sentirme una mierda ya era duro como para alardearme de ello con mi mejor amigo.

Un enorme nudo se le formó a Alan en la garganta. Vendería uno de sus riñones por realizarle su gran sueño: montar una cafetería con librería y buenas bandas sonoras, pero no tenía ni un duro sobrando, ni siquiera para invitarla a un café.

—No tenías por qué mentirme —le dijo él con voz melosa al tiempo que le acariciaba la mejilla—, somos amigos y los amigos no tienen secretos, Lena.

Alan cogió los bombones que había guardado en los bolsillos laterales de su disfraz.

—Feliz día de San Valentín, Lena.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

—Pío pío —le dijo antes de coger los bombones—, uno para ti y uno

para mí.

Alan cogió el suyo y le quitó el envoltorio. Luego lo metió en la boca de Elena, que algo avergonzada, lo devoró. Cogió el suyo e hizo lo mismo que él. Unas peatonas los miraban con entrañable afecto, sin que ellos se dieran cuenta.

—Mira, tras mudarme contigo, podremos ahorrar algo y ver qué negocio podríamos montar juntos.

Elena lo miró de pies a cabeza, a pesar del ridículo disfraz de pollo, Alan seguía siendo el hombre más atractivo que jamás había visto en toda su vida. Su rostro podría embrujar incluso al diablo.

—¿Puedo prostituirte, Alan?

Alan se puso pensativo por unos minutos. Evocó el día que unos hombres bebieron tequila de su abdomen y lo que solía hacer con Jessica.

—Podría ser, Lena.

Si Elena le pidiera que se desnudara por ella, probablemente lo haría sin rechistar.

—¿Crees que ganarías algo?

Elena lo abrazó con afecto. Alan era tan buen amigo que incluso se vendería por ella.

—Eres el hombre más sexy, dulce y tierno del mundo, Alan.

Las personas les tomaron fotos y luego depositaron monedas cerca de sus pies. Ambos miraron atónitos el gesto de aquellos peatones.

—¿Nos dan propinas por abrazarnos? —le dijo Elena, ruborizada hasta las orejas—, ni mi baile tuvo tanto éxito.

—Es el espíritu del amor —le dijo él, algo suspicaz.

Alan y Elena hicieron sus extras mientras trabajaban. Al parecer, ver a dos pollitos enamorados en pleno día de San Valentín causaba mucha ternura en las personas que pasaban por allí.

Tiempo después...

—¿Qué tenemos para cenar? —preguntó Alan tras secarse el pelo con la toalla—, pollo a la mandarina —dijo con una sonrisa.

Llevaban una semana viviendo juntos y era, sin lugar a dudas, la mejor experiencia de sus vidas. Elena apareció con un vestido rojo sin tirantes y bastante corto. Unos corazoncitos se dibujaron en las pupilas de Alan al tiempo que el suyo salía de su pecho y se estrellaba contra la pared.

—¿Este vestido me va bien?

Elena giró sobre sus talones y Alan quiso ladrar como un perro.

—Pío pío —le dijo él y ella se rompió a reír—, estás muy hermosa, pollita.

Ella se mordió el labio inferior con nerviosismo y parpadeó al tiempo.

—¿Pío pío?

—Pío pío.

Alan se acercó y Elena temió tragarse la lengua ante la emoción. Su torso de ensueño la hizo suspirar hondo. Alan le arregló un mechón de su pelo con mucha delicadeza sin desviar la mirada de su rostro un solo segundo.

—Nunca vi una mujer más hermosa que tú en mi vida, pollita.

El corazón de Elena se soltó de sus arterias y cayó al suelo. Él sonrió con ternura antes de darle un beso en la mejilla.

—Gracias, pollito.

Ambos sonrieron ante sus nuevos apodos.

—Diviértete —le dijo él con cierta tristeza.

—Gracias, pollito.

Se miraron por varios segundos mientras la canción «*Eye os the needle*» de Sia sonaba de fondo. Alguien tocó el timbre, era Daniela.

—Buen trabajo, Alan —le dijo con una sonrisa algo desencajada—, nos vemos.

Elena cogió sus llaves y salió al encuentro de Daniela. Alan tragó con fuerza al tiempo que entrelazaba sus brazos a la altura de su estómago. Suspiró hondo antes de girar sobre sus pies y meterse en su cuarto para cambiarse de ropa.

—Con esa pinta encontrarás al padre perfecto para tu hijo, Lena —le dijo Daniela.

Elena decidió disfrutar de la vida antes de convertirse en madre soltera. Si encontrar pareja estando sola era difícil, con un hijo era casi imposible. Pero, tras convivir con Alan, sus expectativas eran demasiado altas y ningún hombre lograría llenarlas.

—Ese no está nada mal —le dijo Daniela—, si yo fuera hetero, me lanzaba de cabeza.

Elena miró al hombre con ojos desapasionados mientras la canción «*Love Me Like You do*» de Ellie Goulding sonaba en el lugar, aumentando su desazón a niveles insoportables. ¿Por qué se enamoró de Alan? Por mil razones, se dijo algo resignada.

—Me voy a casa —le dijo a su amiga casi a la medianoche—, hoy no tengo ganas de salir con nadie.

Daniela la estrechó con afecto y le palmeó la espalda a modo de consuelo.

—Estás condenada, Lena —le dijo apenada—, estás enamorada de tu amigo gay.

Elena se apartó de su amiga con el corazón encogido.

—Nunca pensé amar así, Dani.

Y tras esa confesión, se marchó a su casa. Miró a un casal que esperaba el autobús como ella. Parecían tan enamorados. Unas lágrimas se acumularon en sus ojos y prometían huir de ellos a cualquier momento. Llegó a su casa llorando.

—¿En verdad quieres un hijo? ¿Qué le ofrecerás? ¿Una vida limitada y sin padre? —se dijo llorando con amargura—, un niño merece ser feliz y tú eres incapaz de hacer feliz a nadie.

Se puso su enorme camiseta de Batman y devoró unos bombones mientras la triste banda sonora de la película «*Mujer bonita*» sonaba en su pequeña radio a través de su pendrive. Afuera empezó a llover. Elena se secó las lágrimas con la camiseta. Aquel día se sentía un cero a la izquierda.

—Alan —musitó—, ¿por qué tuve que enamorarme de ti?

Cogió el viejo peluche de Snoopy de su amigo y lo abrazó. Aquel juguete era el único recuerdo que él tenía de sus padres y no dudó en dárselo a ella cuando se lo pidió. Elena no estaba acostumbrada a que un hombre le diera tanto y por tan poco.

—Eres el príncipe perfecto de un cuento ajeno al mío.

Cerró los ojos abrazada al peluche que olía a él, a Alan, y se durmió mientras afuera llovía cada vez más fuerte.

—Pequeña —dijo Alan al encontrarla en el sofá de la sala—, otra vez tendré que llevarte a tu cama.

Alan se quitó la camisa negra algo empapada y la colocó sobre la mesita ratonera. Cogió en brazos a Elena, y la llevó a su habitación. La depositó sobre la cama con sumo cuidado y le tapó con la manta. Ella estaba agarrada a su peluche, el último regalo que le hicieron sus padres antes de morir en aquel trágico accidente con sus hermanas.

—Buenas noches, princesa.

Alan se reclinó y le dio un beso en los labios, no pudo resistirse a la tentación. Elena se removió, pero no se despertó.

—Mañana será un nuevo día, pequeña.

Elena se sentía frustrada y él también, pero tenerla cerca alegraba su vida de un modo casi cósmico.

—No sabes cuán feliz me siento por tenerte en mi vida, pollita.

Salió del cuarto sin hacer ruido y limpió los cubiertos que se encontraban en el fregadero para evitar que ella lo hiciera al día siguiente. Ordenó los cubiertos y luego la sala de estar.

—Las princesas no tienen que hacer estas cosas.

Se preparó una taza de café mientras ordenaba la mesa para el día siguiente. Sonrió al encontrar un trozo de tarta en la nevera con una tarjeta que decía:

«Para el mejor amigo del mundo. Te amo, Elena».

Cogió la tarta y la comió con un enorme nudo en la garganta. Nunca pensó que amar a alguien imposible dolería tanto. Una lágrima atravesó su rostro y posó sobre la tarta mientras evocaba los últimos días al lado de aquel ángel llamado Elena.

«Un minuto a tu lado y el mundo parece mejor, mi amor».

Alguien como Elena

♪Farewell to Earth – Audiomachine♪

*«Un verdadero perdedor es alguien,
que tiene tanto miedo a no ganar,
que ni siquiera lo intenta».*

(Pequeña Miss Sunshine)

Alan miró
estupefacto a la
bruja de ojos

saltones y labios muy gruesos cuando ella le pidió que se desnudara completamente para hacerle un tipo de «sanación kármica». Elena le había llevado al lugar alegando que le hacía falta un baño para la buena suerte y que aquella mujer era de fiar. Saltaría de un puente si le hubiera pedido.

—Tú última pareja te hizo algo —afirmó tras ponerse de pie—, y eso te está trabando.

«Dana me dejó por otro, pero no creo que me haya hecho nada «mítico», ella no cree en esas cosas» pensó Alan. Aunque, pensándolo mejor, tras el divorcio, se dio cuenta de que mucho no la conocía.

Levantó los brazos para que ella le pudiera quitar la camiseta blanca con la foto del Pato Donald en la parte frontal.

—Tienes un cuerpo muy sexy —le dijo la bruja tras deslizar sus manos por sus pechos—, cualquier mujer mataría por estar contigo.

Alan tragó con fuerza ante las caricias sospechosas de aquella mujer.

«Cualquiera menos Elena», pensó él con tristeza. La mujer le pidió que se levantara y luego le bajó los pantalones de un tirón. Alan intentó cubrirse su parte íntima, pero la mujer se lo impidió tras clavar sus ojos en ella. Un rubor casi morado tiñó las mejillas del hombre mientras ella le daba unos pellizcos y unos azotes con una rama que olía a canela.

—Ay —dijo Alan varias veces—, ohhh —musitó cuando ella le metió mano—, ¿es necesario? ¡Ay!

Alan salió de la consulta de la mujer con la piel bastante enrojecida. Elena se acercó a él con su peculiar andar de gatita mimosa. Alan sonrió algo desenchajado.

—¿Qué te ha hecho?

«Violado manualmente» caviló con cierta incomodidad.

Alan quiso contarle todo, pero sintió vergüenza y decidió no hacerlo.

—Solo me dio un par de cositas —le dijo y le enseñó una bolsa blanca de plástico—, debo hacer un baño con estas hierbas cada martes y viernes.

Elena revisó la bolsita y frunció su entrecejo algo enfurruñada.

«¿Las mismas hierbas que me dio a mí? Mmm».

Alan estaba triste y mal podía esconderlo. Su hermana le había mandado un mensaje de texto durante la sesión de sanación. Cuando se vistió, leyó el mismo y su corazón se rompió, si es que aún podía romperse un poco más.

—¿Damos un paseo? —propuso él—, cerca de aquí hay una plaza muy bonita.

Elena asintió sin percibir la mirada curiosa de la bruja desde la puerta de su sala. La mujer se rascó el mentón con aire pensativo.

«Ese hombre no es gay» se dijo. ¿Por qué fingía ser lo que en verdad no era? Podía ser una farsante, pero tenía una intuición muy atinada y aquel

joven de gay no tenía nada.

—Qué raro.

No diría nada hasta estar completamente segura.

—¿Por qué ella le dijo que era lesbiana? ¡Están chalados!

Elena le dijo que no podía pagarle hasta encontrar un buen trabajo, ya que estaba en paro. La mujer le dijo que podía ayudarla en la consulta por las tardes y con eso saldaría su deuda con ella. Elena aceptó y tras su trabajo en la pollería, donde trabajaba de camarera hasta las dos de la tarde, iría a la consulta de la bruja como su secretaria.

—Es allí —le dijo Elena—, ¡es precioso el lugar!

Alan y Elena se detuvieron sobre un pequeño puente de madera y observaron el laguito a un lado. Alan estaba muy callado aquel día, tanto o más que Elena.

—Estás muy callado —le dijo ella tras unos minutos—, ¿te pasa algo?

Alan sonrió con tristeza y negó con la cabeza al tiempo.

—Solo estoy un poco cansado.

Elena se abrazó a él y Alan suspiró hondo al tiempo que la estrechaba con fuerza contra su cuerpo. Dios, ¡estaba tan enamorado que le dolía no poder decírselo! Entrecerró sus ojos y aspiró el aroma floral que exhalaba el pelo sedoso de Elena.

—No quiero verte así, pollito.

Elena quería morir allí, entre sus brazos.

—Me pasará, pollita.

Se marcharon a la casa de manos dadas como si fueran novios. La sensación que ambos experimentaban cada vez que se cogían de las manos era indescriptible.

—Me ducharé —le dijo Alan, con un enorme nudo en la garganta.

Elena tuvo deseos de abrazarlo por horas, ¿qué le pesaba tanto?

—Está bien, cielo.

Miró la caja de cereales de chocolate vacía y decidió ir al supermercado de su barrio para comprar una nueva, era el favorito de Alan.

—Esto seguro le alegrará —se dijo al ver unos tebeos de Mickey Mouse—, necesito ver su arrebatadora sonrisa.

Alan se lavó la cabeza con el champú de fresa que Elena le había recomendado, absorto en sus pensamientos. Un sollozo se le escapó a medida que se enjuagaba la cabeza. Se recostó contra la pared y deslizó la espalda hasta quedarse sentado sobre el piso de color blanco. Abrazó sus piernas y lloró con toda el alma. Llevó su puño a su boca e intentó ahogar el dolor con todas sus fuerzas. Los recuerdos asaltaron su mente y desangraron su corazón.



Elena calentó la leche y luego la vertió en el tazón de Mickey Mouse sobre los cereales de chocolate.

—Perfecto —se dijo con una sonrisa en los labios—, un poco de chocolate troceado y ya está.

Alan tenía los ojos muy enrojecidos cuando salió del cuarto de baño. Elena soltó un suspiro de lamento al otear sus lindos ojos azules encapotados. ¿Qué tenía?

—¿Para mí? —le dijo Alan, al coger los tebeos—, ¿qué haría sin ti, pollita?

Ella se abrazó a él.

—Lo mismo que yo sin ti, pollito.

Elena evocó en ese lapso el día que él la encontró en el parque del vecindario, meciéndose en el columpio mientras llovía con inclemencia. Las lágrimas se entremezclaban con las gotas de aquella desapacible tormenta de primavera. Alan llegó al lugar bajo su paraguas rosa de Hello Kitty casi al anochecer. Se acuclilló enfrente de ella y la miró con profundo dolor. Elena no

podía dejar de llorar.

—¿Qué tienes, pollita?

Elena no levantó la vista de sus pies un solo segundo. Alan tenía el corazón en un puño, cada vez que la veía triste su alma se despegaba de su cuerpo.

—Hoy es el cumpleaños de mi papá —le dijo con un dolor abismal en el pecho—, hoy cumpliría sesenta y cinco años —tenía la voz muy ronca.

—Oh, cielo —le dijo con tristeza—, lo siento tanto.

Elena entrecerró sus ojos en un gesto de derrota.

—Solíamos irnos al parque de nuestro barrio y jugábamos como si aún tuviera cinco años... —alzó la mirada—, luego comprábamos una tarta de chocolate y una vela —sonrió— cantábamos el cumpleaños feliz —el dolor le estrujó el corazón—, lo echo mucho de menos, mucho...

Alan cerró el paraguas y acto seguido la cogió en brazos. La llevó a la casa bajo la lluvia sin emitir una sola palabra. Luego le preparó la bañera con sus sales favoritas y sus patitos de goma, los que él le había regalado días atrás mientras recorrían el centro comercial. La desnudó con sumo cuidado y la ayudó a que se sumergiera en el agua caliente. Elena le pidió que la dejara a solas con sus pensamientos.

Alan se retiró y decidió ir a la confitería de la esquina. Compró una tarta de chocolate y una velita de color celeste. Cuando Elena salió del cuarto de baño, miró con asombro la mesa de la cocina.

—¿Y esto? —le dijo con los ojos muy hinchados.

Alan sonrió ampliamente.

—Hoy es el cumpleaños de tu padre, y lo vamos a festejar, pollita.

Elena se echó a llorar y Alan la estrechó con fuerza.

—A él no le gustaría verte así, Lena.

Se apartó de ella a duras penas y encendió la vela con el mechero.

—Pide un deseo en su nombre, pollita.

Elena se acercó a la tarta y entrecerró los ojos. Sopló la vela tras pedir su deseo, ver a su padre una última vez.

—Los deseos suelen cumplirse —le dijo Alan, y toda la piel se le erizó.

Aquella noche, su padre apareció en sus sueños y le dijo con su tierna voz: «la felicidad está más cerca de lo que supones, hija».

Alan carraspeó y la devolvió al presente de golpe. Lo miró con entrañable afecto mientras él se sentaba a la mesa y se deleitaba con los cereales que ella le había preparado. Elena se sentó y bebió su café sin apartar la vista de él. Incluso con los ojos y la nariz enrojecidas seguía siendo el hombre más guapo del planeta. Alan era simplemente perfecto, tal cual se imaginó al amor de su vida, bueno, versión hetero, claro.

—Sonará estúpido, pero hoy hace treinta y dos años que murieron mis padres y mis hermanas gemelas —soltó él tras suspirar—, Fernanda y yo —miró con profundo dolor a Elena—, decidimos quedarnos ya que estábamos jugando en el jardín.

Fernanda era su hermana mayor, le explicó él con lágrimas en los ojos. Elena tragó con fuerza ante el dolor que Alan sentía.

—Yo tenía solo siete años cuando unos policías llegaron a mi casa y dijeron que mis padres y mis hermanas habían sufrido un grave accidente de tráfico —continuó Alan con el corazón latiéndole despacito en el pecho—, no comprendía nada y mucho menos al verlos en unos ataúdes.

Elena le cogió de las manos y lo miró con los ojos empañados. Aquel dolor le era tan familiar. Perder a sus abuelos, a su hermano menor y a su padre fue la peor de las experiencias que vivió. ¿Quién superaba algo así? Hablaban de resignación, pero la misma nunca llegó a su vida.

—Tras el sepelio, día tras día, les esperé con mi Snoopy entre los

brazos —unas lágrimas atravesaron el rostro de Alan, y posaron sobre la mesa —, pero ellos nunca retornaron de aquel viaje que emprendieron sin mí.

Las lágrimas caían silenciosas sobre el rostro de Elena mientras Alan le decía que nunca superó la muerte de sus padres y sus hermanas pequeñas.

—¿Hubiera superado mejor si tenía más edad en aquel entonces? —le preguntó, pero Elena fue incapaz de responderle.

Ella tenía treinta y seis años y no lograba arrancar aquel dolor de su pecho, aunque lo intentara.

—Las navidades, los años nuevos y los cumpleaños no volvieron a ser los mismos tras sus muertes —se sorbió por la nariz con fuerza—, ese vacío nunca se llenó, Lena.

Elena se enjugó las lágrimas con una servilleta. Alan se rompió a llorar como un crío. Con los años la añoranza creció más y más en su pecho, le dijo sollozando con amargura.

—Tengo casi cuarenta años y sigo esperándoles.

Elena se levantó de la silla de un salto y se acomodó entre sus piernas. Alan la estrechó con fuerza y lloró, lloró con toda su alma.

—Los necesité tanto, pollita, tanto.

Alan tenía miedo de perder a los que amaba, al final y al cabo, las personas de su vida terminaban partiendo de su lado tarde o temprano.

—Lo siento, a veces no consigo controlar mis emociones —se disculpó—, soy un sentimental.

Elena le cogió de la mano y lo llevó hasta el alféizar de la ventana de la sala, donde solían sentarse y beber café por las tardes antes de que él se marchara a su trabajo.

—Estás saturado —le dijo con una sonrisa—, a veces es bueno desahogarse.

Elena se sentó y Alan se acomodó entre sus piernas, recostó su cabeza

cansada sobre su vientre. Elena le acarició con ternura maternal al tiempo que le canturreaba la canción «*Everywhere I go*» del grupo Sleeping at last. Alan amaba aquella canción. Se quedó profundamente dormido, minutos después. Elena acarició su rostro con delicadeza.

—Si supieras cuánto te amo —musitó con lágrimas en los ojos—, con toda el alma.

Entrecerró los ojos con un enorme dolor en el pecho al tiempo que evocaba sus días al lado de aquel hombre con alma de niño que había llegado a su vida para colorear sus días grises con sus sonrisas, sus miradas y sus lágrimas.

—Conocí el amor, papá —masculló tras abrir sus ojos y clavarlos en Alan—, tal vez no lo podré vivir como siempre soñé, pero lo conocí.

Alguien como Alan

♪On the nature daylight - Max Richter.♪

«El silencio es el grito más fuerte».

(La vida es bella)

Elena acababa de hablar con su tía Érica, hermana de su madre. La noticia que le dio le pulverizó el corazón. Su madre tenía piedras en los riñones y necesitaba una intervención con urgencia. Según su tía, llevaba días padeciendo fuertes dolores, pero no le dijo nada a ella para no preocuparla. Elena se desmoronó y lloró toda la tarde de aquel tibio domingo.

—¿Qué haré?

Alan cruzó la puerta con una bolsa de compras entre manos, minutos después. Su corazón se encogió al verla tan triste.

—Pollita ¿qué pasa?

Colocó la bolsa sobre la mesa y se acercó a ella. Se acuclilló entre las piernas de Elena y le preguntó por segunda vez qué le pasaba. Ella le puso al tanto de todo y Alan lamentó no poder ayudarla.

—Necesita un tratamiento con urgencia, Alan —dijo llorando con mucha amargura—, no tengo un duro para ayudarla.

—Encontraremos una solución, Lena.

Ella lo miró con entrañable afecto.

—¿Crees que si me prostituyo ganaré bien, Alan?

Alan casi tragó su lengua ante aquella terrible posibilidad.

—Sería tu único cliente —le dijo él—, aunque tenga que vender mi alma al diablo para ello.

Elena rio entre lágrimas.

—Eres un buen amigo, Alan.

«Hablo muy en serio, pollita».

Alan habló con Jason, pero su amigo tampoco pasaba por una buena etapa económica.

—Lo siento, pero montar el bar me salió muy caro y sigo pagando el préstamo, Alan —le dijo, azorado—, pero puedes dejar que mis clientes beban tequila de tu abdomen.

No era mala idea, pensó Alan algo desencajado.

—No es mucho, pero algo es algo, Alan.

Elena decidió cortar sus gastos para ahorrar lo máximo que pudiera. Dejó de comer carne, gaseosas, chocolates de marca y su adorado Danonino matutino. Trabajaba como negra en la pollería y en la consulta de la bruja vendía bisuterías para la suerte.

—¿Estas bisuterías “Made in China” dan suerte en verdad? —le preguntó su amiga con escepticismo—, ¿no es robar a la gente con falsas esperanzas, Lena?

Ella se encogió de hombros.

—Es cuestión de fe —defendió—, ¿no?

Por la tarde, mientras el sol se despedía del día, fue a la iglesia de su barrio y se encontró con Alan, que concentrado, rezaba en uno de los bancos. Elena lo miró con adoración antes de persignarse. Se arregló la camiseta negra con el eslogan de Flash antes de acercarse a él.

—Hola, pollita —le dijo con una amplia sonrisa—, ¿estás bien?

La estrechó con mucho afecto y ella tuvo un enorme deseo de llorar. Necesitaba hacerlo, o su corazón estallaría.

—Él escuchará nuestras peticiones, Lena.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Elena. Se apartó y miró con infinita ternura a Alan.

—¿Rezabas por mi madre?

Él le arregló un mechón de su pelo al tiempo que asentía con una tímida sonrisa en los labios.

—Pedía por ella y por ti, cielo.

Además de pedir una cura milagrosa para la madre de Elena, pedía perdón por lo que haría a la noche para conseguir el dinero que ella necesitaba.

—¿Eres real, Alan?

Él se reclinó y le dio un beso en la mejilla.

—Como ese beso, Lena.

Encendieron unas velas antes de marcharse a la casa. Elena soltó un gritito y dio unos saltitos de alegría al ver sus Danoninos en la nevera. Alan llevó sus manos a su cara y sonrió ampliamente ante la reacción de Elena. ¡Dios! Con tan poco se podía ser feliz en el mundo, pensó él con un enorme nudo en la garganta.

—¡No era necesario, pollito!

Elena saltó a los brazos de Alan y él la giró en el aire.

—Te amo —le dijo ella y su corazón brincó sobre sí mismo varias veces—, con toda mi alma.

Alan suspiró hondo.

—Yo también, pollita.

«Te daría mi corazón si alguna vez lo necesitaras» pensó con una

emoción indescriptible en el pecho.



Alan salió de la casa con una rara sensación en el corazón. Lo que haría aquella noche era como mínimo denigrante. —Eres un cualquiera.

Llegó a la casa de Jessica y se puso las ropas que ella le dio para su primer show en el club de strippers donde ella trabajaba.

—Tienes un cuerpo y un rostro de infarto, Alan.

Jessica le acarició el abdomen con lascivia.

—Hoy habrá una despedida de soltera —le dijo ella mientras se vestía —, unas mujeres ricas y sin pudores, dispuestas a darte buenas propinas.

Aquello le hizo gemir de miedo.

—Ah...

Según sus cálculos, debía hacer unas veinte presentaciones en total para juntar el dinero que necesitaba Elena para la cirugía de su madre.

—Mi jefa quedó alucinada al ver tus vídeos —le dijo Jessica.

¿Vídeos? ¿De qué estaba hablando? Jessica se acercó y le enseñó los vídeos que ella había hecho mientras mantenían relaciones sexuales. Alan casi tuvo un infarto.

—¿Cuándo has grabado esos vídeos?

Jessica bajó y alzó las cejas de un modo muy socarrón. Alan llevó su mano a su pecho e intentó calmar a su pobre corazón. Si su abuela viera aquel vídeo lo repudiaría y él se moriría de tristeza.

—El otro día.

Con las mejillas encendidas, Alan cogió su móvil y borró los vídeos. Jessica rio de buena gana y le dijo que tenía varias copias repartidas en sitios estratégicos.

—No te agobies, nadie los verá.

¿Su jefa era nadie? El móvil de Alan timbró, era un mensaje de Elena.

«Gracias por todo, pollito».

Aquel mensaje le derritió el corazón.

«No es nada, pollita».

Elena le envió una foto con el pollito de peluche que él le había regalado día atrás. Alan sonrió con tristeza y con alegría al tiempo. Aquella menuda mujer de rostro aniñado y cuerpo de sirena lo tenía embrujado desde el primer día.

—Un mensaje tuyo y bastará para sanarme —se dijo—, ¡no blasfemes!
—se reprochó.

«Me gustan tus coletas» le dijo él.

Elena le envió una foto donde aparecía con la expresión seria.

«Mini coletas» le corrigió ella.

Jessica miraba con expresión interrogante a Alan, que embobado, miraba el móvil. ¿Con quién chateaba tan entusiasmado?

«Veré nuestra película favorita y me quedaré dormida en el sofá para que tú me lleves a mi cama» le escribió ella con una carita feliz.

Alan le envió una foto suya con la expresión pensativa.

«¿Me lo prometes, pollita?»

«Pío pío» respondió Elena.

«Pío pío» replicó él con un emoticón de pollito.

Llevarla a la cama todas las noches era un regalo inestimable para él.

—Mi amor —masculló con una sonrisa bobalicona.

Alan salió de la casa de Jessica listo para su primer show, que fue un verdadero desastre. La timidez fue mayor que la valentía y casi no salió al palco. Una vez allí, no sabía cómo moverse o desnudarse ante las mujeres que gritaban eufóricas desde sus sitios.

«Dios, ¿qué hago aquí?».

—¡Es su primera vez! —chilló Jessica—, ¿lo ayudamos?

Una mujer morena y de pelo rizado subió al palco y le ayudó con la camisa negra que llevaba puesta. Tras quitarle, le pasó la lengua por su abdomen hasta llegar a su cinturón. Una mujer rubia lo ayudó con los pantalones. Alan bebió un par de copas que le dio Jessica y, tras ello, bailó algo más relajado las canciones que sonaban en los altavoces. Las mujeres le tocaron, le besaron y casi le violaron durante el show.

—Nada mal para tu primer día, ¡tiene sus ventajas ser tan guapo! —le dijo Jessica con expresión ladina—, te conseguí un trabajo privado.

¿Qué significaba eso? ¿Privado? Abrió mucho los ojos y la boca cuando ella le pasó la dirección de su primera cliente fuera del club.

«¿Quééé?».

—El fin de semana tienes un show particular y ganarás un poco más, mi amor.

«Soy oficialmente un prostituto».

Jessica intentó quitarle la camisa empapada en sudor, pero él la detuvo con delicadeza y le dijo que estaba muy cansado aquella noche. Ella no insistió.

—Mañana no te salvas, Alan.

Ella le guiñó un ojo.

—Lo sé.

Alan salió del club y se marchó a su casa con el corazón en un puño. Nunca pensó que terminaría en un club de strippers vendiendo su cuerpo por unos pavos.

Entró en la casa con ese pensamiento renegrido y miró con amor infinito a la razón de sus últimas decisiones. Elena dormía en el sofá abrazada a su Snoopy. Colocó las llaves sobre la mesita del recibidor y se acercó.

—Oh, pequeña —musitó con ternura.

Apagó la televisión y la cogió en brazos. Olisqueó la boca de Elena con el ceño algo fruncido.

—¿Has bebido?

Miró la copa vacía que se encontraba sobre la mesita ratonera.

—Alan —susurró ella sin abrir los ojos—, te amo.

Unas mariposas empezaron a revolotear sus alas en el estómago de Alan. Esbozó una sonrisa.

—Yo también, pollita borrachita.

La llevó a su cuarto y la acomodó en la cama con sumo cuidado. Elena no soltaba a su Snoopy por nada del mundo.

—Descansa, cielo.

Alan reclinó su cabeza y posó sus labios sobre los de ella. Elena abrió su boca y lo besó. Estaba algo borracha y Alan no quiso aprovecharse de la situación, pero terminó esclavo de sus propios deseos y la besó con toda la pasión que albergaba su corazón.

«Basta» se dijo él y se apartó de ella antes de cometer una locura.

—Te amo, Alan.

Alan le acarició la mejilla con dulzura.

—Ojalá me amaras como yo a ti —le susurró, apenado—, y no como a un amigo.

Alan salió del cuarto con el corazón latiéndole a mil por hora. El beso que se dieron abrió portales secretos en su ser. La quería, ¡cómo la quería! Pero era consciente de que su amor era imposible.

«Las estrellas están en el cielo para ser admiradas, no alcanzadas» se dijo entristecido.

Alguien del pasado

♪Sacrifice - Elton John♪

«Nunca conoces realmente a una persona hasta que no has llevado sus zapatos y has caminado con ellos».

(Matar a un ruiseñor)

La tétrica canción «*Farewell to Earth*» del grupo Audiomachine asaltaba la sala de estar mientras afuera llovía torrencialmente aquel martes. Elena abrazó al Snoopy de Alan con todas sus fuerzas al tiempo que evocaba a su ex, el hombre que casi la mató a golpes en el pasado. Aquella canción describía a la perfección su estado anímico. Le gustaba poner alguna banda sonora a sus momentos y aquella triste melodía descifraba los misterios de su alma en aquel momento.

—¿Por qué no consigo olvidarlo? —se preguntó anegada en lágrimas—, porque sigue doliendo todo lo que me hizo.

Hacía más de cinco años que huyó de su pueblo. Escapó del dolor, de las humillaciones, de los escupitajos y las torturas. Tardó meses en recuperar la paz, pero una vida entera no bastaría para curar las heridas profundas que le abrió en su alma aquel que al inicio le juró amor eterno ante Dios. Los recuerdos asaltaron su mente y agitaron su corazón con violencia.

—¡No! ¡Por favor! ¡Me duele! —chillaba mientras él le pegaba o le daba patadas—, ¡por favor!

Su marido la golpeaba hasta cansarse, hasta perder las fuerzas. Nunca se apiadó de ella, nunca cesó los golpes por sus ruegos o el dolor que sentía con cada golpe.

—¡Abre la puerta! —chillaba ella mientras afuera llovía de manera desapacible—, ¡me congelaré!

Muchas veces, en pleno invierno, solía desnudarla y dejarla en el balcón por una hora a modo de castigo por alguna cosa que, según él, ella había hecho mal. Elena era incapaz de recordar por qué había recibido las palizas. A veces, incluso, le daba la sensación de que a él le excitaba verla sufrir.

—¡Bastaaa! —suplicaba mientras él la arrastraba por el piso del pelo—, ¡por favor!

Elena se había cortado el pelo por eso, por los malos recuerdos que le traían su larga melena. Mirarse al espejo se hizo doloroso, humillante y temeroso. Los moretones repartidos por todo su cuerpo siempre le recordaban lo que había padecido bajo las manos de aquel que alguna vez amó tanto.

—¿Llamas a esto comida? ¡Inútil! ¡Inservible! ¡Putas! —le gritaba tras lanzarle la comida caliente al regazo—, prefiero comer mis heces —acotaba y le daba un buen bofetón.

Su padre, que en más de una ocasión intervino, le rogó que lo dejara o él la mataría a golpes.

—No puedo, papá.

Elena soportaba cada golpe, cada grito y cada humillación por temor a lo que su marido pudiera hacerles a sus padres. Él siempre la amenazaba y ella era incapaz de ponerlo a prueba.

Elena se secó las lágrimas con un pañuelo al volver al presente. Hacía

más de cinco años que huyó del infierno, pero las heridas seguían sangrando, siempre lo harían.

—Nunca más —se dijo con rabia—, nunca volveré a permitir que un hombre me golpee.

Tras instalarse en su nueva ciudad, decidió olvidar aquella dura etapa de golpes, insultos y dolor. Decidió ser feliz, libre e independiente.

—Espero que te pudras en el infierno, Mario —dijo con rabia—. Espero jamás volver a verte.

Se levantó y se sentó en el alféizar tapizado por Alan la semana pasada. Él era tan atento y tan talentoso con aquellas cosas, pensó con ternura. Abrazó sus piernas mientras miraba la calle con un dolor que no le cabía en el pecho. ¿Y si su ex volviera a su vida como le había prometido? La mataría a golpes, de eso estaba segura. Se levantó y abrió la puerta del balcón. Salió afuera y aspiró el aire con fuerza mientras la lluvia la empapaba lentamente.

—Tú me protegerás, papá —se dijo con un enorme nudo en el pecho—, te echo tanto de menos.

Esbozó una tímida sonrisa al evocar el día que pintó la barandilla del balcón con Alan mientras bromeaban y reían. Su corazón latía con fuerza cada vez que lo recordaba o lo tenía cerca. Aquella sensación deliciosa le recorría toda la espina dorsal y terminaba despertando cada fibra de su cuerpo tras ello. Si la felicidad podía ser descrita, sería así, un hormigueo eterno en el corazón.

—Cada día te amo más y más —susurró llorando—, me duele amarte tanto.



La melodía «*On the nature daylight*» de Max Richter sonaba en el cuarto de baño mientras Alan vestía la ropa que le dio Jessica para su primer show particular como stripper. Se puso el aceite de vainilla por el torso con la

mirada perdida y el corazón algo encogido. Nunca pensó que llegaría a aquello, a venderse por dinero como un vulgar gigoló. Pero lo hacía por Elena, por ella sería capaz de todo. Sonaba exagerado y, algo precipitado, sin embargo, lo que sentía por ella era inmenso, como el amor de Jack por Rose en la película Titanic, su favorita. ¿Cuántas veces él le dijo te amo a ella? Ninguna vez, ¿era necesario? No, él le demostró con hechos lo que sentía y no solo con bellas palabras, que muchas veces, podrían estar revestidas de mentiras.

—Eres un romántico incurable —se dijo con una sonrisa que apenas curvaba sus labios—, un prostituto sentimental —se corrigió con sorna.

Alan creció con una mujer que amaba el amor, una mujer que leía novelas rosas y veía telenovelas de amor todos los días. Él aprendió a apreciar aquello con toda su alma, pero no todas sus novias supieron valorar su manera de ser.

—Por amor a Elena —se dijo con ternura—, buen título para una novela.

Jessica lo miraba con extrañeza, Alan no era el mismo chico que conoció. Ahora estaba siempre muy callado y distante. Llevaba días sin tocarla y, al parecer, no volvería a hacerlo. Optó por lo mejor, el silencio. El juego del sexo llegó a su fin, era el trato desde el inicio.

—Suerte, Alan.

Alan bajó del coche con la mirada algo perdida. Le daba vergüenza desnudarse enfrente de aquellas mujeres desconocidas.

—Con el tiempo te acostumbrarás —le animó ella.

¿Con el tiempo? No pensaba ser un stripper para siempre.

—Yo también dije que serían solo unos cuantos shows —le dijo ella con tristeza—, para pagar los gastos de mi madre en el hospital.

Ella se miró.

—Y jamás lo dejé.

Eso no pasaría con él, se dijo decidido.

—Tu belleza es imponente, pero tu ternura es un imán, Alan.

Jessica deslizó sus ojos en su cuerpo y se mordió el labio inferior en un acto involuntario. Alan era el hombre más guapo y dulce que jamás conoció. Sentía atracción y una dulzura indescriptible por él. Lo mejor era huir a tiempo, antes de caer en las malditas garras de aquel sentimiento tan tirano conocido como amor.

Alan cogió su mochila y se acercó a la casa a pasos lentos tras despedirse de Jessica. Tocó el timbre y una mujer rubia y de pechos enormes le dio la bienvenida.

—¡Llegó el stripper!

Le tocó las nalgas y le manoseó con descaro el abdomen. Él le preguntó por el cuarto de baño y ella le indicó el lugar.

—¿De dónde la conozco? —se preguntó Alan.

Se quitó la camisa negra y los vaqueros del mismo tono con aire pensativo. Cogió la botellita de vodka que le dio Jason, y bebió un buen sorbo. El alcohol liberaría su lado más sensual, según su amigo.

La canción «*Despacito*» sonaba de fondo a todo volumen. Tragó con fuerza antes de ponerse su antifaz negro. No quería que vieran su rostro, al menos no por completo. Se puso la camiseta y el pantalón con cierres magnéticos que se quitaría de un tirón durante el baile. Se roció un poco de perfume y metió un caramelo de menta en la boca para aplacar el olor del alcohol.

—Listo —se dijo tras suspirar hondo—, es por una buena causa —miró su móvil con ojos soñadores—, es por ti, pollita.

En la pantalla aparecía la foto de él y Elena en el balcón con las caras pintadas y una sonrisa de oreja a oreja. Tan feliz era a su lado, que se

conformaría incluso con ser su amigo para siempre.

—¡Stripper! ¡Stripper! —chillaban las mujeres desde la sala.

Alan salió del cuarto de baño con el corazón latiéndole a mil por hora. Sus sienas y toda su sangre palpitaban al mismo compás. Sonrió al tiempo que bailaba con sensualidad la canción de Luis Fonsi. Las mujeres le rodearon y empezaron a manosearle con descaro mientras la futura novia aparecía y lo dejaba sin aliento.

—¿Dana?

Su ex llevaba un horrible vestido de novia y un ramo de flores que parecían las partes íntimas de un hombre. Lina, su amiga, la acercó a él y ella empezó a tocarle. Una de las mujeres le quitó la camiseta y lo obligó a sentarse en una silla. Dana se sentó sobre su regazo y le dio un beso muy fogoso.

Meses atrás, su corazón hubiera brincado con fuerza en su pecho, pero ahora ya no lo hacía. Definitivamente, Alan ya no la amaba.

—Eres delicioso —le dijo Dana, tras apartarse—, me recuerdas a alguien...

Una de sus amigas le dijo con voz cantarina:

—¡Disfruta de él antes de volver a ahorcarte!

—¡Valió la pena haber engañado a tu marido por un año! —gritó otra.

¿Qué? ¿Su exmujer lo engañaba mucho antes del divorcio? Dana rio de buena gana mientras toqueteaba a su ex con lascivia. De pronto, miró con atención al hombre que yacía bajo ella en paños menores. Su rostro se desencajó al reconocerlo.

—¿Alan?

Sus amigas dejaron de gritar y bailar al oírla. ¿Aquel tipo era su ex? Dana le quitó el antifaz de un tirón y le fulminó con la mirada.

—¿Tan bajo has caído?

Dana se apartó de él. Alan se levantó de la silla y se dirigió al cuarto de baño sin replicarle. Ella lo siguió furiosa.

—¿A esto te dedicas ahora?!

Alan la ignoró y cogió sus cosas mientras ella despotricaba a viva voz. Sus amigas se miraron con estupor y luego lo miraron a él con ojos de cordero degollado.

—¿Eso te importa? —rebatió él.

Dana meneó la cabeza en un gesto negativo.

—Siempre supe que eras un fracasado —le dijo con desdén—, un don nadie que nunca me daría lo que en verdad quería, pero ¡esto es realmente denigrante incluso para ti!

Las amigas los observaban con perplejidad desde la puerta de la sala. Alan se vistió, necesitaba huir de allí lo antes posible.

—¡Mírame fracasado!

Alan la miró con una furia que no calculó. Dana soltó un gritito, pero no cesó fuego. Estaba borracha y dolida ante la inusitada situación.

—¡Me da vergüenza haber sido tu esposa!

Alan soltó una risita burlona que hizo vibrar su labio inferior.

—¿Yo? ¡Hipócrita! ¡Me engañabas con nuestro jefe hacía un año!

Dana soltó un taco.

—¡Porque él podía darme lo que quería! —chilló ella—, ropas, zapatos, perfumes, maquillajes, viajes, autos y una casa en condiciones —hizo una pausa—, cosa que tú nunca pudiste —le reprochó—. El amor se convierte en frustración cuando el resto empieza a faltar.

Los ojos de Alan se nublaron lentamente.

—Contigo siempre debía contar cada centavo —acotó—, sumar y restar con precaución por cada cosa que compraba —sus ojos se llenaron de lágrimas—, la vida miserable que me ofrecías mató mi amor por ti, Alan.

—No es cierto —le dijo él mientras se vestía—, me amas y te odias por eso.

Dana rio con gana.

—¡Eres un cero a la izquierda! ¿Cómo se puede amar a alguien así?

Sus amigas lo miraron apenadas. Alan la acorraló contra la pared y pegó sus labios sobre los de ella. La miró fijo y suspiró con cierta dificultad.

—Él nunca te dará lo que yo te di —afirmó con rabia—, amor.

Dana moría por besarlo, Alan siempre fue su debilidad. Su belleza, su olor, su dulzura y su pasión la enloquecían, pero no tanto como el dinero.

—Prefiero el dinero al amor, Alan.

Él la miró con profundo dolor.

—Yo prefiero el amor, Dana.

Se apartó de ella y cogió sus cosas.

—¿Qué me quieres decir, Alan?

La amiga de Dana le alargó el cheque y él no lo rechazó, al fin y al cabo, pagaban por sus servicios.

—Que elijo al amor —le dijo él con firmeza—, algo que ya no siento por ti.

Una lágrima recta, tibia y transparente rodó por la mejilla de Dana. Le dolía profundamente la realidad, pero era incapaz de admitirlo fuera de su cabeza.

—Ya tenía vergüenza de ti antes —apostilló ella con ojos enrojecidos—, ahora mucho más...

Alan no replicó. Salió de la casa y caminó sin parar hacia la parada de autobús. Se detuvo cerca de una plaza y soltó un grito agudo tras dar un fuerte puñetazo a un árbol. La lluvia caía sobre él mientras las lágrimas amenazaban con declinarse de sus ojos.

—No vales la pena, Dana.

Se sentía el hombre más miserable del mundo en aquel momento. Cogió su mochila y se dirigió a la parada con un nudo enorme en la garganta. Mal podía tragar su saliva ante el dolor que sentía en el alma. Elena le envió un mensaje de buenas noches y toda ira, toda frustración y todo dolor quedó ofuscado ante su ternura.

—Buenas noches, pollito. Te espero en el mismo lugar de siempre, en el sofá. Te quiero, pío pío.

—Eres mi mundo, pollita.

Llegó a casa una hora después y colocó las llaves sobre la mesita del recibidor. Miró hacia la sala y vio a Elena en el sofá. La cogió en brazos y la llevó a su cama.

—Mi pequeño mundo.

Elena abrió sus ojos y sonrió. Alan la miró con infinita ternura. ¿Elena había llorado?

—Hola —le dijo él tras acariciarle la mejilla—, ¿has llorado, pollita?

Muchas veces la tristeza comandaba su corazón y la única manera de sobrellevarla era llorando.

—Un poquito.

Alan parpadeó. Elena lo miró con expresión interrogante.

—¿Estás triste, pollito?

Alan asintió.

—Un poquito.

Elena besó su mano y le erizó el corazón.

—Ven aquí —le dijo ella y le hizo un hueco en su cama—, unamos nuestras penas en un abrazo.

Alan la miró con adoración. Elena tuvo un enorme deseo de besarle, no como una amiga, sino... como una mujer enamorada, perdidamente enamorada.

—Me ducharé y volveré.

Ella asintió con una sonrisa preciosa.

—No es necesario que te pongas una camiseta —le dijo ella con expresión ladina.

Alan se levantó y la miró con socarronería.

—Si prefieres que duerma desnudo...

Ella rio por lo bajo.

—No me tientes...

Alan se reclinó y le deslizó el dedo índice por el puente de su pequeña nariz.

—No tardaré.

Alan limpió los cubiertos y ordenó la casa como todos los días, para que Elena trabajara lo mínimo posible. Se duchó y se puso sus pantalones de dormir. Cuando entró en el cuarto de Elena, la encontró acurrucada en posición fetal y abrazada a su Snoopy.

—Mi pollita hermosa —susurró tras meterse bajo el edredón—, mi mejor antidepresivo.

Un trueno feroz en el cielo la despertó.

—Hola, pollito.

Elena se acomodó sobre su pecho y levantó la mirada hacia él. Alan la miró con ojos melosos.

—Te eché de menos, pollito.

Alan le besó la cabeza con dulzura al tiempo que tapaba sus cuerpos con el ajado edredón que perteneció a su abuela.

—Yo también —le farfulló él.

«Toda mi vida, Elena».

Alguien para soñar

♪He sleep - James Newton Howard ♪

*«Hay dos tipos de personas: las que consiguen lo que quieren
y las que no se atreven a conseguir lo que quieren».*

(Ciudadano Kane)

Alan salió de una
entrevista con las
mejillas

arreboladas y el corazón latiéndole a mil por hora. La mujer que lo atendió era una de las amigas de Dana.

—Jo —musitó Alan con el ceño fruncido—, porras.

Se sintió acosado ante las insinuaciones de la mujer, que, en más de una ocasión, le invitó a tomar a un café y a algo más. Al inicio no lo comprendió, hasta que le tocó su parte íntima con descaro.

—¿Me ha ofrecido el trabajo a cambio de un polvo? —se dijo atribulado—, ¿piensa que soy un cualquiera?

Evocó el show que realizó días atrás en la casa de la amiga de Dana, y desencajó aún más el rostro.

«Lo eres» se dijo con cierta tristeza. Alan vendió su cuerpo por una buena causa, pero, ante los ojos de los demás, era solo un pretexto para ganar dinero fácil.

—¿Qué estás haciendo? —se dijo ensombrecido.

Cogió un autobús y se marchó a su casa con la cabeza gacha. Bajó en la esquina como todos los días y compró un trozo de pastel de chocolate para Elena.

—Verte feliz mejorará mi día —se dijo con una sonrisa que mal curvaba sus labios.

Cuando entró en la casa, la encontró envuelta en una toalla rosa y con el pelo mojado. Su corazón latió con fuerza y su parte íntima, por muy poco, no se puso a silbar. Verla de aquel modo lo ponía como un tren. Abrió la boca como para saludarla, pero la volvió a cerrar cuando Daniela se acercó a ella envuelta en una toalla blanca. ¿Se ducharon juntas tras hacer el amor? En lugar de excitarlo, como le hubiera pasado a cualquier hombre al ver a dos hermosas mujeres en aquellos trajes, se cabreó y mal podía disimularlo.

—Hola —las saludó con sequedad—, me daré una ducha y saldré.

Elena y Daniela intercambiaron una mirada matizada de interrogantes. ¿Qué le pasaba? ¿Estaba enfadado?

«No ha conseguido el empleo» pensó Elena con el corazón encogido.

—¡Me ha encantado hacerlo en la sala! —chilló Daniela, y Alan puso los ojos en blanco—, aquella última posición me dejó sin aliento.

—Me siento tan relajada —comentó Elena, tras estirar los brazos hacia arriba—, las agujetas de mis hombros han desaparecido.

Los ojos de Alan casi salieron volando de su cara. ¡Qué desvergonzadas! Miró hacia abajo y vio el resultado final con cierta rabia. Le dio un golpe a su parte íntima y resopló hastiado.

—¡Desvergonzado tú!

Envió un SMS a Jessica, necesitaba desfogarse con alguien.

—Cuando quieras, Alan.

Se duchó y se marchó a la casa de su amante tras despedirse de Elena y

su novia. Ambas comían palomitas y veían una serie en la televisión como dos «tortolitas enamoradas». Alan quería ser mujer en aquellos momentos.

«Eso sonó muy sospechoso» se dijo con severidad.

—¿Le pasa algo? —preguntó Daniela.

Elena se encogió de hombros al tiempo que le enviaba un SMS a su compañero de piso, un mensaje leído e ignorado por él.

«Te echo de menos» le escribió ella.

Alan miró el mensaje mientras esperaba un autobús.

—Yo también —murmuró, pero no contestó el SMS.

Su reacción le dolió profundamente a Elena, y casi no podía disimularlo.

—Es por él ¿no? —le preguntó Daniela—. Le enviaste un mensaje y no te contestó, ¿eh?

Su amiga la conocía muy bien.

—Sí —contestó con lágrimas en los ojos—, encima estoy tan sensible.

Daniela la miró con profundo dolor, ella mejor que nadie conocía aquel sentimiento de rechazo, ya que durante años amó locamente a una amiga, que la repudió tras conocer su verdadera condicional sexual.

—No parece gay —le dijo Daniela, pensativa—. No conozco a muchos, pero este no lo parece.

Elena enarcó ambas cejas en un gesto dubitativo.

—El otro día lo vi con Jason en la cocina —le dijo, apenada—, su amigo estaba agachado enfrente de él, que parecía muy excitado con lo que le hacía.

En realidad, Jason le estaba masajeando los muslos a Alan, que tenía los músculos agarrotados tras los duros ejercicios en el gimnasio. Pero, ante los ojos de Elena, parecía otra cosa.

—¿Aquí? ¿En tu cocina?

Daniela metía sin parar las palomitas en su boca y miraba con expresión de asombro a su amiga, que entristecida, le contaba los detalles de la tórrida mamada.

—Sentí unos celos indescriptibles de Jason —confesó Elena— ¡quería tener su pene en mi boca!

Daniela escupió lo que masticaba y, tras recomponerse, se echó a reír. Se levantó y cogió su bolso. Retiró su consolador de tamaño considerable y empezó a perseguir a Elena por el departamento. Alan entró en la casa de un momento a otro a por sus documentos que había olvidado y las vio. Horrorizado, frunció el entrecejo y soltó un taco.

—¡Desvergonzadas! —chilló para sus adentros.

Salió de la casa como había entrado, sin hacer ruido. Cuando llegó al departamento de Jessica, le hizo el amor con cierto salvajismo.

—¡Dios! —chilló la mujer—, ¡me vuelves loca!

Alan le hizo el amor a Elena, no a ella. ¡No podía arrancarla de la cabeza un solo segundo! ¡Se estaba volviendo loco!

—Alan —le dijo Jessica con la respiración entrecortada—, estás enamorado ¿no?

¿Tan evidente era?

—Como nunca antes.

Jessica sintió una punzada de envidia de la mujer en cuestión. ¿Era su compañera de piso? Sí, tenía que ser ella. Alan siempre hablaba de la tal Elena, siempre la recordaba, incluso cuando no debía hacerlo.

—¿Me puedo quedar a dormir hoy?

Ella le dio un beso en los labios mientras él seguía entre sus piernas, muy dentro de ella.

—Siempre, cariño.

La stripper se levantó y se metió en el cuarto de baño para ducharse.

Alan cogió su móvil y contempló las fotos que tenía de Elena. Suspiró y babeó por varias de ellas mientras su compañera de piso le enviaba varios mensajes que él simplemente ignoró.

—No contesta —murmuró Elena—, ni siquiera ha visto mis mensajes.

Elena se durmió en el sofá, pero aquella vez, Alan no la llevó a su cama.



Elena observaba embelesada un grupo de payasos y bailarinas que repartían alegría y sonrisas cerca de la pollería mientras observaba los mensajes de su mejor amiga.

—¡Felicidades, Elena!

Era su cumpleaños número treinta y siete. Su madre fue la primera a felicitarle, como cada año.

—¡Gracias!

Daniela le envió varios emoticones de «Feliz cumpleaños». Recibió un par de mensajes más, menos de quién anhelaba con toda el alma.

«Pollito».

Se sentía una idiota, ya que, al despertarse, pensó que encontraría algún ramo de flores, alguna caja de chocolate en forma de corazón, alguna novela súper cursi o algún peluche de tamaño considerable por parte de Alan, pero solo recibió su indiferencia. Ni siquiera le había enviado un mensaje aquel día.

«Alan lo olvidó» pensó con un enorme nudo en el pecho.

Las lágrimas asaltaron sus ojos y se declinaron por sus mejillas sin parar. Una de las bailarinas le alargó un panfleto del circo que había llegado a la ciudad días atrás.

—¡No pierdas la primera función! ¡Es gratis! —le gritó un acróbata

desde la bicicleta de una sola rueda.

Elena conservó el panfleto. Tras salir de la consulta de la bruja, donde trabajaba por las tardes, decidió ir al circo.

—Un excelente regalo —se dijo con una sonrisa que mal curvaba sus labios.

Alan le escribió después de un día de silencio.

«Lo siento, no paso por una buena etapa, pollita».

Elena miró el mensaje con una enorme sonrisa, no podía estar enojada con él ni dos segundos.

«Lo sé, te entiendo como ninguna, pollito».

Alan llevó su mano derecha a su nuca y soltó una risita al ver el Gif de un pollito bailando.

«Te quiero, ¿lo sabes no?».

Las mejillas de Elena se ruborizaron al leer su sincera declaración. Siempre que le decía aquello, su corazón brincaba de alegría.

«Y yo a ti».

—Con toda el alma, Alan.

Alan le preguntó dónde estaba y ella se lo dijo con timidez. ¿Entendió bien? ¿Estaba en un circo? Marcó su número para cerciorarse de que había comprendido bien el mensaje.

—Estoy en el lugar de los sueños infantiles, Alan.

Le dio la dirección y Alan la anotó mentalmente. Elena pagó su entrada mientras hablaba con él.

—Me encantan los circos, pollito.

Alan sintió una ternura indescriptible al escucharla.

—Me gustan los payasos de pelucas verdes —acotó Elena, con lágrimas en los ojos—, mi papá solía disfrazarse de payaso cuando era pequeña, en mis cumpleaños.

Elena le dijo que parecía obra de su padre que aquel circo se hubiera instalado en la ciudad justo en aquella fecha tan especial. Un enorme signo de interrogación apareció sobre la cabeza de Alan. ¿Cumpleaños? ¿Qué fecha era? Meditó unos segundos. ¡Joder! ¡Era su cumpleaños! Maldijo por lo bajo al tiempo que cogía un autobús rumbo al circo.

—Nos vemos por la noche —le dijo a ella antes de colgar—, mi pequeño mundo —murmuró para sus adentros.

Elena se secó las lágrimas tras sentarse en la platea con un bote de palomitas azucaradas entre manos.

—Nos vemos —dijo ella con un suspiro de tristeza.

Alan cruzó la calle como alma que lleva el diablo y llegó al circo de mala muerte con el corazón latiéndole a mil por hora. Mientras buscaba al encargado de la entrada, escuchó la charla de dos hombres, que al parecer, eran los dueños del circo.

—¡Joder! —dijo uno—, ¿qué le pasó?

Era un circo de barrio en plena decadencia, pero a Elena le bastaba para ser feliz aquel día en que cumplía un año más de vida. Rio y lloró casi toda la función. La alegría se entremezclaba con la profunda tristeza que sentía.

«Papá» musitó tras beber un sorbo de su gaseosa.

Un payaso con peluca verde y zapatos rojos apareció en el palco y se tropezó de un modo muy jocoso. La nariz roja de plástico se le cayó y empezó a perseguirla, robándose las risotadas de todo el público.

—¡Mi nariz! —bramó con una voz muy chillona—, ¿y mi cerebro? —se rascó la cabeza al tiempo que buscaba algo en el suelo.

Otro payaso apareció y le dio una patada en el culo y lo derribó. El payaso de la peluca verde se levantó y lo empujó. El otro payaso perdió el equilibrio de un modo muy patoso. Todos se echaron a reír, en especial porque

parecía una pelea de verdad y no una actuación.

—¡Bobo! —le dijo el payaso de la peluca verde.

Luego cogió un violín y empezó a tocar la canción «*Lost without you*» de Freya Ridings. Elena se puso seria y prestó atención en la melodía. Aquella canción le era muy familiar.

—¿Esa canción? —dijo algo confundida—, ¿es de Freya Ridings? Pero... ¡casi nadie la conoce!

El payaso de la peluca verde y zapatos rojos se aproximó a ella con pasos lentos. La miró con ternura sin dejar de tocar su canción favorita.

—¿Es obra de Alan? —se preguntó con lágrimas en los ojos—, ¿tiene que ser!

Buscó a Alan por todas partes con la mirada, pero no lo encontró.

—Muchas felicidades, pollita —le dijo el payaso tras finalizar la canción—, mi pollita hermosa —hizo una pausa y se puso pensativo mientras todos se partían de la risa—, eso sonó muy raro...

Elena soltó un gritito que ahogó con la mano. ¿Era Alan? ¿Aquel payaso era él? Alan se quitó la nariz y le sonrió. Elena sollozó emocionada ante la sorpresa.

—Feliz día, pollita —le dijo él, con un enorme nudo en la garganta—, feliz día a la mujer más hermosa, buena, generosa, dulce, inteligente, divertida, fuerte y amorosa del mundo.

Todos suspiraron.

—Te quiero, pollita.

El otro payaso se acercó y lanzó serpentinas al tiempo que canturreaba «Feliz cumpleaños» con una voz algo infantil. Todos cantaron con él. Alan y Elena se miraron con infinito amor mientras otro payaso aparecía con una tarta de nata entre manos. Cuando la canción terminó, la tarta terminó en la cara de Alan, que furioso, persiguió al payaso por todo el palco. Se tropezó en varias

oportunidades y se ganó unas cuantas patadas. Elena rio de buena gana. ¡Fue el mejor regalo que jamás imaginó ganarse de él!

—¡Feliz cumpleaños, pollita! —chilló Alan, mientras corría detrás del payaso—, ¡te quiero!

Todos aplaudieron y ovacionaron aquel tierno momento.

—¡Y yo a ti!

Alan y Elena salieron del circo casi a las diez de la noche.

—Me encanta mi peluche de payasito —le dijo Elena—, nunca olvidaré este día.

Alan la estrechó con afecto.

—Es tan poco lo que puedo darte, pollita.

«Me has dado el mundo, Alan».

Se dirigieron al bar de Jason para seguir festejando. Elena miró el lugar con ojos curiosos.

—¡Por la mejor mujer del mundo! —chilló Alan—, la mujer de mi vida...

Jason frunció el entrecejo al oírlo. ¿Se declaraba tan abiertamente a su amor imposible? Miró a Elena por el rabillo del ojo y la estudió mientras ella perdía la sobriedad a la velocidad de la luz.

—Gracias —le dijo ella con la voz quebrada—, por transformar mis sonrisas grises en arcoíris.

Alan le acarició la mejilla y ella entrecerró sus ojos al sentir su roce.

—Te quiero, pollita.

—Y yo a ti...

Alan y Elena bebieron hasta altas horas. Salieron del bar y se marcharon a la casa entre risas y bromas. Elena se tropezó un par de veces durante el camino, pero él la sujetó antes de que besara el suelo. Se detuvieron en un parque.

—¿Qué te hubiera gustado recibir de regalo, Lena?

«Tú, desnudo en mi cama y con un moño rojo cubriéndote la entrepierna».

—Me hubiera gustado bailar una dulce canción bajo la luna —le dijo riendo y girando sobre sus pies—, con alguien especial.

Alan pensó en Daniela.

—Contigo.

La miró con expresión de confusión. ¿Con él y no con su novia?

—Siempre contigo, Alan.

—¿De verdad, pollita?

—¡Sí!

Estaba borracha, pensó él con una sonrisa algo desencajada. Cogió su móvil tras recomponerse de la impresión y buscó una canción especial que confesara el secreto de su corazón de manera tácita. «*Sacrifice*» de Elton John comenzó a sonar.

—Es perfecta —le dijo ella con una sonrisa.

Alan envolvió su cuello con sus brazos y empezó a canturrearle la canción con su melodiosa voz.

Algunas cosas se ven mejor, nena, simplemente pasando por alto y no es sacrificio, solo una simple palabra. Son dos corazones viviendo en dos mundos separados...

Elena se estremeció y rio por lo bajo. El alcohol sacaba un lado suyo que Alan no conocía hasta entonces.

—No sabía que tocabas el violín —le dijo ella mientras bailaban—, a veces siento que no sé muchas cosas de ti...

Alan reclinó su cabeza sobre la de ella al tiempo que la pegaba a su cuerpo.

—Aprendí a tocarlo cuando era monaguillo en la iglesia de mi barrio

—le dijo él con voz tenue—, cuando murieron mis padres —sus ojos se oscurecieron—, dejé de tocarlo.

Los ojos de Elena se llenaron de lágrimas.

—Lo siento tanto, Alan.

De la risa pasó al llanto desconsolado. Alan la estrechó y le susurró dulces palabras.

—Quiero un beso —soltó ella—, un beso de película que levante la pierna derecha sin darme cuenta.

Alan se apartó y la miró con suspicacia. ¿Quería un beso hetero? ¿Un beso suyo? Elena parpadeó a cámara lenta.

—Elena —farfulló él con el alma a sus pies—, te besaría por el resto de mi vida si me lo pidieras.

Ella frunció su entrecejo algo confundida. ¿Lo decía por amabilidad? Sí, probablemente sí, pero no le importaba.

—Espera, falta algo, pollito.

Cogió su móvil y buscó la canción perfecta para aquel momento. La banda sonora de la película *Mujer bonita* «*He sleep*» de James Newton Howard empezó a sonar.

—Quiero un beso de amor profundo, Alan —le pidió con lágrimas en los ojos—, finge que me amas y bésame con toda el...

Alan la besó antes de que terminara su frase, la besó con todo el amor que albergaba en su ser por ella. Elena se enganchó a su cuello y él la levantó con la fuerza de su cuerpo. Ella le rodeó la cintura con sus piernas y se perdió en aquel beso, el mejor regalo de su cumpleaños.

«No puedo fingir amarte, porque el amor no se finge, se siente y yo te amo, Elena».

Alguien para olvidar

♪Never enough - Kelly Clarkson♪

«Sí, el pasado puede doler. Pero como yo lo veo puedes huir o aprender de él».

(El Rey León)

Cinco años antes...

Elena cogió sus cosas y sus documentos antes

de huir de su casa, de la morada del monstruo al que llamaba esposo. Daniel, colega de su marido, la ayudó tras sedar a Mario, el hombre que casi la mató la noche anterior a golpes.

—¡Por favor, Mario! —imploró ella mientras él le reventaba las ropas y la tumbaba sobre la moqueta—, ¡no lo hagas!

Los amigos de Mario bebían mientras él la violentaba en el cuarto. Nadie la defendió, nadie intervino por ella. Elena salió corriendo hacia el cuarto de baño cuando su marido se distrajo y lloró con amargura tras trancar la puerta.

—Dios, por favor, ¡ayúdame!

Su marido, enfurecido, abrió la puerta de una patada y la cogió por los

pelos. La tumbó sobre la cama y la golpeó. A pesar de sus gritos, nadie vino a auxiliarla. Sus amigos eran tan crueles como él con sus respectivas parejas.

—¡Soy el capitán Keller, y nadie me desobedece! —gritó Mario sin dejar de golpearla—, ¡nadie!

Al día siguiente, Elena no podía levantarse de la cama, tenía los labios y la nariz reventadas. Los ojos hinchados y varios moratones por todo su cuerpo. Cogió su móvil y llamó a la única persona que podía salvarla.

—Dios mío —le dijo Daniel cuando la vio—, lo mataré, Elena.

Aquel buen hombre siempre la quiso en secreto. Desde la primera vez que la vio, su corazón supo que nunca la olvidaría y así fue. Daniel la amaba y siempre la amaría en secreto. Elena desconocía sus sentimientos hacia ella y, de cierta manera, aquello la protegía. Daniel estaba casado, pero era infeliz, sin embargo, decidió quedarse con su mujer y sus hijos, a pesar de ello. Algunas decisiones se tomaban por los demás y no por uno mismo.

—Tengo que dejarlo, Daniel.

Él la ayudó a huir de la muerte segura con sus padres aquella nefasta noche lluviosa de octubre al pueblo natal de su padre, donde Mario, probablemente, jamás la encontraría.

—Mario no conoce este lugar —les dijo a sus padres—, nunca la hablé de este sitio.

Durante meses, Elena se escondió en la casa que habían alquilado, no salía, no dormía bien, no comía bien y no respiraba bien. Los golpes continuos de su marido tuvieron graves consecuencias en su cuerpo.

—Era militar —le dijo a su médico—, denunciarlo era como firmar mi propia condena.

Tiempo después, conoció a una mujer llamada Emilce Costa, encargada de un grupo de mujeres que habían sufrido violencia doméstica. Su padre la buscó y le pidió ayuda.

—Te recuperarás —le dijo Emilce—, en este grupo de apoyo encontrarás a muchas mujeres como tú.

La primera vez que asistió, no duró ni diez minutos. El círculo del dolor la intimidó y huyó en busca de refugio. Su padre la consoló entre sus brazos mientras le decía lo importante que era ella para ellos, lo lista y guapa que era. Cosas que creía inverosímil tras tantos gritos por parte de su marido, que siempre la trató de basura inservible.

—La fortaleza está dentro de ti, cielo —le dijo su buen padre, cierta vez—, eres una guerrera.

Elena empezó a asistir a las reuniones que ofrecían aquel grupo de ayuda al día siguiente y lloró con desconsuelo al oír las historias de aquellas mujeres, tan similares a la suya. Ver y oír de otras bocas, lo hacía aún más doloroso, aún más terrorífico.

—Mi marido solía pegarme con los puños y con un viejo cinto de cuero —relataba Mariza—, hasta abrirme la carne.

Todas sintieron en sus pieles aquellos látigos que Mariza recibió durante quince años por parte de su cruel marido. Se levantó de la silla y enseñó su vientre repleto de cicatrices.

—Además de azotarme, me quemaba con cigarro y derramaba agua salada sobre mis heridas.

Elena evocó las veces que su marido hizo lo mismo, alegando que era para limpiarle las heridas y evitar que se infectaran.

—Era una mujer soñadora cuando lo conocí —dijo Mariza, anegada en lágrimas—, ahora soy un zombi emocional.

Las barbaridades que padecieron sus compañeras dejaron a Elena sin aire en los pulmones. ¿Por qué aquel que juró amarte ante Dios dejó de hacerlo para maltratarte?

—¿Elena? —le dijo Emilce.

Ella vaciló antes de abrir su caja de Pandora. Miró a las ocho mujeres mutiladas por dentro con lágrimas en los ojos. Ninguna se curaría de aquellas heridas jamás, pero al menos podrían cicatrizarlas con el tiempo y el amor de sus familias.

—Yo conocí a Mario en mi trabajo —dijo Elena con timidez—, trabajaba en una cafetería y él siempre me dejaba buenas propias —comentó con labios temblorosos—, era guapo y muy insistente —todas la miraban con atención—, era dócil y atento, hasta que nos casamos y todo cambió.

Elena rememoró los primeros golpes, los primeros insultos, los primeros gritos y los primeros huesos rotos. Mario siempre se enfadaba por todo, y la golpeaba por nada. Verla sufrir le provocaba un placer morboso y adictivo.

—Creo que le excitaba mi dolor —dijo anegada en lágrimas—, las veces que grité menos, paró antes.

Los momentos de terror pasaron por su mente mientras las otras mujeres lloraban a su alrededor, compartiendo su dolor. Eran mártires de una guerra solitaria impuesta por un anillo que las catalogaban como esposas.

—Hay heridas que dejan huellas en el corazón —dijo Elena, rota por dentro— y, aunque pase el tiempo, nunca se cicatrizan.

Hablar con aquellas mujeres fue un gran paso para la sanación de sus almas. Elena logró sobrevivir al dolor y al miedo con la ayuda de aquellas personas y ante todo de su familia.

Tras un año, Elena decidió viajar a otra ciudad y recomenzar. Encontró un trabajo en una tienda de ropas y, tiempo después, conoció a Daniela en una cafetería mientras bebía un café. Un flirteo unilateral que terminó en amistad.

—Las segundas oportunidades son regalos de Dios —se dijo con una amplia sonrisa al volver al presente—, adiós, Mario.

Su madre le dijo que su marido había muerto durante una misión,

meses atrás. Ahora, tras muchos años, era al fin libre.



Alan no podía olvidar el beso que le dio a Elena en su cumpleaños, un beso que casi lo dejó sin alma. Pensaba en ello todos los días, a cada minuto y a cada segundo. Ser su mejor amigo se hizo difícil, pero no podía aspirar a más.

—Mi pequeño mundo eres tú, Elena.

Alan se levantaba todos los días antes que ella. Le preparaba café y sus tostadas favoritas. Colocaba la miel y la mermelada de fresa cerca de la taza y la mantequilla. No podía faltar la margarita que solía robar de la vecina y una tarjeta de buen día.

«Eres el primer y el último pensamiento de mis días, Elena».

Nunca pensó que se podía querer tanto a otro ser humano. Nunca amó de aquel modo tan intenso y doloroso al tiempo.

Consiguió trabajo en una hamburguesería, donde servía las mesas con un uniforme horrible por las tardes, pero prefería aquello a desnudarse como un vulgar gigoló. Elena solía ir con Daniela casi a diario a comer allí. Alan tenía vergüenza y mal podía disimularlo.

—¿No te gusta el trabajo?

Alan clavó sus ojos en los de ella antes de alargarle su helado.

—No, pollita.

Alan y Elena tomaron helado en la plaza del barrio, sentados en el banco de piedras a horcajadas como dos adolescentes. Elena no podía dejar de mirarlo, a pesar de llevar unos vaqueros ajados y una camiseta negra algo desteñida, Alan seguía siendo el hombre más atractivo del planeta. Sus ojos azules clarísimos, su nariz respingona, sus labios sonrojados y aquel hoyuelo en la barbilla la tenían embelesada, eso sin mencionar su cuerpo de nadador

profesional. Alan hacía lo mismo, no podía dejar de mirarla. Tenía sus ventajas ser el amigo gay. Evocó los masajes que le dio la noche anterior y su parte íntima reaccionó al instante. Recorrer su menudo cuerpo era uno de los mejores martirios impuestos por el destino.

«No mires como lame el helado» se dijo e hizo exactamente lo contrario.

Elena lamía con avidez su helado, despertando los demonios más salvajes de su amigo, sin sospechar que ella tenía los mismos pensamientos al mirarlo lamer su helado con tanto deseo.

«Muerdo por un beso» pensó él con los labios ligeramente abiertos.

«Mataría por un beso» caviló ella con ojos soñadores.

Alan se preguntó cómo sería ella en la cama, el otro día jugaron al Nintendo y ella mostró un lado muy interesante, en especial cuando saltó sobre él y empezó a hacerle cosquillas. El vaivén de su cuerpo sobre el suyo lo hizo correr en dos segundos. ¡Fue tan bochornoso! Pero aquella mujer despertaba un lado suyo que no conocía hasta entonces.

—¿En qué piensas, Alan?

«En ti, siempre en ti».

—En nada.

Elena llevaba una camiseta roja algo ajustada y unos vaqueros cortos con agujeros. Fijó sus ojos en sus pechos y casi tragó la lengua al percibir que no llevaba sujetador. Nunca llevaba después de las cinco de la tarde, se dijo ruborizado hasta las orejas.

—Debo irme al trabajo, pollita.

Alan se levantó y se limpió las manos con una servilleta. Elena le copió el gesto.

—Te esperaré en el sofá como todas las noches, pollito —le dijo ella con una dulce sonrisa.

Alan le acarició la mejilla y le robó un latido.

—¿Me lo prometes?

Elena asintió tras coger su mano entre las suyas. Se miraron con intensidad por unos segundos. Alan temía que descubriera su secreto, temía que al hacerlo cambiaran las cosas, pero le protegía su mentira, para ella él era gay.

—Sí.

Alan la tiró hacia sí y la abrazó con afecto. Elena enterró en su pecho musculoso su cara y aspiró el perfume de su amigo con los ojos entrecerrados. Alan quería tenerla siempre así, entre sus brazos.

—Te echaré de menos —le dijo ella sin abrir los ojos.

Alan besó su cabeza.

—Y yo a ti.

Alan trabajó como negro aquella noche en que un grupo de amigos festejaban el cumpleaños de uno de ellos. Se ganó unas buenas propinas, ya que la mayoría eran hijos de ricos. Le tocaron el culo, le dieron sus números y se ganó varios cumplidos durante la larga jornada. Ya no se asustaba como antes, aunque nunca lograría acostumbrarse a ser deseado por alguien de su mismo sexo.

Jason y él decidieron beber antes de cerrar el lugar.

—¿Te falta mucho para completar el dinero?

Alan negó con la cabeza.

—Menos de 500 —le dijo pensativo.

Jason lo miró con atención desde el otro lado de la barra. Alan estaba triste, muy triste.

—¿Lo de stripper ya no mola?

Alan negó con la cabeza sin dedicarle la mirada. Jason conocía el motivo de su estado anímico.

—Te recuerda a ella, ¿no?

Alan levantó la vista de golpe y lo miró con cierto resquemor. Tocar aquel tema dolía más de lo que suponía.

—Sí, mucho.

Alan rememoró lo que hizo cuando tenía diecisiete años.

—Estaba desesperado —apostilló con un suspiro—, mi abuela necesitaba el dinero, el sucio dinero que me dio la señora Bárbara, su patrona.

Bárbara era una mujer sin escrúpulos que engañaba a su viejo marido con todos los hombres que se cruzaban en su camino. Un día, mientras Alan se duchaba, entró en el cuarto de baño y le hizo una propuesta. Le ofreció el dinero que su abuela necesitaba para pagar sus cuentas a cambio de sexo.

—Ella nunca lo sabrá.

Alan era virgen hasta aquel entonces, ser objeto de aquella mujer fue una de las experiencias más traumáticas de su vida. El sexo no era malo, pero sus celos, sí. Bárbara tenía treinta y cinco años, era hermosa y muy apasionada, pero se obsesionó por él y casi lo mató.

—Ella intentó asfixiarme —recordó Alan—, en más de una ocasión.

Jason asintió con un deje de tristeza estampado en la cara.

—Lo más difícil no fue dejarla, sino confesarle a mi abuela todo.

Alan bebió el último sorbo de su botella con un enorme nudo en la garganta. Jason no acotó nada más.

—Te llevo —le dijo a Alan—, mañana tienes el día libre.

Alan sonrió satisfecho.

—Mañana pintaré la sala y la cocina —dijo henchido de orgullo—, con Elena.

Jason sonrió de oreja a oreja.

—La amas mucho ¿no?

Alan lo miró con intensidad.

—Con toda el alma.

Llegó a la casa y encontró a Elena en el sofá, acurrucada como un gatito al lado de Año nuevo. Cogió el dinero que había ganado aquella noche y lo colocó en la caja de los milagros, donde juntaban el dinero para la cirugía de la madre de Elena.

—Falta poco, pollita.

Se acercó y se arrodilló al lado de Elena. La miró por varios segundos con cara de idiota enamorado.

—Te amo tanto, pequeña.

A Dana quiso mucho, pero nunca de aquel modo tan intenso. Elena despertaba fibras de su ser que ni siquiera sabía que existían hasta aquel entonces. Un beso y le bastó para tenerlo hechizado por el resto de su vida. Elena abrió sus ojos lentamente.

—¿Pollito? —le dijo ella algo somnolienta—, no me mires, estoy muy fea.

Alan la cogió en brazos y sonrió con ternura. Su compañera de piso no pesaba más que cincuenta kilos, calculó mentalmente mientras se acercaba a la habitación.

—Eres la mujer más hermosa del planeta, pollita.

La acomodó en la cama con sumo cuidado y la tapó con la mantita de hilo de su abuela. Elena sonrió y su corazón latió con fuerza.

—Lo dices porque eres mi mejor amigo.

Él se sentó a su lado y le arregló el pelo con delicadeza.

—No, es la verdad, pollita.

—Mira que te creo, pollito.

«Eres la mujer de mis sueños».

Alguien para el alma

♪Butterfly noodle pool - Marc Shalman♪

*«El miedo lleva a la ira,
la ira lleva al odio,
el odio lleva al sufrimiento.
Percibo mucho miedo en ti».*

(Episodio 1: La amenaza fantasma)

Elena observó con lágrimas en los ojos a los niños que corrían por el parque mientras sus madres conversaban y reían alrededor de ellos. Algunas gritaban y otras les regañaban a grito pelado. Si supieran cuán doloroso era no poder tenerlos, no les maltratarían tanto y los mimarían más. Evocó lo que pasó el otro día, mientras caminaba con Alan por el parque...

—¿Eres estúpida? —gritó una mujer a su hija pequeña—, ¡te dije que no metieras a tu hermano allí! —acotó y le dio una colleja que zarandeó a la niña con violencia.

Elena se acercó furiosa a ella y le gritó a voz en cuello:

—¡Es una niña! ¡¿Qué clase de madre eres?!

La mujer cogió a la niña y al otro niño mientras Alan se aproximaba a Elena con el ceño algo desencajado. Jamás la vio tan furiosa como en aquel momento.

—¿Estás loca? —le gritó a Elena, la mujer—. ¡Cuida a tus hijos que yo me encargo de los míos!

Elena se rompió a llorar mientras la mujer se apartaba de ella a grandes zancadas, gritando palabras ininteligibles. La niña giró su rostro y escrutó a Elena con temor.

—¿Por qué Dios le dio hijos a alguien así? ¿Por qué nunca me los dio a mí, Alan?

¿Quería ser madre?, se preguntó él con el alma a sus pies. Alan la estrechó con fuerza entre sus brazos y Elena lloró aún más. Le susurró bellas palabras mientras le acariciaba la espalda con cariño. Aquello siempre la tranquilizaba.

—Lo siento, cielo.

—Yo también.

Se sentó en uno de los bancos tras volver al presente y se imaginó jugando con un niño, riendo y bromeando con él por el parque. Un niño hermoso que nació de ella tras nueve meses. Cogió su bolso y retiró los papeles del centro de fertilidad que visitó días atrás. Escrutó con ojos empañados el costo del tratamiento.

—Algunos sueños son solo posibles en la ficción —se dijo con un enorme nudo en el pecho—, quizá en otra vida pueda ser madre.

Una tímida lluvia empezó a caer tiempo después y todos salieron corriendo, menos ella que necesitaba estar a solas con sus pensamientos y sentimientos encontrados. Estuvo allí hasta que la noche manchó el cielo. Se levantó del banco con un enorme peso en el corazón, un dolor que no podía soportar.

—Me duele respirar.

Siempre quiso un hijo, incluso con su cruel marido, pero nunca logró quedarse embarazada de manera natural. Tenía esperanzas de que con el tratamiento de fertilidad lograría concebir su soñado hijo, pero ante el alto costo, se dio por vencida y lo mejor era desistir.

—Después dicen que el dinero no compra la felicidad —ronroneó con amargura.

Se marchó a su casa arrastrando los pies y el alma.

—¿Pollita? —le dijo Alan, preocupado al verla—, ¿qué tienes, cielo?

Elena no quería hablar, no tenía fuerzas para ello. Alan no insistió, en lugar de ello, le preparó un baño caliente. Mientras llenaba la bañera, encendió unos inciensos y unas velas perfumadas. Elena seguía en shock.

—Estás helada, cielo.

La desnudó con cierto resquemor, temiendo que su parte íntima saliera disparatada de su ropa íntima, pero, al verla en aquel estado, cualquier excitación quedó soterrada.

—Dime algo, pollita —imploró, pero ella seguía muda—. Me partes el corazón.

«El mío está partido en mil pedazos» pensó ella. Alan la dejó con sus ropas íntimas y miró con recelo las cicatrices que ella tenía por todo su cuerpo. ¿Cómo no los vio antes? ¿Quién le hizo aquello? Elena siempre hablaba de su triste pasado, pero nunca se adentraba en él, recordarlo era vivirlo una vez más.

—¿Qué tienes, mi amor?

Nada, ella seguía enmudecida. La ayudó a meterse en el agua tibia que olía a manzanilla y a romero. Elena parecía un robot sin baterías.

—¿Te dejo a solas?

Ella no dijo nada, no hizo nada. Los ojos de Alan transmitían dolor e impotencia. No podía hacer nada para mejorarle el humor. Elena necesitaba estar a solas con sus pensamientos y, ante todo, con sus sentimientos.

—Te prepararé la sopa mágica de mi abuela —le dijo él con una sonrisa ladeada—, ella me la hacía cuando estaba triste.

Alan salió del cuarto de baño y Elena se quebró una vez más. Pensó en

su suerte y en la de millones de mujeres que nunca podrían concebir un hijo.

«Pronto quedarás» decían sus vecinas en el pasado.

«Es la ansiedad» repetían otras.

«Relájate y verás cómo quedas» la animaban otras tantas.

Aquellos consejos solo empeoraban aún más su ánimo, porque el embarazo nunca se dio, aunque lo deseó con toda el alma, no pudo concebir un hijo.

—¿Por qué Dios? —susurró y se echó a llorar.



Alan decidió preparar la sopa mágica de su abuela para alegrar a Elena aquella noche. Envío un mensaje a su hermana y le pidió la receta. Fernanda le dijo que debía hacerla al pie de la letra o no tendría el efecto deseado. Alan cogió las verduras y la tabla de picar mientras Sia irrumpía la cocina con su canción «*Angel by the wings*».

—¿En serio? —se dijo al leer la receta—, ¿es broma?

Su hermana le dijo que si no seguía la receta al pie de la letra no tendría el sabor deseado en el alma. Alan cogió la zanahoria y empezó a flirtear con ella.

—Hola, preciosa —le dijo con voz seductora—, ¿qué te parece si te dejas acariciar y trocear por mis manos?

¡Era ridículo! Pero siguió las instrucciones de la receta tal cual, tras hablar con su abuela, que le dijo lo mismo que su hermana.

—Debes cantar y bailar una canción sensual a los tomates —decía la receta—, la de Beyoncé es perfecta.

Alan les canturreó a los tomates «*Single ladies*» al tiempo que la bailaba. Elena salió del cuarto de baño y lo miró con expresión de asombro. ¿Qué estaba haciendo? ¿Enrollándose con los tomates? Decidió esconderse

detrás de la puerta para que no la viera y lo miró con expresión divertida.

—Trocea la cebolla sin camiseta y córtala mientras le recitas algún poema o frase romántica —leyó Alan con el ceño fruncido—, ¿en serio?

Se quitó la camiseta y se robó un suspiro de Elena. Su torso bronceado y musculoso era de ensueño. ¡Era el hombre más guapo del planeta!

Alan troceó la cebolla llorando a lágrima viva mientras le recitaba algo de Neruda.

—¿El soneto XVII? —murmulló Elena—, es mi favorito —suspiró emocionada—, ojalá fuera tan atractiva como esa cebolla —se mofó—, ¿era un verdufilio? ¿Eso existe?

Elena quiso reírse, pero se contuvo, a duras penas. Alan cogió el tallo del apio y se azotó el culo con él. Luego lo lavó y lo cortó mientras decía algo por lo bajo.

—Coge un pimentón rojo y salta tres veces a la derecha y tres veces a la izquierda —repuso tras leer la receta que le había enviado su hermana por el WhatsApp—, ¿en serio?

Alan siguió al pie de la letra los consejos de su hermana, sin percibir la presencia de Elena a pocos metros de él. ¿Qué estaba haciendo? Alan sujetó dos patatas pequeñas y les besó con los ojos entrecerrados. ¿Estaba enamorado de las patatas también? ¿Era patatafilio? ¿Eso existía?

—¿Qué? —soltó él al leer la última parte de la receta—, ¿debo elegir 33 lentejas y ponerlas un nombre a cada una? ¿En serio? ¡Es una broma!

Llamó a su hermana que mal podía hablar de las risotadas. Activó el altavoz con cara de pocos amigos. Alan resopló hastiado. ¡Su hermana se burló de él una vez más!

—¿Me has tomado el pelo?!

Fernanda reía de buena gana.

—¿Dime que has hecho todo lo que te escribí?

Alan se echó a reír.

—¡Al pie de la letra!

Fernanda golpeó la mesa con los puños, presa de un ataque de risas.

Alan tapó la olla tras colocar sal en la sopa mágica.

—Harías cualquier cosa por ella ¿eh?

Elena parpadeó a cámara lenta.

—Sí —le dijo él con sinceridad—, adoro a mi amiga.

Amiga, repitió Elena con una sonrisa melosa en los labios. Cogió la camisa negra de Alan de la cesta de ropas sucias y se la puso. Necesitaba sentir el aroma de su amigo. Se metió en su cuarto con un enorme deseo de llorar.

—¿La amas mucho?

Alan miró hacia la sala para cerciorarse de que Elena no estuviera allí.

—Con toda el alma, hermana.

Fernanda soltó un largo y lastimero suspiro. Su hermano estaba perdidamente enamorado de su amiga lesbiana. ¿Existía algo peor que amar a alguien imposible?

—Debo colgar, Fer.

—No olvides saltar tres veces antes de servir la sopa —se burló ella y él rio de buena gana.

Alan sirvió la sopa mágica en un plato. Troceó el pan recién horneado que había hecho y cogió una cuchara de la gaveta de cubiertos. Colocó todo en la bandeja de madera y se dirigió al cuarto tras dar de comer a Año nuevo, que estaba más plasta que nunca aquellos días.

—¿Qué tienes?

Alan lo miró con atención y descubrió que aquel gato en realidad era una gata.

—Oh oh —dijo tras mirar sus tetas—, ¿seremos abuelos?

Elena lloró con amargura ante la noticia. ¡Incluso su gata estaba embarazada! Alan no comprendía qué tenía, hasta que ella le explicó todo.

—Lo siento, pollita.

Elena tomó la sopa llorando, sus lágrimas caían incesantes sobre el líquido y sus mejillas. Alan la miró apenado, quería decirle tantas cosas, pero sabía que nada lograría el efecto que anhelaba, hasta que una idea cruzó su mente y agitó su corazón. Pensó, pensó y pensó en mil maneras de decirle aquello que había brotado en su cerebro.

—Cielo, ¿y si lo hicieras de la manera natural?

Elena detuvo su cuchara a mitad de camino y lo miró con atención. Alan soltó un suspiro de lamento al mirar sus ojos inflamados tras tanto llanto.

—¿Cómo así?

Alan temió haber metido la pata hasta el fondo. Tragó con fuerza y tras ello soltó en un murmullo:

—Pues... ya sabes... —hizo una pausa—, ¿no?

Elena bajó la mirada y negó con la cabeza.

—No tengo novio —le dijo algo enfadada—, necesito un pene disponible y, no solo eso, que sea un hombre sano y bueno, inteligente y amoroso de preferencia. No puedo acostarme con cualquiera.

Alan asintió con los hombros hundidos y la mirada huidiza. Elena comió el pan con nerviosismo. Soltó un gemido de placer y le dijo que el mismo estaba exquisito. Él le agradeció con una sonrisa.

—¿Tienes algún amigo dispuesto a prestarme sus espermatozoides?

Él asintió con una sonrisa ladeada.

—¿Yo?

Elena casi se atragantó. Alan le dio un vaso con agua y tras recomponerse, ella soltó:

—¿Me prestarías tu pene?

Elena se llevó las manos a su boca y se ruborizó como un tomate ante su metedura de pata. ¿Prestarme tu pene?, ¿en serio he dicho eso?, se reprendió para sus adentros. Alan parpadeó a cámara lenta.

—Es todo tuyo, usa y abusa de él cuando quieras, pollita.

Se miraron por unos segundos y, tras ello, se echaron a reír a carcajadas. Alan dijo tras recomponerse:

—Porque hay un amigo en mí, y cuando sufras —se señaló con ambas manos—, aquí me tendrás, no dejaré de estar contigo, ya verás, no necesitas a nadie más, porque hay un amigo en mí —le cantó la canción de su película favorita «Toy Story»—, y cuando busques un bebé, aquí me tendrás —improvisó y le robó un largo suspiro a Elena—, porque hay un amigo en mí.

«Perdidamente enamorado de ti», caviló Alan. Los ojos de Elena se llenaron de lágrimas.

—¿Me tengo que poner un pene postizo para excitarte? —se mofó ella.

Alan frunció mucho el entrecejo al imaginársela con un arnés. No, definitivamente no era gay.

—¡No! —protestó él tras volver en sí—. ¿Me tengo que poner tetas postizas yo?

Una bofetada imaginaria la hizo dar un respingo.

—¡Nooo! —exclamó y volvieron a reírse.

Elena y Alan se miraron con magnitud tras secarse las lágrimas con el dorso de sus manos. La canción «*Never enough*» de la cantante Kelly Clarkson sonaba de fondo. ¡Qué apropiado!

«Nunca es suficiente» pensaron ambos.

Estoy tratando de contener la respiración, deja que siga así, no puede dejar que este momento termine. Has puesto en marcha un sueño en mí. Ahora, al hacerse más fuerte, ¿puedes escucharlo haciendo eco?

Toma mi mano, ¿vas a compartir esto conmigo?

Porque cariño sin ti todo el brillo de mil focos, todas las estrellas que robamos del cielo nocturno nunca será suficiente.

—¿Harías eso por mí, pollito?

Alan asintió.

—Soy capaz de todo por verte feliz, pollita.

Alan cogió su mano y la besó con los ojos entrecerrados. Elena se estremeció ante la mirada felina que le lanzaba él. ¿Quién era aquel y dónde estaba su pollito?

—Pero, antes de ir directo al grano —le dijo él con las mejillas ruborizadas—, quiero convencerte de que soy el hombre correcto para ti y tu hijo.

Elena se rompió a llorar y Alan la abrazó con ternura tras retirar la bandeja y colocarla sobre la mesita rinconera. Le ronroneó dulces palabras mientras le acariciaba la espalda.

—Tengo certeza de que serás la mejor mamá para nuestro hijo.

«Nuestro hijo» repitió Elena.

Alguien en mi destino

♪Head above water - Avril Lavigne♪

*«No puedes vivir tu vida para otras personas.
Tienes que hacer lo que es correcto para ti,
aunque esto les duela a tus seres queridos».*

(El diario de Noa)

Elena se miró en el espejo con una amplia sonrisa en los labios, desde que se propuso ser más optimista como le decía Alan a diario, las cosas mejoraron considerablemente en su vida. Su madre fue operada con éxito y ella tenía la posibilidad de concebir un hijo con el hombre de sus sueños de la manera más deliciosa.

—Eres tan afortunada —se dijo y se guiñó un ojo—, pronto serás mamá de un bebé hermoso.

Por primera vez, tras muchos años, se pintó los labios con un labial rosa y los párpados con una sombra del mismo tono. Su vestido blanco de tirantes y estampado le llegaba hasta las rodillas. Simple y romántico como le gustaba. Se puso una horquilla en forma de rosa a un lado de su cabeza y, por último, se colocó sus pendientes favoritos.

—Nada mal —se dijo y sonrió—, Alan —musitó con un cosquilleo delicioso en el estómago—. Eres el príncipe perfecto de mi cuento.

Salió de la casa tras perfumarse y se dirigió a la iglesia del barrio con el corazón latiéndole a mil por hora antes del primer encuentro con el futuro padre de su hijo. Se sentó en el último banco, alegando que a medida que se acercaba a la felicidad también se acercaría a Dios.

—Tenemos un trato —le dijo a Dios—, sé que cumplirás tu parte.

Alan entró en la iglesia tras persignarse en el umbral de la puerta. Elena lo miró con embeleso, sin lugar a dudas, era el hombre más atractivo que jamás conoció en toda su vida. Sus vaqueros negros ajustados y su camiseta blanca ceñida realzaban un poco más su gran atractivo.

—Estoy pecando —dijo ella algo sonrojada—, perdóname —masculló y bajó la mirada—, es creación tuya, así que, es culpa tuya.

Esbozó una sonrisa ladina. ¿Estaba reprochándole a Dios?

—Mejor reza, Elena —se dijo y rio por lo bajo.

Alan se sentó en el primer banco y rezó. Le gustaba conversar con Dios y llegar a ciertos acuerdos.

—La quiero con toda mi alma —masculló con cierta tristeza—, para ti nada es imposible, así que —miró con ojos de cordero degollado a Jesús—, ¿podrías revertir su condición sexual?

¿Qué?, se dijo él con el ceño fruncido tras escuchar su petición, su absurda petición.

—Perdóname, pero estoy muy enamorado, señor.

Elena pedía lo mismo, aunque con menos fe que él.

—Deseo hacerla feliz —dijo Alan con el corazón encogido—, no soy nadie para pedirte esto, pero, si puedes darnos una manita —se ruborizó—, sé que no estamos casados y que está mal fornicar como conejos en celo, pero no veo otra manera de lograr realizar su gran sueño —suspiró agobiado—, no soy rico para hacerlo de la otra manera, así que, será a la antigua, señor.

Una mariposa de alas gigantes posó sobre su pierna y le robó por

completo la atención. La miró con embeleso y sonrió con ternura al comprender que Dios le daría una manita en aquella loca aventura que emprendería con Elena, en busca de su bebé.

—¿Es una señal?

Aquella mariposa, de cierta manera, le recordaba a Elena, tierna, hermosa, pequeña y única en su especie. La misma voló y Alan la siguió con la mirada mientras una enorme sonrisa se apoderaba de sus labios.

—Gracias —farfulló con lágrimas en los ojos—, por escucharme siempre.

Se levantó tras santiguarse y se acercó a los candelabros que se encontraban a un lado. Elena estaba allí. Se detuvo en seco y la miró con ojos soñadores. ¿Qué hacía allí? ¿No quedaron en verse en el parque?

«Está hermosa» pensó él con una sonrisa bobalicona.

«Está hermoso» caviló ella con las mejillas encendidas.

Se acercó a ella tras rascarse la nuca en un gesto de nerviosismo. La miró de pies a cabeza y suspiró en un acto reflejo. Elena se limitó a mirarle con sus ojitos de gatito mimoso. Alan se mordió el labio inferior con impaciencia.

—Hola —le dijo él con timidez—, soy Alan.

Fingir que no se conocían era súper extraño, pero habían quedado así, iniciar una relación antes de pasar a la segunda fase.

—Hola, soy Elena.

Alan la ayudó a encender una vela y, con aquel gesto, acababa de conquistarla un poco más, si es que eso era aun humanamente posible. Ya le había donado su corazón, sus riñones, su hígado y su alma.

«Ahora solo falta el resto» pensó él con sorna.

—¿Tomarías un café conmigo, Elena?

Ella asintió y salieron de la iglesia como si fueran dos extraños que

acababan de conocerse. Tomaron asiento en la cafetería donde solían ir cada sábado sin falta. Alan le retiró la silla como siempre y la ayudó a sentarse. ¡Era tan caballeroso!

—Entonces ¿eres adicta a las bandas sonoras de las películas? — preguntó él tras sorber su café.

Elena mordió un trozo de su galleta al tiempo que asentía.

—Me gusta ponerle un sonido a cada momento de mi vida —acotó sonrojada como un tomate—, es lo más tonto que jamás has escuchado, ¿no?

Alan no podía apartar la vista de su lindo rostro un solo segundo. ¡Era tan hermosa!

—Es lo más dulce que he oído nunca, Elena.

Ella sonrió algo cohibida.

—¿Qué banda elegirías para este primer encuentro?

Elena se limpió los labios con una servilleta y luego cogió su móvil. Buscó la banda sonora «*Butterfly noodle pool*» de la película «*Patch Adams*». Cuando Alan escuchó el nombre de la misma casi soltó un gemido. ¿Era una señal?

—Es perfecta —le dijo él tras echarle un vistazo por encima de su taza —, como tú —pensó.

Terminaron el día en el puentecito de madera del parque donde solían charlar por horas los fines de semana. Se despidieron con un fuerte abrazo.



Al día siguiente, se encontraron en la plaza y tomaron un delicioso helado mientras escrutaban el lago con ojos melindrosos. Alan moría por darle el primer beso, ya que en la primera cita era un fallo mortal, según ella.

—Me gusta tu vestido mariquita —le dijo Alan, y se ganó una colleja —, ¡es un elogio!

Elena miró su vestido rojo con detalles en negro y resopló hastiada. Daniela le dijo que era perfecto para la segunda cita. Miró sus bailarinas negras con cierta indignación.

—Te faltan unas antenitas —se mofó él y Elena le lanzó su helado a la cara—, ¡ey!

Elena se levantó del banco y salió corriendo cuando Alan le dijo que pagaría haberle hecho aquello. Él la cogió por la cintura y la giró en el aire. Elena rio con ganas.

—¡Eres terrible, mariquita!

—¡No soy una mariquita! —protestó ella.

—¡Sí lo eres!

Alan pasó a llamarla de aquel modo tras aquel maravilloso día. Se cogieron de las manos y dieron un romántico paseo por el parque mientras la canción de Sia «*I'm still here*» sonaba en el móvil de Alan, aquella canción era especial para ambos.

—¡Burbujas de jabón! —gritó Elena, y dio unos saltitos—, ¡quiero un juguete que hace pompas de jabón!

Alan compró dos y empezaron a jugar como dos críos. Elena tragó unas cuantas burbujas, alegando que cuando era niña hacía lo mismo porque le gustaba el sabor. Alan se rompió a reír cuando ella imitó la boca de un pez que tragaba las burbujas. ¡Era única!

—¡Mi pececita!

Ella imitó el aleteo de un pez y Alan rio aún más.

—Mañana será nuestra tercera cita —le recordó Alan antes de despedirse—, ¿sabes lo que eso significa?

Elena se puso pensativa.

—No —le dijo con timidez.

Alan le arregló un mechón rebelde de su pelo con sumo cuidado, sin

apartar sus ojos de ella un solo segundo. Elena se ruborizó como un tomate ante su escrutinio. ¿Por qué la miraba de aquel modo?

—Pues tendrás que esperar para descubrirlo, mariquita.

Alan posó su frente sobre la de ella.

—No sé si podré hacerlo, pollito.

Cogió el rostro de Alan entre sus manos e impulsada por el deseo de su corazón, le bajó la cara y le besó. Alan acarició su lengua con la suya y se fue abriendo camino hasta enterrarla por completo en su boca. Elena hundió los dedos en su pelo mientras se dejaba llevar por aquel apasionado beso. Alan la pegó contra su cuerpo y profundizó la caricia aún más. Elena levantó la pierna derecha en un acto reflejo.

—Nos vemos mañana —le dijo Elena tras apartarse—, piensa en mí.

Sus manos se deslizaron lentamente la una de la otra entretanto sus miradas se entrelazaban en una sola.

—No hago otra cosa desde que te conocí —musitó él más para sí mismo que para ella—. Mi amor.

Alan y Elena llegaron a la casa casi al mismo tiempo, a pesar de haber tomado caminos distintos. Se miraron con ojos ladinos.

—¿Me contarás al fin cómo es él? —le preguntó Alan.

Elena se puso pensativa por unos segundos antes de asentir con la cabeza. Subieron las escaleras con una sonrisa que mal cabía en sus caras.

—Es el hombre más guapo y tierno que jamás conocí. ¡Y tiene un culo de infarto!

Alan soltó una carcajada cantarina que recorrió todo el edificio. Elena rio con él mientras se acercaban a la puerta de la casa.

—¿Y cómo es ella?

Alan abrió la puerta y le cedió el paso.

—Es perfecta.

Elena se volvió y lo miró con lágrimas en los ojos.

—Ah, ¿sí?

Alan asintió sin abandonar su cara de idiota enamorado.

—Única en su especie.

Se despidieron con un beso en la mejilla. Elena lo miró con infinito amor desde su puerta mientras él se dirigía a su cuarto. Alan se volvió y le dedicó una sonrisa que aceleró sus latidos. Se miraron por unos minutos eternos y se gritaron en silencio:

«Te amo».

Alguien único

♪You Rhythm - Julia Westlin♪

«Parece que todo lo que he hecho en mi vida me ha llevado a ti».

(Los puentes de Madison)

Alan se miró
indignado en el
espejo de su

cuarto. ¡Tenía ronchas por todo el cuerpo! Su maldita alergia a los cacahuets había retornado y, para empeorar las cosas, Elena tenía un terrible cólico intestinal hacía más de dos días, mal podía respirar sin desear ir al baño. La salsa de champiñones con nueces que sirvió la hermana de Daniela en su fiesta de compromiso atrasó sus planes lujuriosos hasta nuevo aviso.

—¿Cómo estás, pollita?

Elena tenía unas ojeras que le llegaban a los pies.

—Mejor, pollito.

Alan no podía parar de rascarse y cada vez que lo hacía, le salían más ronchas. Elena se rio cuando él empezó a rozarse por la pared y a emitir gemidos de placer. ¿Estaba liándose con la misma?, pensó ella muerta de la risa y segundos después...

—No —susurró algo ruborizada.

Elena se levantó de la cama y caminó como uno de los inolvidables

zombis del videoclip «Thriller» de Michael Jackson. Alan soltó un gemido de lamento sin dejar de rascarse la espalda contra la pared, aquello era delicioso.

—Te prepararé una taza de té de manzanilla, cielo —anunció él—, Dios, ¡me salieron más ronchas!

Elena se miró en el espejo del lavabo con expresión de horror. ¡Estaba más fea que la niña de El exorcista en plena posesión! También tuvo deseos de girar la cabeza como ella. Se duchó y luego se dirigió a la cama, donde Alan le había dejado la bolsa de agua caliente y una esquila que decía:

«Compraré té de manzanilla, pollita. No me extrañes tanto».

—No me pidas lo imposible, pollito.

Alan eligió el té y luego vio unas pantuflas amarillas de peluche, especiales para Elena, lapso en que se encontró de cara con Dana.

—Hola, Alan.

Su ex lo miró con deseo.

—Hola, Dana.

¿Por qué lo miraba de aquel modo? Su futuro esposo apareció y ella desvió la mirada tan pronto como pudo. Alan retornó a la casa con las pantuflas, un trozo de tarta de chocolate y el té. Elena saboreó el té con las pantuflas puestas y comió el pastel con deleite, hasta que...

—¿Te sientes mejor, pollita?

Elena no solo tenía cólicos intestinales, sino también estomacales.

—Te llevaré al hospital, pollita.

Ella se negó, no tenían seguro médico y la consulta era demasiado cara. Bebió el té y se puso la bolsa caliente sobre la tripa. Al día siguiente, estaba mejor e incluso volvió al trabajo, pero al llegar allí, el dueño le dijo que ya la habían sustituido.

—Lo siento, Elena —le dijo su jefe al tiempo que le alargaba el cheque—, fuiste una gran empleada.

¿Y por eso la echaban? Salió del local con la moral por los suelos. Cogió su móvil mientras se dirigía a la parada de autobuses.

—Solo falta que un perro me haga pis encima —se dijo con lágrimas en los ojos—, para completar mi suerte.

Escribió un SMS a Alan.

—Me han despedido, ¿qué voy a hacer, pollito? ¡Tengo muchas cuentas pendientes!

—Lo siento, pollita —respondió él con un emoticón triste—, pronto encontrarás un nuevo empleo —la animó al tiempo que miraba algo bastante interesante.

Cogió el panfleto de color rosa que se encontraba pegado a la pared y sonrió ampliamente. ¿Era alguna señal divina? Enarcó ambas cejas al leer la dirección que indicaba el mismo. ¡Estaba a dos cuadras de la casa de ambos!

—¿Te gustaría cuidar a un niño, pollita?

Elena abrió mucho los ojos y la boca. ¿Cuidar a un niño?, se dijo sin abandonar su deje entre confundida e ilusionada.

—Así vas entrenando para cuando nazca nuestro hijo.

La emoción nubló los ojos de Elena, que abrió la boca para replicarle, pero la volvió a cerrar cuando un perrito empezó a abusar de su pierna derecha en plena vía pública.

—No me meó, pero...

Miró con estupor al perro cachondo.

—¡Envíame la dirección, pollito! —exclamó antes de colgar.

Intentó apartar al perro de su pierna, pero el animal estaba tan necesitado que se compadeció de él y lo dejó divertirse un poco más. Por fortuna, su dueño apareció y lo llevó tras pedirle disculpas y su número de teléfono. Ella le dijo cantarina: soy lesbiana y él se limitó a encogerse de hombros.

—No te culpo, si Alan no me hace el amor también buscaré una pierna solidaria para calmarme —pensó con sorna.

Alan le pasó la dirección y el número de la persona que solicitaba los servicios de una niñera. Elena se presentó en el lugar y tras una amena entrevista, consiguió el trabajo. El niño que debía cuidar tenía dos años y parecía un ángel, hasta que se despertó. La madre le indicó sus horarios y los sitios dónde se encontraban sus comidas. Le dijo que podía comer lo que quisiera, pero en la nevera solo había un pedazo de queso viejo y una zanahoria aún más vieja. Quizá la papilla no era tan mala, pensó con cierta ironía. El niño empezó a llorar a mandíbula batiente. ¿Todos los niños lloraban de aquel modo?

—Hola, Gary —saludó y él le lanzó una bola a la cara—, no seas... — ahora le lanzó un zapato—, mmm —le sacó la lengua y él le lanzó un cochecito—. ¡Eres la reencarnación de Damien!

—Es un poco travieso —le dijo la madre.

—Sí, ya veo.

La madre salió de la casa a las ocho de la noche y por las vestimentas extravagantes que llevaba, supuso que era una mariposa nocturna, como solía llamar a las prostitutas para no ofenderlas. La mujer de casi metro ochenta y pelo clarísimo, besó a su insufrible hijo antes de marcharse a su trabajo. Apenas cerró la puerta, empezó el martirio de Elena.

—¡Gary! —gritó detrás de él—, ¡nooo!

El niño corría por toda la casa, desparramando sus juguetes y todo aquello que encontraba en su camino. Elena gritaba detrás de él, pero el niño era un verdadero demonio.

—¡Gary, no! —exclamó cuando la papilla aterrizó en su cara—, ¡no se juega con la comida! —le reprendió.

Gary volvió a lanzarle algo de papilla. Elena desistió y él aprovechó

para lanzarle algo más. El niño reía de buena gana mientras Elena despotricaba en alguna lengua ya muerta.

Pero, lo peor aún estaba por venir. Gary no quería dormir, así que, Elena se puso a cantarle algunas canciones. El niño lloraba cada vez que ella cantaba y se quedaba quieto cuando dejaba de hacerlo. ¿Le estaba tomando el pelo? Alan la llamó en ese lapso y le preguntó cómo le iba en su nuevo trabajo. Elena mal podía hablar, ya que Gary lloraba sin consuelo entre sus brazos.

—¿Le pasa algo, pollita?

Alan limpiaba un váter mientras hablaba con su debilidad. Se miró en el espejo del lavabo al levantarse y sonrió con tristeza ante la triste realidad que vivía. Antes trabajaba detrás de un escritorio, no era el mejor trabajo del mundo, pero al menos era más decente que aquel que tenía en la actualidad.

—Está poseído —se mofó ella y Alan rio por lo bajo—. Necesito un cura con urgencia.

Elena tuvo un enorme deseo de llorar también, pero se contuvo, a duras penas. Alan le dijo que iría junto a ella tras limpiar los baños del bar, aquel día no había mucha gente, así que, saldría antes.

—¡Alan! —exclamó Elena al abrir la puerta con la cara sucia de papilla—, no sé qué hacer para que duerma el heredero del diablo.

Una sonrisa radiante ensanchó los labios de Alan, que entró en la casa y buscó al niño.

—¿Has traído agua bendita y un crucifijo?

Alan cogió al niño en brazos y empezó a hablarle, Gary dejó de llorar de manera automática. Elena los miró con amor infinito desde su sitio. Alan tenía un don especial para lidiar con los niños, el don de un buen padre. Elena se recostó contra el marco de la puerta de la cocina mientras observaba cómo Alan lograba apaciguar a Gary con dulces palabras y divertidas muecas.

—Te amo —soltó ella en un acto reflejo.

Alan se volvió y sonrió con dulzura. Ella siempre le decía «te amo», pero no lo amaba como él deseaba. Lo decía como una buena amiga o una hermana.

—Y yo a ti.

Alan meció al niño cerca de la ventana hasta lograr que se quedara dormido. Elena limpió la cocina y ordenó la casa tras recostar a Gary en su cuna. Alan la ayudó y en pocos minutos la casa estaba limpia.

—Gracias —le dijo ella con la voz algo apagada—, ¿en verdad estoy preparada para ser madre? —las lágrimas anegaron su rostro.

Alan posó las tazas con el café que había preparado sobre la mesa y la atrapó entre sus brazos. Elena enterró su cara en su pecho y sollozó.

—Nadie nunca está preparado para eso, pollita —le animó él—, pero yo estoy dispuesto a ayudarte a concebir y a criarlo.

«Eso sonó muy raro» se dijo él con el ceño algo fruncido.

Elena se apartó y lo miró con gratitud infinita.

—No te abandonaré nunca, pollita.

Alan le arregló el pelo con suma delicadeza mientras la canción «*Head above water*» de Avril Lavigne sonaba en la radio de la cocina. Sus miradas se entrelazaron en una sola.

—¿Hablas en serio?

Alan asintió.

—Completamente.

Él reclinó a cámara lenta la cabeza y capturó los labios de Elena en un tierno beso. Sus lenguas se acariciaron con cierta urgencia mientras sus corazones latían alocadamente en sus pechos.

«Besa como un hombre hetero» se dijo ella antes de succionar la lengua de su mejor amigo con cierta impaciencia.

«Besa como una mujer hetero» caviló él con una creciente erección entre las piernas.

Alan la apretujó contra sí y Elena se dejó llevar por el momento. Terminaron en la sala, sobre el sofá como dos adolescentes cachondos en su primer encuentro. Elena se sentó sobre sus piernas a horcajadas y Alan mal podía esconder su gran entusiasmo. Temía que la bragueta de sus pantalones vaqueros estallaran en cualquier momento. Elena empezó a rozar su parte íntima contra la de él de forma incesante. El calor los dominó por completo y la pasión prometía lanzarlos al precipicio si seguían con el peligroso juego.

—Spidergirl —se burló Alan.

Elena llevaba unos pantalones cortos y una blusa negra con la cara de Spiderman en la parte frontal.

—Alan... Alan... Alan... —canturreó Elena cuando el clímax la atravesó como un rayo—, oh oh... —pensó con la respiración entrecortada—, me corrí —farfulló.

Alan levantó su blusa y le bajó el sujetador con cierta impaciencia. Luego le chupó los senos por encima de su sostén de color verde fosforescente. El deseo renacía en el interior de Elena a toda prisa. Arqueó la espalda y ofreció sus pechos a Alan, que gustoso, los lamió, chupó y mordisqueó a su antojo.

—Moría por saborearte, pollita.

¿Un gay deseando a una mujer? ¿Sería la hembra de la relación? El deseo ofuscó por completo su ser. Elena se quitó la blusa y el sostén a toda prisa mientras Alan se quitaba su camiseta y se bajaba la cremallera de los pantalones, dispuesto a apagar el fuego que los estaba consumiendo vivos.

—Espera —dijo él de pronto y el clítoris de Elena cayó sobre la moqueta—, no quiero que nuestra primera vez sea así.

«Nooo» gritó ella con desesperación para sus adentros.

—Quiero que sea especial e inolvidable, pollita.

Se imaginó haciendo lo mismo que el perrito, horas atrás, por la pierna de Alan. ¿Quedaría mal? Él cogió su sostén y su blusa. Se los puso con suma delicadeza y tras ello le dio un fogoso beso.

—Te prometo que será indeleble, pollita.

—Ajá —se limitó a decir ella—, al menos tuve un orgasmo —pensó con optimismo.

Alan se vistió y vieron la película «Armagedon» entre risas y besos como dos enamorados. La madre de Gary le envió un SMS.

«Estaré en casa dentro de una hora».

—Te esperaré en el parque, pollita, no quiero que tengas problemas el primer día de trabajo.

«Ojalá fuera el último» caviló ella, desanimada.

La madre de Gary llegó casi a las tres de la mañana. Alan se había quedado dormido en el banco de la plaza que se encontraba enfrente de la casa de la patrona de Elena.

—Pollito —le susurró Elena—, ya podemos irnos a casa.

Alan abrió con parsimonia sus ojos y sonrió al verla.

—¿Estás bien?

Ella asintió al tiempo que él se desperezaba y bostezaba al mismo tiempo. Cogió la pequeña mano de Elena, y besó su dorso con ternura.

—Hoy dormiremos juntos —le dijo él mientras se encaminaban a la casa—, te necesito.

Los ojos de Elena se llenaron de lágrimas, pero él no podía verla, ya que la había pegado a su cuerpo en un abrazo afectuoso. Elena le rodeó la cintura con el brazo entretanto se enfilaban a su destino.

«Yo también, toda la vida» pensó ella.

Alguien para cuidar

♪You´are gonna be ok - Jenn Johnson ♪

«Deberíamos dejar de ser tan mirones y en vez de mirar tanto hacia afuera, dedicarnos a mirar más en el interior».

(La ventana indiscreta)

Elena corría detrás de Gary por todo el parque mientras su amiga tomaba un helado en uno de los columpios. Se tropezó con torpeza y todos se echaron a reír, incluso su mejor amiga. Se levantó y se sacudió al tiempo que fulminaba a Daniela con la mirada.

—¡Siempre me haces reír, Lena!

Elena frunció el entrecejo en señal de indignación. Soltó un taco y Gary repitió el mismo con efusión. Las demás niñas la descuartizaron con la mirada.

—¡Soy la peor niñera del mundo! —exclamó Elena, llevándose las manos a la cara—, primero la que aparecía en la película «La mano que mece la cuna» y luego yo —se corrigió mientras se acercaba a su amiga con Gary entre brazos.

El niño era la reencarnación de Daniel el travieso. Elena se sentó en el columpio tras resoplar. Cuidar a un niño era cosa de heroínas dignas de algún comic de Marvel o DC: «*Súper nana*».

—¿Aún anhelas ser mamá, Lena?

Gary le dio un beso y sonrió mientras jugueteaba con sus pequeñas coletas. Elena le hizo una carantoña y el niño rio de buena gana.

—Mucho, Dani.

En ese lapso, evocó lo que Alan le dijo la noche anterior tras su segundo clímax solitario.

«Nuestro hijo será un ángel».

Cuando Alan decía «nuestro hijo», algo en su interior estallaba de alegría. Elena necesitaba a alguien para amar de manera incondicional.

—Con toda el alma, Daniela —resopló pensativa.

Su amiga asintió sin mucha convicción. Para ella los niños eran mucha responsabilidad y nunca estaría lista para ello, así que decidió que jamás tendría hijos, ni propios ni ajenos.

—Serás la mejor madre del mundo y él el mejor padre —dijo con fervor—. Ese Alan es un santo.

¿Santo? Las mejillas de Elena se ruborizaron cuando evocó lo que Alan le hizo la noche anterior con su lengua. Estaban en la fase de las preliminares y la exploración física, aunque Elena solo le tocó su parte íntima por encima de los pantalones. Alan era experto en el tema, ya que la hizo perder la cabeza en menos de un minuto.

—¿Es bueno en la cama? —le preguntó Daniela, y la sacó de sus fogosos recuerdos.

Se ruborizó aún más.

—Nunca había llegado con el sexo oral —le confesó a su amiga con timidez—, ayer me corrí dos veces sin ninguna penetración.

—¡Penetración! —repitió Gary.

Daniela y Elena abrieron mucho los ojos y la boca al oír al niño, que gritaba sin parar aquella palabra. Elena quiso darse un tiro, pero no tenía un

arma al alcance en aquel momento.

—¡Penetración! —chilló el niño una vez más.

Todos los niños presentes repitieron como un mantra aquella palabra desconocida. Las otras canguros la miraron con desaprobación.

—¡Dios mío! ¡Soy la peor niñera del mundo, parte 2!



Era el cumpleaños de Alan y Elena decidió prepararle una fiestita sorpresa en el departamento. Daniela y Jason inflaron varios globos de diferentes colores. Los repartieron por toda la casa como también varios paquetes de condones.

—El regalo serás tú —le dijo Jason con soltura y aquello dejó perpleja a Elena—, Alan muere por ser padre como tú.

—Sois tal para cual —acotó Daniela y Jason asintió condescendiente.

Daniela y Jason se tornaron buenos amigos tras aquel día, ambos tenían el mismo ideal y el mismo gusto musical. Elena miró con embeleso los regalos de Alan, dos pollitos a los que bautizó con el nombre de: Pizza y Tortellini, alegando que ambos tenían cara de italianos.

—Crecerán —le dijo Jason—, eres consciente de ello, ¿no?

Elena frunció mucho el entrecejo sin apartar la vista de los pollitos que piaban sin parar en la caja.

—No —dijo con sinceridad.

—¿Son pollitos de Nunca jamás? —bromeó Daniela, y todos se echaron a reír.

Alan llegó a la casa casi a las siete de la tarde tras salir de la hamburguesería. Aquel día fue bastante ajetreado, en especial para él, el mesero más guapo y solicitado del lugar. Lo único bueno de todo eran las

propinas.

Sonrió apenado al evocar lo que Elena hacía por la mañana.

—¿Qué haces con tu hucha, pollita?

Las cosas iban mal, Elena mal tenía para pagar el alquiler, pero era bastante orgullosa como para admitirlo.

—Necesito dinero para comprar los ingredientes de la tarta que quiero prepararte, pollito.

Verla con su hucha en forma de cerdito y su pequeño martillito de metal entre manos le hizo gemir de dolor. Le hubiera gustado tener más dinero para poder ayudarla con los gastos, pero mal tenía para cubrir los suyos.

—No quiero que gastes tu dinero conmigo, pollita.

Elena lo miró con indignación.

—Lo haré de todos modos.

—Lo sé.

Rieron de buena gana. Alan retornó al presente cuando abrió la puerta de la casa y se encontró con una fiestita sorpresa. Jason y Daniela casi lo dejaron sordo con los cláxones de plástico mientras Elena lanzaba unas serpentinas brillosas.

—¡Felicidades!

Jason lo abrazó con afecto, luego Daniela y por último, Elena, su amor imposible. La levantó y le dio un beso muy apasionado. Daniela y Jason los miraron con expresión de confusión. ¿Era gay? ¿Era lesbiana?, se preguntaron ambos al tiempo que rascaban sus barbillas. Elena rodeó el cuello de Alan con sus brazos y su cintura con las piernas.

—Felicidades, pollito.

Alan cogió su rostro entre sus manos y la miró con amor infinito. Daniela y Jason no comprendían nada. Aquellos dos ¿estaban enamorados el uno del otro y no lo sabían? ¿O era una alucinación? Se miraron y luego

miraron a los dos. ¿Qué estaba pasando?

—Gracias, pollita.

Elena volvió a besarlo. ¡Era la lesbiana más hetero que jamás existió en toda la faz de la tierra!, pensó Jason mientras Daniela les tomaba fotos para analizar mejor las cosas tras llegar a su casa.

—Tengo un regalito para ti, pollito.

Alan no quería soltarla.

—¿Tú?

Ella sonrió ampliamente y negó con la cabeza al tiempo. Alan la miró con adoración.

—Pero son pequeños como yo y bastante molestos como yo.

Alan rio con ganas al tiempo que la bajaba sobre el piso. Elena corrió y cogió la caja con los pollitos. Alan miró con ternura infinita a sus nuevas mascotas.

—¿Alan y Elena? —le dijo con sorna.

Elena le dio un golpecito en el brazo.

—¡No! Pizza y Tortellini —le dijo y él rio una vez más—, son tan chulos... —miró a Año nuevo con aprehensión—, son tus hermanitos —ella maulló—, no lo olvides.

Año nuevo estaba a punto de parir.

—Seremos abuelos antes de ser padres —le dijo Alan, y le robó una risita—, nunca cambies, pollita.

Le acarició la mejilla con dulzura.

—Toda mi vida soñé con encontrar a alguien como tú.

Toda la piel de Elena se erizó ante su afirmación vehemente. Jason y Daniela fruncieron sus entrecejos con exageración.

—Yo también, pollito.

Alguien para toda la vida

♪Everything -Lauren Daigle.♪

«Hasta el infinito y más allá»

(Toy Story)

Jason y Daniela se retiraron antes de la medianoche de la casa de Elena y Alan, los dos necesitaban «intimidad» para llevar a cabo sus planes de procreación. Cruzaron absorto en sus pensamientos la calle.

—¿Quieres beber unos tragos? —dijo Jason.

Daniela lo miró con cierta suspicacia.

—Sabes que soy lesbiana, ¿no?

Jason alzó ambas cejas en un acto reflejo.

—Sabes que soy gay, ¿no?

Aclaradas las dudas, decidieron ir al bar de Jason para beber unos tragos y ahogar sus penas de amor.

—¡Qué sitio más guay! —exclamó ella.

Jason le sirvió una copa mientras unas canciones de los 80 sonaban de fondo.

—Estás enamorado de Alan, ¿no? —disparó Daniela.

Jason la miró por encima de su copa con los ojos bien abiertos. ¿Tan

evidente era?

—Y tú de Elena, ¿no?

Daniela asintió sin rechistar, todos conocían sus sentimientos hacia su amiga, menos Elena.

—¿Y ella no está enamorada de ti?

Daniela bebió de un sorbo su copa y soltó un gemido cuando la bebida le quemó la garganta. Posó la copa vacía sobre la mesa y se limpió la boca con el dorso de la mano como un vulgar camionero.

—Ella está enamorada de Alan.

Jason escupió su bebida.

—¿Qué?! —chilló sorprendido—. ¿No es lesbiana?!

Daniela rio de buena gana al ver la cara de Jason.

—No que yo sepa y, eso que traté de llevarla a mi equipo en varias oportunidades.

Jason llevó sus manos a su cabeza y soltó una risita por lo bajo.

—¿Alan piensa que es lesbiana!

Daniela alzó ambas cejas.

—Elena está enamorada de él desde la primera vez que lo vio.

Jason bailó un tipo de tango tras la barra y Daniela no pudo evitar aplaudirlo.

—¡Tengo que decirle a Alan esto! ¡Morirá de alegría!

Una alarma se encendió en la cabeza de Daniela.

—¿Y eso?

Jason la miró con atención.

—Porque la ama —replicó él.

¿Eh? ¿De qué estaba hablando? Daniela levantó la mano derecha en un gesto de stop.

—¿Él no es gay?

Jason cogió su móvil y negó con la cabeza.

—No que yo sepa —le aclaró—, y eso que intenté violarlo en varias oportunidades, pero solo pude tocarle el pene un par de veces cuando estaba borracho.

Daniela lo miró asombrada al tiempo que cogía su móvil. Se miraron y sonrieron ampliamente.

—¡Merecen ser felices! —se dijeron al unísono y enviaron un SMS a ambos—, ¡chim chim! —brindaron.



Alan encendió varias velas en forma de corazón en el cuarto de Elena, mientras ella se cambiaba de ropa en el baño. Repartió las mismas por el recinto mientras la canción «*You Rhythm*» de Julia Westlin sonaba en la radio. Elena apareció con una delicada combinación que lo dejó sin aire en los pulmones. Tambaleó un poco, ya que estaba algo embriagada. Alan la sostuvo con presteza y ella rio por lo bajo.

—Estás hermosa, Elena.

Ella le desabrochó los botones de la camisa con mucha delicadeza, sin desviar la mirada de sus ojos.

—Te deseo, Alan —susurró antes de inclinarse para deslizar los labios por la piel de la clavícula del hombre.

—Y yo a ti, pequeña —medio gimió Alan—, tanto que me duele respirar sin ti.

Elena no pudo evitar fruncir el entrecejo al oír su sincera afirmación.

«Está borracho como tú» se dijo y asintió.

Elena cogió la mano masculina y se cubrió con ella un pecho a través del satén de la combinación que llevaba. Alan lo había tocado, lamido, chupado y mordisqueado en varias oportunidades, pero aquella noche era

distinta. ¡Aquella noche harían el amor! Elena le pidió que se sentara en la cama y él obedeció sin rechistar.

—Quiero darte tu regalo, Alan —dijo Elena, con aquel tono ronco tan sexy que él no le había oído jamás, mientras le pasaba una pierna por encima de los muslos para sentarse sobre él a horcajadas—, yo.

«El mejor regalo de toda mi vida» pensó él con el corazón latiéndole a mil por hora.

Elena se alzó sobre las rodillas y le rodeó el cuello con los brazos.

—No es un regalo súper caro, ni vale tanto...

Alan le besó y no la dejó terminar su perorata sin sentido. El beso, que le dio, era fogoso, con los labios separados, buscándole la boca con la más ligera de las presiones. El sabor de Elena explotó en la boca de Alan, disparándose por su columna hasta que las manos le temblaron de deseo. Le separó los labios con la lengua. Las manos de Elena se enredaron en la camisa que llevaba él y este se despojó con impaciencia de la prenda, con un gemido al sentir los pechos cubiertos de satén contra su torso.

—Eres lo más valioso que tengo, Elena, lo más valioso.

Alan le succionó y le mordió los labios; estaba perdiendo el control a toda velocidad mientras deslizaba las manos por la espalda de Elena. A pesar de todas las fantasías que había tenido con ella, y que fueron muchas, la realidad era mejor que todo lo que podía haber imaginado.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —preguntó él, rezando para que ella dijera que sí, pero con la necesidad de asegurarse de todos modos.

—Muy segura —gimió Elena, que abrió las piernas más todavía sobre sus caderas para que él pudiera sentir el calor que irradiaba su excitación a través del algodón fino de los boxers—. Te deseo con locura, Alan, y ahora por fin tengo la oportunidad de hacerte mío.

¿Eh? ¿Ella lo deseaba? ¿Siendo lesbiana? ¿Era algún deseo inconsciente? ¿Habrá estado con otros?

—Te deseo desde el primer día que te vi, Alan.

Las manos de Alan se tensaron sobre las caderas de Elena, al tiempo que algo oscuro y primitivo se alzaba en su interior. Cambió de posición y la echó sobre la cama, boca arriba, sujetándole las muñecas con una mano por encima de la cabeza. La otra mano la deslizó por el vientre de Elena, antes de seguir bajando. Succionó su lengua y aspiró sus gemidos, sus jadeos y sus suspiros.

—Muero por hacerte el amor, pollita.

Elena se estremeció contra él, casi a punto de deshacerse entre sus brazos. Le soltó las muñecas y le bajó la combinación hasta la cintura y se limitó a cernerse sobre ella, sujetándose con los brazos.

—¿Sabes —le dijo con ojos soñadores— cuántas veces me he imaginado esto? —La piel de Elena era tan suave que le recordaba al pétalo de una rosa—. Eres perfecta, pollita.

Se inclinó y le rodeó con la lengua el pezón. Los dedos de Elena se entrelazaron en el cabello de Alan, y no dejaron que su boca se apartara de su pecho. Sus móviles timbraban sin parar. Alan continuó con un hábil lametón de un pezón y luego el otro, ignorando su móvil.

—Por favor —le susurró ella, que hacía rodar la cabeza por el colchón y se arqueaba hacia su boca—. No pares...

Alan cerró los labios con firmeza alrededor de un pezón y atormentó el otro con sus dedos. Abrió más la boca y envolvió todo lo que pudo de aquella mujer con los labios, después se apartó un poco y succionó con fuerza.

—Eres lo mejor de mi vida, Alan.

Alan se detuvo y la miró con infinita ternura.

—Y tú de la mía, Elena.

Se colocó sobre ella y se acomodó entre sus piernas sin dejar de besar, succionar y lamer sus pechos de todas las formas que había imaginado siempre. Elena le rodeó el torso con las piernas y se apretó contra él. La combinación se le había subido hasta las caderas. Elena se olvidó de sus cicatrices, Alan simplemente las ignoró. Ya hablarán sobre ellas, algún día. Quizá.

—Dios, eres preciosa.

A Elena le brillaban los ojos, vidriados de deseo. Alan se levantó y se deshizo del resto de sus ropas.

—Ay, madre —dijo Elena con una vocecita tímida cuando vio la erección de Alan.

Alan no pudo evitar una oleada de puro orgullo masculino cuando vio el destello de admiración que había en los ojos de Elena.

—Seré muy cuidadoso, cielo.

Se inclinó, apoyó el peso en los brazos y atrapó la boca de Elena en otro beso que la abrasó aún más.

—Confío en ti, pollito.

Alan acomodó su peso entre los muslos de Elena mientras las dulces canciones sonaban en la radio e immortalizaban aquel soñado momento para los dos.

—¿Has elegido las canciones de nuestras películas favoritas, pollito?

Alan y Elena eran unos cinéfilos asumidos y, por ende, él decidió bajar las canciones de las cintas que más amaban.

—Pensando en ti, pollita, siempre en ti.

Bajó la mano, se colocó sobre el sexo de Elena, y se introdujo con un embate. Cerró un momento los ojos cuando sintió la presión firme de los finos músculos de la joven envolviéndole entero. Empujó otra vez, con más decisión, y Elena dejó escapar un pequeño gáñido.

—¿Te duele, pollita?

Elena sonrió avergonzada y acarició la mejilla de Alan con los dedos.

—Ha pasado mucho tiempo.

La risita suave que siguió al comentario hizo que Elena se tensara a su alrededor de un modo insoportable.

—Ah...

No pudo evitar imaginársela con Daniela. La excitación aumentó deliberadamente en su interior y estuvo a punto de correrse. Apretó los dientes y sofocó de forma implacable el impulso de hundirse en ella de inmediato y hasta el fondo.

—¿Cuánto, pollita?

¿No usaban juguetes? ¿Solo se rozaban? ¡Deja de pensar!, se reprochó. Elena contuvo el aliento y levantó las caderas con cierta vacilación.

—Hace casi seis años.

Las dudas asaltaron la cabeza de Alan. ¿Estuvo con un hombre alguna vez? Miró hacia abajo y por sus cálculos, probablemente Elena era virgen. Se vio a sí mismo bailando bajo la lluvia de un lado al otro. ¡Era virgen! ¡Era virgen! Intentó concentrarse con desesperación para pensar con un poco de coherencia, cosa nada fácil cuando se había introducido unos quince centímetros en aquella mujer que lo tenía embrujado desde el primer día que la vio en su vida.

—No —le dijo ella mientras ceñía mejor las piernas alrededor de la cintura de Alan—. Ni te atrevas a parar.

—Deberías habérmelo dicho, pollita.

Se inclinó sobre ella y la besó con ternura en la frente; ansiaba calmarla y consolarla después de haberla atacado con la impaciencia de un adolescente de dieciséis años.

—Habría sido más dulce y delicado, pollita.

Elena le acarició la espalda con las manos y a Alan le hizo falta toda su fuerza de voluntad para resistir el impulso de hundirse todavía más en ella.

—Por favor, no te pares —le dijo otra vez—. Hace mucho tiempo que te deseo. No creo haber deseado a nadie como te deseo a ti.

«¿Tengo pinta de mujer? ¿Soy algo afeminado? Eso explicaría su rara atracción por mí» pensó él más confundido que «*El exterminador del futuro*» en Jurassic Park.

Otro pequeño empujón de las caderas de Elena, y Alan tuvo que sujetarlas con firmeza para evitar cualquier otro movimiento.

—Elena, deja de moverte. No quiero hacerte daño, pollita.

Elena apretó los músculos internos para ceñirle y soltarle el miembro en una caricia insoportable.

—¿Eres consciente de lo que haces, pollita?

Una sonrisita astuta cruzó los labios de Elena, y volvió a encoger los músculos.

—¿Jugar con tu polli...? —él la besó.

Después lanzó la cabeza hacia atrás con los ojos apretados. ¡Por Dios, un hombre solo podía aguantar hasta cierto punto!

—Quiero que esta noche sea inolvidable, no breve —le dijo él con sorna.

Se deslizó por el cuerpo de Elena hasta que su cabeza quedó al mismo nivel que la de ella, con el estómago apretado entre las piernas de la joven. Alzó la mano para acunar la mandíbula de Elena y le exploró sin prisas la boca con la lengua. Alan entrecerró los ojos, cuyo azul apenas quedaba visible entre las gruesas pestañas castañas.

—¿Confías en mí, pollita?

Elena se sentó en la cama cuando la boca de Alan aterrizó en su parte íntima. No era la primera vez que lo hacía, pero aquella noche era distinta a

las otras. Gimió de deseo cuando la presión de los labios de Alan envió oleadas de placer que resonaron por cada una de sus terminaciones nerviosas.

—Siento haberte hecho daño, pollita —el rumor profundo de la voz de Alan cosquilleó su parte íntima de un modo muy delicioso—. Pero ahora te voy a curar a besos.

Elena apretó los puños contra el edredón y agitó la cabeza de un lado a otro. Ni en sus mejores fantasías podría haberse imaginado sensación mejor. Arqueó la espalda y la levantó de la cama, después se corrió en una oleada que parecía interminable.

—¡Oh, Dios!

Alan dibujó un largo camino de besos por su vientre y su torso. Se detuvo un instante para chupar un pezón y luego el otro.

—¿Mejor? —le susurró mientras se acomodaba una vez más entre sus piernas.

—Mucho mejor —le contestó entre jadeos—. Es... es... es... adictivo, pollito.

Levantó una mano y la entrelazó en el cabello de Elena mientras la otra le cogía una pierna y se la encaramaba a la cadera. Cambió de posición.

—¿Lista para intentarlo otra vez?

Elena intentó decir que sí, pero se limitó a asentir. Alan fue introduciéndose poco a poco hasta que al fin se hundió en ella por completo.

—¿Estás bien, cielo?

La cara de Alan estaba muy roja y los brazos le temblaban un poco al soportar su peso.

—Muy bien, mi amor.

Fue todo el aliento que él necesitaba. Al fin empezó a moverse, saliendo y entrando del cuerpo de Elena, poco a poco, gimiendo cuando ella se apretaba a su alrededor para intentar introducirlo más en ella con cada

acometida. Elena levantó las rodillas por instinto para abrirse más y le clavó las uñas en los músculos duros de las nalgas. Sus gritos lo alentaron mientras la acometía una y otra vez hasta que otro orgasmo la golpeó con tal fuerza que podría haber jurado que había visto fuegos artificiales alrededor de su cabeza. Alan echó atrás la cabeza y al llegar al clímax, un grito gutural se escapó de su garganta.

—Oh, Dios —jadeó él—, fue el mejor orgasmo de mi vida...

Elena le rodeó con sus brazos y sus piernas. Era mucho más grande que ella y quizá debería haberse sentido asfixiada, pero en lugar de eso, enterró la cara en el cuello de Alan, y sintió una satisfacción inmensa.

—Te amo, pollito.

Alan yació sobre ella varios minutos, consciente hasta cierto punto de que era muy probable que la estuviera aplastando, pero **incapaz** de moverse.

—Y yo a ti, pollita.

Enterró la nariz en el cuello de Elena, y aspiró el aroma dulce de su piel mezclado con su propio sudor. Seguía temblando tras aquel intenso orgasmo. Rodó de lado, apenas capaz de creer lo que acababa de pasar, y eso que Elena se estaba acurrucando contra su pecho. La realidad era mucho, mucho mejor que cualquier fantasía que se le hubiera podido ocurrir. Elena se apoyó en su pecho y le dedicó una sonrisa muy ladina al tiempo que le cubría el torso de besos.

—Estoy en mis días fértiles y podríamos repetirlo, ¿no?

Alan se precipitó sobre su cuerpo y la besó como si fuera la primera vez.

—¡Magnífica idea, pollita!

«Te amo cada segundo que pasa más y más, Elena».

«Te amo con locura, Alan».

Alguien para amar

♪You are the reason - Calum Scott, Leona Lewis ♪

«Puede que no sea muy listo, pero sé lo que es el amor»

(Forrest Gump)

Una luz gris
comenzaba a
acariciar el cielo

cuando Alan abrió los ojos. Un ligero dolor de cabeza le hizo soltar un gemido al tiempo que evocaba la enorme zanahoria que Elena intentó usar anoche, alegando que podría hacerlo feliz como Jason en la cama. Aquello en lugar de excitarlo le hizo temblar de miedo, en especial cuando golpeó la palma como si fuera una fusta.

—Menos mal que no insistió —se dijo algo somnoliento.

Elena estaba estirada boca abajo, con las sábanas retorcidas que dejaban al aire toda su suave espalda y una pierna. A Alan le picaban los dedos, ansiaba deslizarlos por aquella piel. Se dispuso a llevar a cabo sus planes lujuriosos cuando su móvil, una vez más, timbró. Elena abrió los ojos con parsimonia al oír el suyo que se encontraba en la mesilla de luz. Ambos cogieron sus aparatos y miraron horrorizados la cantidad de mensajes que tenían.

—¿Qué? —dijeron ambos al unísono al leer el primer mensaje.

«Alan no es gay» decía el mensaje de Daniela con un Gif de un hombre muy musculoso que bailaba desnudo sobre unas brasas calientes.

«Elena no es lesbiana» decía el mensaje de Jason con un Gif de una mujer desnuda bailando la danza del vientre.

Ambos se sentaron de golpe en la cama y leyeron los otros mensajes atónitos. Giraron sus rostros de manera trepidante y se miraron con asombro, embeleso, sorpresa, melosidad.

—¿No eres gay?!

—¿No eres lesbiana?!

Dijeron al mismo tiempo y se miraron por unos segundos eternos. ¿No era gay? ¿No era lesbiana? Una enorme alegría asaltó sus corazones y se exteriorizó en una amplia sonrisa que mal cabía en sus caras. Mentalmente estaban bailando alguna canción caribeña sobre la cama. Se miraron hechizados por unos instantes más.

—¿No eres gay? —preguntó Elena con un atisbo de ilusión en la voz.

Alan temió perderla por no haberle dicho la verdad desde el inicio. Elena se ruborizó como un tomate y parpadeó nerviosa al notar la intranquilidad de Alan. ¿La perdonaría? No mintió por maldad, sino por amor. ¿Acaso aquello era el libreto de alguna novela cutre?

—No, pollita.

Elena se cubrió el cuerpo con la sábana y bajó la mirada algo intimidada. Alan no sabía cómo reaccionar ni qué decir. ¿Seguirían con los planes tras descubrir la verdad?

—Eso cambia todo, ¿no, pollito?

Alan asintió antes de precipitarse sobre su cuerpo con mucha delicadeza. La miró con ojos de cordero degollado y sonrió con dulzura. ¡Dios! ¡Estaba tan enamorado! Elena alargó su mano y la deslizó por su cara con ternura.

—Todo, pollita.

Capturó los labios de Elena con pasión insana mientras afuera empezaba a llover de manera torrencial. Ella enterró sus dedos en su pelo y se dejó llevar por el beso. Él se apartó y la miró con los ojos nublados por la pasión y la emoción.

—Te amo, pollita —le dijo con un temblor en la voz—, desde el primer día que te vi.

¿La amaba? ¿Como ella a él? ¿Como Jack a Rose? ¿Como Lizzy a Darcy? ¿Como Edward a Vivian? ¿Como Roberto a Francesca?

«¡Calla!» se gritó para sus adentros.

—Te amo tanto, Elena.

Las lágrimas rodaron por la cara de Elena de manera incesante al oír la declaración de Alan.

—¿Me amas, pollito?

Quiso soltarle la lista, pero la conmoción se la impidió, por suerte. Alan se acomodó entre sus piernas y la penetró lentamente sin desviar la mirada de su rostro un solo segundo. Con el corazón en la garganta y los ojos empañados le dijo:

—Con toda el alma, pollita.

Elena sollozó y él le besó los ojos llorosos al tiempo que ella se enganchaba a su cuello. Alan dejó caer varias lágrimas entretanto se imaginaba en el altar con su traje de novio y su cara de idiota enamorado. Ahora ya no necesitaría cortarse su parte íntima para lograr conquistarla.

«Menos mal que no lo llevé a cabo» pensó aliviado.

—Toda mi vida soñé con encontrar a alguien como tú, Lena.

Mentalmente, Elena saltó sobre la cama y gritó de alegría.

—Yo también, Alan.

Sin decir una sola palabra más, Alan la besó mientras la hacía suya una

vez más.



Elena jugueteaba con el pezón de Alan mientras sus cuerpos desnudos recuperaban las energías aquella lluviosa mañana en que descubrieron la verdad, una verdad que prometía cambiar para siempre sus vidas. Alan sonreía entretanto observaba los móviles de mariposas que Elena había colgado el otro día en el techo, sobre su cama.

—No puedo creer que estuvimos pensando mal el uno del otro durante tanto tiempo —le dijo ella con una dulce sonrisa en los labios.

Alan giró su cuerpo y lo entrelazó con el de ella. Se miraron por unos segundos más y se besaron como si no hubiera un mañana.

—Los malos entendidos suelen destruir naciones —le dijo él tras apartar sus labios de los suyos—, yo casi me mando cortar mi miembro.

Elena enarcó mucho las cejas y abrió como platos sus ojos al escuchar la afirmación de Alan.

—Pues... Pues... —tartamudeó ante la sorpresa—, yo averigüé cuánto me costaría un implante —dijo ella cantarina—, en realidad Daniela lo averiguó para mí.

Alan se echó a reír y Elena terminó riéndose con él. De repente, se pusieron serios y mimosos. Alan besó la frente, los ojos, la nariz, las mejillas y la barbilla de Elena con verdadera adoración.

—Dios, he soñado con este momento tantas veces desde que te conocí, Elena.

Ella le mordió la barbilla con dulzura.

—También yo, Alan.

Se dieron un apasionado beso.

—Tengo que contarte algo —le dijo ella tras apartarse un poco—, soy

viuda.

Alan no pudo evitar levantar ambas cejas en un gesto de sorpresa.

—Lo siento —le dijo con sinceridad—, yo me divorcié hace poco.

Se quedaron en silencio por unos segundos. Sus respiraciones agitadas se entremezclaron en una sola. Se miraron una vez más, se mirarían por horas, pensaron mientras el deseo volvía a nacer en sus interiores.

—¿Lo amaste?

Elena quiso contarle todo, pero sintió mucha vergüenza. La noche anterior, le dijo que aquellas cicatrices que tenía por todo su cuerpo eran marcas de un grave accidente que había sufrido con su hermano. En parte era cierto, no todas las huellas eran de su marido, de su vil marido.

—En su momento ¿y tú?

Alan besó la punta de su nariz con afecto.

—En su momento.

Sonrieron.

—¿Cuándo supiste que me amabas en verdad, Alan? —quiso saber ella.

Él entrecerró sus ojos y suspiró hondo. Elena ahuecó su bello rostro entre sus manos y volvió a morderle la barbilla.

—El día que te vi sentada en el alféizar de la ventana con Año nuevo —le dijo tras abrir sus ojos—, estabas mirando el cielo con una sonrisa preciosa en los labios y un brillo peculiar en los ojos —Elena suspiró—, sentí que el corazón me volvía a latir tras tantas decepciones.

Los ojos de Elena se llenaron de lágrimas.

—Todos los días hacía lo mismo, observarte —le dijo tras besarle la punta de su nariz—, a veces con un bote de helado de chocolate entre manos —se mofó y ella rio—, lo esencial es invisible a los ojos, pero en mi caso, verte todos los días se hizo esencial.

Alan suspiró sobre los labios de Elena.

—Aquel día te había visto sonreír —le dijo él con un enorme nudo en la garganta—, días antes te vi llorando y pedí al cielo porque tus lágrimas se convirtieran en sonrisas, pollita.

Se miraron por varios segundos y sonrieron.

—Tú transformaste mis lágrimas en sonrisas y mis penas en esperanza, pollito.

Alan le acarició la cara con la mano.

—Te amo con todo mi ser, pollita.

Se abrazaron con amor infinito mientras sus almas se amaban más allá de lo visible.



Jason y Daniela abrieron los ojos con parsimonia mientras afuera llovía de manera inclemente. Giraron a cámara lenta sus rostros y se miraron con asombro por unos segundos. Se sentaron en la cama de golpe y gritaron como dos locos.

—¡Estamos desnudos!

Llevaron sus manos a sus caras en un gesto de susto sin dejar de gritar un solo segundo.

—¡Me violaste! —gritaron al mismo tiempo—, ¡tú a mí! —chillaron monocorde—, ¡ahhh!

Habían bebido varias botellas, bailaron músicas latinas y terminaron liándose toda la noche.

—¿Y si me embarazo? —soltó Daniela y Jason gritó a todo pulmón—, ¡nooo!

Se levantaron de la cama a toda prisa y se miraron con perplejidad.

—¡Tu pene es enorme!

Jason la miró con prepotencia.

—¡Y tu culito precioso! —chilló él.

Se escrutaron horrorizados antes de volver a gritar como las fanáticas de Justin Bieber en pleno concierto. Daniela se puso la camiseta de Jason y él la suya. Ambos miraron con cierta ironía sus vestimentas.

—Tengo hambre —dijeron monocorde—, ¿desayunamos?

Asintieron al mismo tiempo y tras ello se dirigieron a la cocina con cara de pocos amigos.

—Hice el amor con un hombre —dijo Daniela, mientras preparaba café—, ¡contigo!

Jason se rascó la barbilla tras servirle el café en su taza favorita.

«Fóllame con tu pene» rezaba en la taza.

Daniela miró horrorizada la taza antes de beber el café que sabía a gloria.

—Si eres gay y yo lesbiana —dijo ella pensativa—, ¿qué somos?

Jason se sentó a la mesa con aire pensativo al tiempo que servía el pan. Daniela untó un trozo con Nutella y le alargó. Parecían una pareja de tortolitos recién casados.

—Más raros que Lady Gaga y Michael Jackson juntos —acotó Jason.

Se miraron por unos segundos y se echaron a reír como dos locos. Daniela golpeó la mesa con el puño y Jason se secó las lágrimas con el dorso al imaginarse a Lady Gaga y Michael Jackson haciendo el amor como dos zombis.

—Esto jamás volverá a pasar —dijeron ambos y se miraron con curiosidad—, ¿quién comió a quién? —se preguntaron al mismo tiempo—, nunca lo sabremos.

Alguien feliz

♪ You say – Lauren Daigle ♪

*«Nunca dejes que nadie te diga que no puedes hacer algo.
Debes proteger tus sueños.
Si alguien no puede hacer algo te dirá que tú tampoco puedes.
Si quieres algo ve tras ello. Punto».*

(En busca de la felicidad)

Alan le abrió la
puerta a Elena
mientras intentaba

hacer caso omiso de la sensación que tenía, como si estuviera en plena caída libre, precipitándose en picado hacia algo que no había experimentado jamás. Cerró la puerta principal y atrapó a Elena contra la pared y la besó como si se estuviera muriendo.

—Te necesito, pollita.

Alan se centró en el sabor cálido y dulce de la boca de Elena, en la suavidad lozana de sus labios bajo los de él, en el movimiento impaciente de sus dedos sobre su piel.

—Y yo a ti, pollito, toda mi vida.

Alan no perdió tiempo a la hora de llevarla al cuarto y desnudarla por completo.

—Te amo tanto, pollita —le dijo casi con desesperación.

Elena no podía controlar los latidos de su corazón, por el simple hecho

de que ya no le pertenecía.

—¿Siempre lo harás, pollito?

—Para siempre —le dijo él.

Alan la cogió por la cintura y le ciñó la espalda contra su torso. Los pezones de Elena se erizaron con el simple toque de aquel hombre que la enajenaba por completo de su cordura.

—¿Es pecado amar tanto, Alan?

Elena arqueó la espalda hasta que apretó las nalgas contra los muslos de Alan cuando él le apretujó los senos con sensualidad.

—Pecado es no hacerlo, Elena.

La mano de Alan abandonó la cintura de Elena, y ella contuvo un gemido cuando le cubrió su parte íntima. Poco a poco, con gesto deliberado, él la abrió con los dedos y despertó cada fibra de su cuerpo.

—Me tocas como la primera vez —jadeó ella—, con la misma devoción y ternura de aquella vez, pollito.

—Siempre te amaré del mismo modo, aunque tengamos ochenta años y estemos arrugaditos —sonrió—, siempre, pollita.

Le dio la vuelta para apoyarle la espalda en la pared y después deslizó las manos por todo su cuerpo en caricias firmes y seguras. Las manos de Alan le cubrieron los pechos y trazaron con los pulgares resbaladizos círculos alrededor de los pezones. Elena cerró los ojos.

—Por favor —murmuró ella—. No me tortures más y hazme el amor...

Alan capturó el ruego de Elena con la boca e introdujo la lengua con un ritmo que la excitó aún más. Había una intensidad especial en él, en su manera de tocarla, de mirarla, de amarla.

—Nunca amé a nadie de este modo, pollita.

Elena levantó la cabeza y la expresión de Alan la hizo contener el aliento.

—¿De qué modo, pollito?

—Siento que sin ti no podría vivir, pollita.

Elena le rodeó el cuello con los brazos cuando él la besó. Gimió y se pegó más a él hasta que enterró los pezones con impaciencia en su torso.

—Tanto amor me asusta, Elena.

Alan gimió y se inclinó hasta apoyar la frente en la de ella. Después apretó la mandíbula en un gesto de intranquilidad. Elena era más reservada con respecto a sus sentimientos y eso le daba algo de inseguridad. ¿Y si no lo amaba como él a ella? ¿Y si no estaba segura de su amor por él?

—¿En qué piensas, pollito?

Alan le cogió las manos entre las suyas, se las levantó por encima de la cabeza y se las sujetó contra la pared. Mientras con una mano le sostenía con facilidad ambas muñecas, la otra quedaba libre de recorrerle el torso desnudo de Elena.

—En ti, siempre en ti, pollita.

Impaciente por acariciarlo de nuevo, Elena intentó liberarse una mano de un tirón, pero él no pensaba consentirlo. Aunque no le hacía daño, la mano que la sujetaba era firme.

—Pollito...

—Pío pío...

Un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura despertó cada nervio de Elena. No le gustaba que la cogiera de aquel modo, le recordaba a su marido y despertaba recuerdos en su piel.

—Anoche me torturaste —le dijo él con expresión ladina—, hoy me toca a mí.

Alan le levantó una pierna y se la apoyó en la cadera, después utilizó la mano y guio su erección hasta que acarició el sexo de Elena. Hundió su erección un centímetro, pero la sacó antes de penetrarla a la profundidad que

ella ansiaba. Elena tironeó de la presa que le aferraba las muñecas, pero en vano. Alan la miró y esbozó una enorme sonrisa.

—Deja de atormentarme, pollito —suplicó Elena con voz aniñada.

Aprovechó el momento, soltó una mano y le envolvió la erección con ella y se la colocó en su sexo para que él pudiera hundirse en él.

—Eres muy impaciente, pollita.

—¡Lo soy!

Alan, con un solo embate, la penetró. Las manos de Elena se clavaron en sus hombros cuando se retorció contra él, convencida de que era capaz de matarlo o volverse loca si no empezaba a moverse. Pero él solo la sujetó allí, con los ojos apretados y la mandíbula tensa.

—Me encanta cuando te enfadas —le dijo él y empezó a moverse sin parar, hasta hacerla gritar de placer—, eso, gime para mí, solo para mí...

Ella se abrazó a él y entrecerró sus ojos dejándose llevar por él y por aquel sentimiento tan brutal que comandaba su ser desde que lo conoció.



Elena y Alan salieron de la casa rumbo al supermercado de la esquina bajo un paraguas rojo muy llamativo, eso sin contar con sus botas de lluvia.

—Me gustan tus botas de lluvia rojas —se burló él.

Elena le dio un dulce empujón.

—Las tuyas no están nada mal —le replicó ella con sorna—. El amarillo está de moda, pollito.

Bromeaban y reían por cualquier cosa bajo la lluvia. ¡La felicidad era tan deliciosa!

—Te prepararé la tarta de fresa que te prometí —le dijo Alan—, sin bailes ni trucos —se adelantó y Elena se echó a reír—, me encanta cuando ríes, pollita.

Se detuvieron al lado de un farol y se abrazaron.

—A tu lado se hace tan fácil reír, pollito.

Alan la apretujó contra su cuerpo con ternura y la miró con picardía.

—También llorar se me hace fácil, pollita.

Elena levantó la vista y lo miró con expresión ladina. Alan se reclinó y le dio un beso de esquimal.

—Ver la película «Leyendas de una pasión» no es para cualquiera, pollito.

Alan enarcó ambas cejas en un gesto de socarronería y Elena no pudo evitar reírse de su mueca.

—Me pasó igual con «De repente treinta y Mientras dormías» —acotó él—, soy demasiado sensible para esos rollos, pollita.

Elena se engarzó a su cuello y se puso de puntillas para morderle el hoyuelo de su barbilla.

—Por eso me enamoré de ti, Alan Baker.

Él puso cara de asombro.

—Pensé que era por mi súper atractivo y mi súper inteligencia, Elena Clarkson.

Ella alzó ambas cejas.

—Y por tu modestia —agregó Elena, y él rio de buena gana.

—¡Era mi apodo en la adolescencia! —se mofó Alan, y la cogió en brazos—, aunque mi abuela me decía pastelito.

Elena rio con toda el alma.

—¡Mi pastelito!

Llegaron al supermercado y se separaron para coger las cosas lo más rápido posible y así poder volver a la casa para estar en la camita. Elena cogía unos huevos cuando una mujer mayor se le acercó y le preguntó algo con cierta dificultad. Elena sintió ternura por la anciana y decidió ayudarla con sus

compras mientras Alan hacía lo mismo al otro lado de la tienda con un anciano. Se miraron con complicidad y dulzura.

«Te amo» le vocalizó él.

«No más que yo» le solfeó ella.

—La ayudaré —le dijo Elena—, estos huevos son mejores que estos.

Cuando llegaron a la caja para pagar, los ancianos se cogieron de la mano y se dieron un beso muy tierno.

—Esta chica me ayudó, Alfred.

El hombre miró a Alan con afecto.

—Y a mí este chico, Margot.

Alan cogió la mano de Elena sin apartar la vista de aquella dulce pareja. Se miraron y sonrieron con melosidad.

—Gracias —dijeron ambos con una cálida sonrisa en los labios—, es la desventaja de estar solos en el mundo.

Elena y Alan suspiraron con tristeza al oír la afirmación de Alfred. Tras pagar la cuenta, ambos los ayudaron a llevar sus cosas hasta el coche.

—Este es mi coche —le dijo el hombre—, y ese mi vecino.

Un hombre alto, moreno, de tripa considerable y bigote se acercó a ellos con una amplia sonrisa.

—¡Hola! —saludó con alegría—, ya he repostado el coche, Alfred.

En ese lapso, Margot habló sobre la granja de ambos y lo difícil que era mantenerla. Alfred aprovechó al momento y cogió un panfleto para colarlo por la pared del supermercado. Alan lo ayudó mientras Elena metía las bolsas de compras en el viejo coche.

—¿Buscan un capataz para la granja? —preguntó Alan con interés—, yo crecí en una granja —acotó con nostalgia—, fueron mis mejores años.

Alfred giró su rostro surcado de arrugas y miró con embeleso al joven.

—Pagaremos sueldo mínimo —anunció él con voz algo temblorosa—,

¿no le interesa?

Margot miró a Elena con dulzura.

—Me hubiera gustado tener una hija como tú —le dijo la anciana con voz melosa—, pero Dios dispuso otra cosa y nunca tuve hijos.

«Qué triste» pensó Elena, pero al verlos tan enamorados, a pesar del tiempo, la conmovía profundamente.

—¿Tienen hijos? —preguntó la anciana.

Elena miró a Alan con amor infinito.

—Aún no.

Alan se rascó la barbilla en un gesto pensativo.

—No nos alcanzaría con un sueldo mínimo —dijo apenado tras un rápido cálculo—, el alquiler, la comida, agua y luz llevarían casi todo el sueldo.

Alfred asintió con ojos quejumbrosos.

—Pues podría ofrecer un empleo a su mujer —apostilló—, ganaría igual y, además, hay una casita que podrían arreglarla y usarla como morada.

Aquello sonaba muy tentador. Elena y Alan se miraron con amor infinito. La noche anterior hablaron sobre sus grandes sueños: vivir algún día en una granja rodeados por la naturaleza. ¿Era una señal divina?

—¿Y joven?

Una sonrisa eléctrica imperó en sus labios. Alfred le explicó la actual situación de la granja a Alan, mientras Elena ayudaba a Margot a entrar en el coche.

—En la granja tenemos un hermoso lago —comentó Margot con un brillo peculiar en los ojos—, Alfred y yo solíamos pasearnos por los alrededores en una vieja bicicleta —sonrió con picardía—, sentada en el manubrio con unas botas camperas marrones —miró los pies de Elena—. Le servirían a usted —le dijo con una sonrisa y Elena le pidió que la tuteara—, y

también mi viejo vestido de campesina virgen —bromeó la anciana y Elena tuvo deseos de abrazarla.

—Nunca tuve una abuela —le dijo Elena con ojos soñadores—, me hubiera gustado tener una como usted.

—Puedes tutearme, cariño —le pidió Margot—, nos adoptaremos, aunque si te digo la verdad, prefiero que seas mi hija —miró a Alan con el ceño fruncido—. ¿Y ese chico, es bueno para ti?

Elena rio por lo bajo al ver la expresión de la mujer. Su papel de madre abnegada le salía muy bien.

—El mejor del mundo.

Alfred lanzó un beso a su mujer desde su sitio y ella le devolvió el gesto. Los ojos de Elena se llenaron de lágrimas y los de Alan también. Era como ver a Rose y a Jack juntos tras el hundimiento del Titanic, pero con un final distinto, pensó ella.

—Pues podríamos ir a ver el sitio —dijo Elena y Alan asintió con una sonrisa en los labios—, ¿no, cielo?

Alan se acercó a ella y la estrechó con afecto. Margot y Alfred intercambiaron una mirada melosa. Alfred se acercó a su mujer para cerrar la puerta del coche.

—¿No te recuerda a una pareja, mi amor? —le dijo él.

Los ojos azules pálidos de Margot se nublaron.

—A nosotros.

Alguien para ellos

♪Always Remember Us This Way – Lady Gaga♪

*«Hay dos tipos de personas:
las que consiguen lo que quieren
y las que no se atreven a conseguir lo que quieren».*

(Ciudadano Kane)

Alan y Elena
aceptaron el
trabajo en la granja

«Las muñecas» tras meditarlo bastante. Ella ayudaría a Margot con las tareas de la casa y Alan se ocuparía de la granja y su administración. Firmaron un contrato preparado por Alfred, abogado de profesión. Viajaron al lugar el fin de semana.

—¡Qué hermosa vivienda! —chilló Elena—, parece sacada de algún cuento.

La casa de dos plantas tenía un hermoso porche frontal con un columpio de madera y varias muñecas con expresiones sonrientes. Alan reclinó la cabeza y susurró:

—Esas muñecas me dan miedo, pollita.

Elena miró las mismas con una mueca que expresaba miedo. Giró el rostro y escrutó asombrada la cantidad.

—A mí también, pollito.

Margot les dijo que las hacía ella.

—¿En serio? —le dijo Elena con demasiado entusiasmo—, son preciosas.

Alan la miró con curiosidad.

—A veces debemos mentir, pollito.

—¿Sueles hacerlo a menudo?

Ella le dio un golpecito cariñoso en el abdomen.

—No —le dijo con picardía—, tampoco finjo los deliciosos orgasmos —se ruborizó—, debo instalar un interruptor anti-sinceridad en mi cerebro.

—Eres única, pollita —le dijo él y le dio un beso afectuoso.

El lago que se encontraba a unos pocos metros de la casa principal, parecía un gran espejo iluminado por los portentosos rayos del sol. Rodeado por varios árboles frondosos y perfumados.

—¡Es el paraíso, pollito!

Alan escrutó maravillado el jardín de la casa y el campo que se abría a un lado. Rodeó los hombros de Elena con el brazo y la atrajo hacia sí. Ella le envolvió la cintura con sus brazos y suspiró hondo.

—Os enseñaremos vuestra futura casita —les dijeron los ancianos.

Alan cogió en brazos a Elena y la llevó hasta la casita oculta detrás de unos abedules y tilos, los árboles favoritos de Margot. Alan bajó a Elena sobre el suelo con mucha delicadeza.

—¡Cuántos girasoles! —resaltó Elena—, dicen que en ellas se suelen esconder abejas y al olerlas te pican la nariz.

Alan la miró con expresión divertida.

—¿En serio, pollita?

Elena puso cara de circunstancia.

—¡Es broma! —dijo con firmeza—, basado en hechos reales —musitó por lo bajo y se robó una risita de Alan—. Me encanta este hogar.

Era una casita con cuatro cómodos, un porche frontal y una pequeña escalera de tres escalones en la entrada. Un viejo y desteñido columpio reposaba quieto y lleno de hierbas malas en el porche. ¿Cuántos años llevaba abandonada la vivienda? Las ventanas y las puertas necesitaban pintura con urgencia. Alrededor había muchas flores salvajes repletas de mariposas. Elena miró con atención algo que se movía a pocos metros de la escalera.

—¿Es una tortuga o una piedra mágica?

Alan siguió su enfoque y sonrió al ver a la pequeña tortuga.

—Ahora que la miro —dijo Alfred rascándose la barbilla—, la casa está hecha mierda.

—¡Alfred! —le reprendió su mujer—, ¡no digas palabrotas!

Alan y Elena observaron la casita con amor infinito, a pesar de su estado, era perfecta para los dos. Alfred les dijo que tenían muebles y todo tipo de herramientas para ayudarles a arreglarla. Alan sonrió satisfecho.

—Es magnífica —dijeron ambos—, con algunos arreglos, ¡quedará como nueva!

El optimismo de ambos dibujó una amplia sonrisa en los rostros de los ancianos, que emocionados, se abrazaron.

—Gracias por todo —les dijo Elena—, este sitio es perfecto para procrear —se ruborizó como un tomate ante su extrema sinceridad—, para vivir —se corrigió con los ojos abiertos de par en par.

Alan rio por lo bajo y ella lo fulminó con la mirada.

—Es un lugar muy inspirador —dijo Margot y miró hacia el bosque—, la naturaleza invita —sonrió con picardía.

Alfred la miró con expresión taimada.

—No has cambiado nada, ruiseñor.

—No, mi búho picarón —le dijo ella y ambos se rieron.

¿También se ponían motes chistosos?, pensó Elena con ternura. Alan

cogió la tortuga y se acercó a Elena, que acarició la cabecita del animal con afecto. Margot le dijo que solían aparecer por la granja por aquellas épocas, al igual que las ranas y algunos patos. Elena le preguntó si podían quedarse con ella y la anciana le dijo que era toda suya.

—Hola, tarta de chocolate —le dijo Elena, y Alan la miró con asombro—, siempre quise una tortuga con ese nombre, pollito —acotó con voz infantil.

Alan le dio un tierno beso en la nariz. ¡Era la mujer más adorable del mundo! Margot y Alfred los miraban con ternura desde sus sitios.

—Tarta de chocolate —repitió Alan—, necesitarás un novio al que llamaré taza de café —se burló y Elena le dio un pellizco afectuoso—. ¿Quizá solo café?

Los ancianos suspiraron hondo.

—Éramos así —le dijo él con nostalgia.

—Ojalá lleguen a ser como nosotros —apostilló ella.

Se cogieron de las manos y se retiraron sin hacer ruido. Alan y Elena habían perdido la noción del tiempo y ni siquiera percibieron que los ancianos se habían marchado.

—¿Dónde se metieron? —dijo Elena.

Alan levantó la vista y los vio a lo lejos.

—Se fueron a descansar, pollita.

Miraron una vez más la casa y suspiraron con emoción.

—Tenemos un gran trabajo, pollito —le dijo con una sonrisa.

Alan se acuclilló y posó a Tarta de chocolate cerca de un árbol. Se incorporó y abrazó a Elena con afecto.

—Lamento no poder ofrecerte una mansión, un coche del año, vestidos caros, perfumes de marca o joyas —le dijo con tristeza—, solo puedo ofrecerte mi amor y lo poco que gano.

Los ojos de Elena se nublaron lentamente.

—Tu amor es mi mayor tesoro, pollito.

Alan reclinó la cabeza y capturó sus labios con mucha pasión, tanta que, decidieron entrar en la casa e inaugurarla. Minutos después, salieron corriendo.

—¡Ratas! —gritó Elena—, una vez tuve siete ratitas como mascotas —comentó.

Alan la miró de reojo mientras cruzaban como un rayo el jardín.

—¿En serio, pollita? —le dijo con cara de espanto.

Elena negó con la cabeza.

—¡Es broma! —repuso jadeante—, basado en hechos reales —se mofó por lo bajo.

Se detuvieron cerca de un árbol de castaño con la respiración entrecortada. Se miraron y rieron ante lo ocurrido. Elena se engarzó al cuello de Alan y lo miró con expresión lasciva. Él tragó con fuerza.

—Te deseo, Alan.

Cuando Elena decía su nombre, su cuerpo reaccionaba al instante.

—¿Allí? —le dijo ella—, nunca hice en un bosque —acotó con timidez.

Alan se puso muy serio.

—Las hormigas o los gusanos podrían entrar en zonas prohibidas, pollita.

Elena ladeó la cabeza y lo miró con curiosidad.

—¿Te ha pasado a ti?

Alan puso cara de circunstancia.

—¡Es broma! —le dijo él, vacilante—, basado en hechos reales —apostilló y se rompieron a reír.

Alan la atrajo hacia sí y la besó con mucha fogosidad mientras la

levantaba del suelo. Elena le rodeó la cintura con sus piernas y la falda vaquera terminó subiéndose hasta su cintura. Alan se bajó la cremallera de sus vaqueros.

—Hazme el amor, pollito —gimió Elena—, como ayer por la pared.

El recuerdo despertó cada fibra del cuerpo de Alan.

—Me vuelves loco —susurró antes de enterrarse en el interior de Elena—, te amo.

Decidieron apagar sus pasiones en el pequeño bosque que se encontraba al lado de la casa. Ni siquiera tuvieron que desnudarse para ello.

—¿Estamos locos, pollita? —jadeó Alan.

—Mucho, pollito —gimió Elena a punto de tocar el cielo—, no pares, por favor.

Tras el clímax, se quedaron en aquella posición por varios minutos, perdiéndose en los besos y en las caricias.

—Te quiero tanto, Alan —le dijo ella sin aliento—, la vida a tu lado es un cuento de hadas.

—Tú me inspiras a ser como soy, pollita.

Se dieron un largo y apasionado beso bajo aquellos árboles perfumados.



Al día siguiente, a muy tempranas horas de aquel caluroso sábado, Daniela y Jason miraron estupefactos la casa arruinada que Alan y Elena pretendían remodelar. Se otearon y luego volvieron a posar sus ojos en la vivienda. ¿Aquello era la casita de sus sueños? ¿En serio?

—Algo anda mal conmigo —le dijo ella—, no consigo ver la belleza que ellos afirman.

—Tampoco yo, Daniela.

—¿Resultado del coito que tuvimos?

—Probablemente.

Alan y Elena se pusieron a arreglar la casita con la ayuda de sus amigos. En primer lugar, la limpiaron de arriba abajo.

—No sale el agua, pollito —dijo Elena con impaciencia—, la manguera está atorada con algo.

Daniela y Jason cortaban el césped y las malas hierbas mientras Alan barría la casa y abría las viejas ventanas.

—Espera, pollita.

Elena le entregó la manguera y Alan la revisó. Ella se apartó a pasos lentos y sin decir nada, abrió el grifo justo cuando él miraba el orificio. El agua salió de golpe contra la cara de Alan.

—¡Pollita!

Alan corrió detrás de Elena hasta cogerla.

—¡Eres terrible!

Daniela cogió la manguera y les empapó. Jason rio de buena gana y terminó tan calado como ellos dos a continuación.

—Al fin tenemos los niños que tanto deseamos, mi ruiseñor —le dijo Alfred a su mujer al tiempo que la abrazaba por detrás—, nunca es tarde, cielo.

Margot sonrió.

—Nunca, mi búho, nunca.

Alguien para mi cuento

♪Your - Ella Henderson ♪

«Lo mejor que puedo hacer con la muerte es tratar de aprovechar la vida».

(Hacia rutas salvajes)

Alan y Elena vivían un verdadero cuento de hadas los últimos días en la granja de ensueño, donde reinaba la paz y la plena felicidad. Margot les cuidaba como si fuera la madre de ambos. Les cocinaba, les mimaba y les contaba hermosas anécdotas vividas a lo largo de su vida todas las noches tras la cena mientras Alfred roncaba en el sofá. También les hablaba de cada muñeca que tenía y la historia que se escondía detrás de cada una.

—Tiene cientos de muñecas —dijo Elena tras acomodarse a su lado—, y está haciendo unas especiales para nosotros, pollito.

Alan la miró con asombro mientras se mecían en el viejo columpio de su nueva casita. Abrió la boca para replicarle, pero las palabras se transformaron en un gritito agudo cuando el columpio terminó en el suelo de un golpe. Elena tuvo un ataque de risas y Alan terminó riéndose con ella.

—Te amo —le dijo él—, con toda el alma, pollita.

La luna resplandecía en el cielo, bañando a la finca con sus rayos

plateados con cierta prepotencia. Alan se levantó y cogió a Elena en brazos. La llevó al cuarto y la depositó sobre la cama de madera maciza y tallada por Alfred en el siglo pasado. Apagó la luz principal y encendió el velador de pececillos que Margot les había regalado. Elena miró con terror la muñeca de madera que yacía al otro lado de la ventana. Alan siguió su enfoque y corrió las cortinas tras santiguarse.

—Esas muñecas me dan mucho miedo, pollita.

Elena se quitó con sensualidad la blusa y dejó al descubierto sus senos. Alan sonrió antes de quitarse sus ropas y reunirse con ella.

—Son tan buena gente —susurró Elena antes de besar los brazos torneados de Alan—, ya los quiero mucho.

Alan se acomodó entre sus piernas tras desnudarla.

—Jason y Daniela no salen de aquí —acotó él con una mueca de extrañeza—, por cierto, ¿por qué ambos siempre están juntos?

Elena enarcó su ceja en un gesto de suspicacia y se encogió de hombros al tiempo.

—¿No pensarás que tienen algo?

Alan la penetró lentamente y le robó un gemido de placer.

—¿Quién sabe?

Elena se aferró a sus fuertes hombros y jadeó a medida que él la embestía. Los gemidos irrumpieron el cuarto entremezclándose con el chirrido peculiar de la cama. Alan se concentró en su placer e ignoró el ruido. Elena le rodeó la cintura con las piernas y se arqueó para absorberlo mejor.

—Sí... sí... sí... —canturreó a medida que el orgasmo se acercaba—, sí... sí... sí...

Alan aceleró sus movimientos y cuando el clímax la bañó entera, la cama se desmontó, pero él continuó con sus acometidas a pesar del incidente.

—¡Oh, sí! —gritó Alan tras alcanzar el frenesí.

Se miraron con estupor y luego se echaron a reír hasta que la cortina se abrió de golpe y el rostro de la muñeca apareció, robándoles un grito titánico a ambos.

—Esa muñeca desaparecerá mañana mismo.

Alan la llevó al jardín por la mañana, pero la misma siempre volvía a su sitio anterior de manera misteriosa. Elena la metió en un viejo baúl, pero la misma siempre volvía a aparecer. ¿Cómo eso era posible? Lo que ambos no sabían, era que Margot siempre sustituía la que escondían por otra cada vez que no la veía por allí.

—Esta tiene el peinado distinto —le dijo Alan—. ¿No te parece?

Elena lo miró con curiosidad y cierta socarronería.

—Seguro fue a la peluquería —se burló y él empezó a perseguirla por toda la casa—. ¡No, pollito!

Alan la cogió en brazos y la giró en el aire.

—¡Eres terrible, pollita!

—¡Sí!



El tiempo había pasado en un suspiro, pensó Elena mientras tendía las ropas en el patio entre los girasoles y las mariposas. Margot preparaba el almuerzo mientras Alan aprendía a usar el tractor con la ayuda de José y Alfred. En ese lapso, Elena evocó las locuras que había hecho con Alan los últimos días para concebir un bebé.

—¿Esto funcionará, Pollita?

Elena bailaba a su alrededor con unas plumas de pavo y unas piedras coloridas entre manos. Según leyó, necesitaban limpiar sus auras para que el bebé puede llegar a sus vidas.

—Sí, pollito —le dijo con firmeza—, el señor Google sabe lo que dice.

Alan puso cara de circunstancia. ¿En serio? ¿Internet era de fiar? Él estaba completamente desnudo y acostado cerca de la pequeña fogata que habían encendido al lado del lago. Elena le pasó la pluma por su cuerpo y él empezó a reírse.

—Quieto, pollito.

Ella empezó a recitar el conjuro que había encontrado en la red mientras él se retorció bajo la pluma.

—¿Estará poseído? —se preguntó y le dio una palmada—, ¡pollito!

Alan no podía controlar su risa y ella terminó riéndose con él. Tras aquella noche, hicieron el baile de la luna llena, el hechizo del huevo, téis mágicos y un montón de cosas absurdas que fueron recopilando de internet con mucha fe.

—Con esto creo que pronto tendremos unos pollitos —le dijo Alan con sorna—, o una planta de huevitos —acotó tras enterrar el huevo que habían usado para el hechizo.

Elena se puso pensativa unos segundos, imaginándose un árbol de pollitos. Alan la miró con expresión interrogante. Tras terminar su labor le preguntó en qué pensaba.

—Es nuestro sexto huevo enterrado —le dijo ella con seriedad—, me imaginaba una planta llena de pollitos —se mofó y rieron de buena gana—. ¿Te imaginas? —más risas.

Su cerdita gruñó y la arrancó de su trance de golpe.

—Hola, coles de Bruselas —le dijo a la cerda que tiró un pedo bastante estrepitoso—, ¡oh, por Dios! —dijo con una mueca de asco—, ¡hola, mermelada! —saludó a su perra callejera—, en unos días estarás mejor, princesa.

La delgada perra que habían encontrado en la carretera, días atrás, ladró y Elena le sonrió antes de acuclillarse para acariciarle la cabeza.

—Cuando te encontré me recordaste tanto a alguien.

—A ti, ¿no? —le dijo Margot y la sorprendió—, estabas tan herida como ella, ¿no?

Los ojos de Elena se llenaron de lágrimas.

—Los años no vienen solos —le dijo la anciana—, cosas buenas le pasan a las personas buenas, Elena.

Elena se levantó y la estrechó con mucho afecto.

—Algún día te contaré mi triste historia, Margot.

La anciana le dio un beso cariñoso.

—Alan también merece conocerla, polluela.

Elena asintió sin mucha convicción, lapso en que Alan y Alfred aparecieron con sus vestimentas de granjero. El mono vaquero y la camiseta negra ajada realzaban aún más la belleza bucólica de Alan, que incluso vestido de mendigo sería guapo.

—Hola, mi amor —le dijo y ella se abrazó a él con fuerza—, ey, ¿qué tienes, pollita?

Elena y Margot intercambiaron una mirada matizada de complicad.

—Solo te eché de menos, pollito.

Tras el almuerzo, se dirigieron al lago como todos los días y se sentaron cerca del abedul que se encontraba a orillas del mismo. Elena se acomodó entre las piernas de Alan y reposó su torso contra el de él. Alan la rodeó con sus fuertes brazos y le besó la mejilla con ternura.

—Por la tarde daremos nuestro paseo tradicional de bicicleta por el lugar —le dijo—, me encanta que te sientes sobre el manubrio y grites de emoción cuando aceleró, pollita.

Elena entrecerró sus ojos y sonrió con expresión bobalicona.

—No quiero despertarme de este sueño, pollito.

—¿Pío pío?

—Pío pío —le dijo ella.

Alan le habló de su día y de los trabajos que realizaron con Alfred y los muchachos. Al mencionar la fecha, Elena evocó un antiguo y doloroso recuerdo asociado a aquella fecha.

—¡Tomy! —gritó Elena con todas sus fuerzas—, ¡¿qué has hecho?!

Su hermano de diecisiete años se había colgado del árbol, de aquel árbol que tanto amaban cuando eran niños. Elena miró a su hermano anegada en lágrimas mientras sus padres salían de la casa y gritaban al verlo allí, sin vida. Elena siempre supo que estaba triste, pero nunca cuánto. Sus padres nunca volvieron a ser los mismos tras aquella tragedia. Ella nunca volvió a ser la misma tras aquel día.

«Hoy hace veintidós años que te fuiste, hermano».

Su móvil timbró y la sacó de su trance de golpe.

—Parece que va a llover, pollita.

Elena miró el cielo con ojos melosos.

—Me encanta la lluvia —le dijo ella—, te conocí un día lluvioso.

Alan la estrechó con ternura contra sí antes de que cogiera la llamada.

—Es mi madre —dijo con una sonrisa—, hola, mami.

—Hola, cielo —le dijo Mario, su marido—, ¿dónde estás, mi amor?

El corazón de Elena dejó de latir y su sonrisa desapareció de un plumazo. El pasado había retornado y prometía destruir su presente y, tal vez, su futuro.

Alguien para odiar

♪Carry You - Ruelle♪

*«A pesar de lo que les digan,
las palabras y las ideas pueden cambiar el mundo».*

(El Club de los Poetas Muertos)

Elena se sobresaltó y se levantó del suelo de golpe, alarmando a Alan, que la vio llorar con desconsuelo mientras hablaba con alguien por teléfono. ¿Le había pasado algo a su madre? Se incorporó y la miró con ojos suplicantes. Elena se estaba partiendo en dos a la velocidad de un rayo. Se dio la vuelta y miró el cielo gris con ojos lacrimosos.

—Si no me dices dónde estás, mataré a tu madre y luego te encontraré y mataré a ese cabrón llamado Alan.

Elena lloraba sin cesar con la mano izquierda sobre la cabeza y la mirada clavaba en el lago. Alan tragó con fuerza al verla en aquel estado.

—No puede ser cierto —musitó Elena, temblando.

—Ahora fingirás que estás emocionada por mi «resurrección» y cuando te coja, saltarás a mis brazos como buena esposa que eres, maldita puta.

Mario colgó y Elena le envió la dirección de la granja sin rechistar. Las manos le temblaban tanto como las piernas y el corazón.

—¿Pasa algo, pollita?

«Estaré ahí dentro de una hora y media como mucho, cielo» le respondió Mario. Metió su móvil en el bolsillo delantero de sus pantalones cortos.

—Mi... Mi... —tartamudeó anegada en lágrimas—, mi marido está vivo —dijo con una sonrisa, que no le llegaba a los ojos,— ¡no ha muerto! —exclamó con alegría fingida.

El corazón de Alan se detuvo por unos segundos. ¿Su marido estaba vivo? Elena sonreía de un modo muy extraño, parecía amedrentada y no emocionada.

«Debes fingir mejor» se dijo.

—Pollita —le dijo Alan e intentó atraparla entre sus brazos—, ¿y lo nuestro?

Elena lo empujó con cierta violencia y Alan casi perdió el equilibrio. Tenía que fingir ser la esposa abnegada y enamorada que le pedía Mario, por amor a su madre y a él.

—¡Está vivo! —gritó—. ¿No comprendes? —se estremeció—. ¡Le he engañado!

Los ojos de Alan se llenaron de lágrimas. ¿Por qué reaccionaba de aquel modo? ¿Por qué le decía aquellas cosas? Su corazón latía de manera alocada en su pecho.

—¡Por tu culpa le fui infiel!

«Necesito que me odies para salvarte la vida, pollito» pensó Elena, al borde de la locura. Mario estaba en camino, a punto de llegar allí y llevarla para siempre de su lado. Su marido la mataría, lo podía presentir, pero no podía decir nada, no podía arriesgar la vida de nadie por culpa de la verdad.

—Pollita, yo pensé que tú me amabas como yo a ti —le dijo Alan con la voz temblorosa—, pensé que formaríamos una familia como siempre lo

soñamos.

Elena puso las manos en actitud de rechazo.

—¡No! —exclamó iracunda—. ¿No comprendes? ¡Llevo años llorando por la muerte de mi marido!

Una mano helada estrujó el corazón de Alan con saña. No podía creer en lo que estaba escuchando. No, aquello no podía ser cierto. ¡Era una locura! —¿Lo amas, pollita? —dijo con la voz apagada—, mírame y dime la verdad.

El dolor se aferró al pecho de Elena, y descuartizó su músculo vital como una licuadora. Una lágrima atravesó la mejilla de Alan a medida que ella se alejaba de él como si le tuviera miedo o asco. ¿Era eso posible tras aquellos días maravillosos que habían compartido? ¿Sentía asco de lo que vivió con él?

—Con toda el alma, Alan.

Él puso los ojos en blanco.

—¡Mientes! —le gritó—, ¡no te creo, pollita!

Intentó besarla, pero ella le dio una fuerte bofetada y aquel gesto abrió una profunda herida en su pecho. ¿Hablaban en serio? ¿No le estaba mintiendo? ¿Amaba a su marido? Un nudo enorme se le formó en el pecho y en el estómago. No sabía si era miedo o dolor lo que sentía en aquel preciso instante, pero era insoportable. ¡Hubiera preferido un golpe certero en la cabeza!

—¡No me toques! —bramó enfurecida—, sentía atracción por ti, pero no amor —le dijo con determinación—, confundí las cosas ante la muerte de mi esposo —le dijo llorando—, lo amo a él, no a ti, Alan.

Él la miró como si acabara de salirle otra cabeza. Elena no se atrevía a llamarlo por su cariñoso apodo, ya no. Necesitaba que el odio usurpara el amor en el pecho de Alan.

—¡No te creo, pollita!

Elena giró sobre sus pies y salió corriendo hacia a la casa, lapso en que los recuerdos de Mario asaltaron su mente y agitaron su corazón.

—Debo preparar mis cosas —anunció ella—, ¡Mario está vivo!

Alan la siguió mientras las nubes negras tragaban a las blancas a la velocidad de la luz. Margot y Alfred estaban sentados en el porche cuando los vieron. ¿Qué estaba pasando con sus pollitos?, se preguntaron al ver sus caras agobiadas.

—Él vendrá a por mí —decía Elena como una demente—, mi amor vendrá a por mí.

«Me moriré de dolor, me moriré sin ti, pollito». Alan llevó sus manos a su cabeza mientras ella hacía las maletas. No llevaba todas sus ropas, ya que no las necesitaría tras la muerte. Mario venía para eso, para matarla.

—Por favor, pollita —le imploró Alan, anegado en lágrimas—, no puedes irte, mi amor.

Elena apartó sus manos con brusquedad y se metió en el cuarto de baño. Trancó la puerta con rabia mientras las lágrimas caían sin parar de sus ojos.

—Lo siento, pollito —gimió—, lo siento mucho, mi amor.

Alan golpeaba la puerta con los puños mientras le gritaba «te amo» sin parar.

—¡Te amo, pollita! ¡Te amo con locura!

Alan sollozaba con mucha amargura mientras golpeaba la puerta sin parar.

—Yo también —balbuceó ella con las manos extendidas contra la puerta—, siempre te amaré —lloró con desconsuelo—, incluso más allá de la propia muerte, mi amor —se rompió un poco más—, fuiste lo mejor que me ha pasado en la vida...

Alan se arrodilló enfrente de la puerta y lloró con todas sus fuerzas,

lloró con toda su alma.

—No... no... puedo vivir sin ti, pollita —tartamudeó, sollozando—, no tras conocerte, mi amor. ¡Nooo puedooo! ¡No quiero vivir sin ti!

¿Qué quería decirle con aquello? Su móvil timbró, era Mario. Cogió el aparato y leyó el mensaje:

«Estoy a pocos kilómetros, sal a la carretera y pobre de ti si intentas hacer algo, tu madre pagará las consecuencias».

Elena se lavó la cara y se arregló para marcharse con su futuro asesino. Envío un mensaje a Daniel, pero el número ya no existía. ¿Le hizo algo Mario?, pensó mientras recogía su pelo en un pequeño moño. Salió del cuarto de baño y se encontró con Alan, arrodillado enfrente de la puerta, llorando con la cara enterrada entre las manos como un crío.

—Lo siento, pollito —le dijo, llorando—, pero aún amo a mi marido y saber que está vivo... —se detuvo—, cambia las cosas.

Alan levantó la cabeza y la miró con tristeza infinita.

—¿Todo fue una mentira, pollita?

Elena evocó los mejores momentos vividos a su lado, las risas, las confusiones, los abrazos, los besos y los te amo. ¿Cómo podría vivir sin él tras conocerlo? Se puso sus botas rojas de lluvia y su gabardina del mismo tono. Alan la contempló con infinita tristeza al verla vestida como la primera vez que la vio.

—Una confusión —le dijo ella con firmeza—, como todo el resto, Alan.

¿Por qué no la creía? ¿Por qué aquel abrupto comportamiento no le convencía para nada? ¿Por qué parecía que huía?

—¿Una confusión?

Él se levantó de golpe y la atrapó entre sus brazos. Sin darle tiempo para que retrocediera, lo apartara o lo rechazara, la besó con toda la pasión

que albergaba en su corazón. Elena se dejó besar, necesitaba aquel último beso antes de partir de su vida.

«Hasta la muerte y más allá, pollito».

Mario jamás la perdonaría, jamás la dejaría en paz antes de matarla.

—¡Nooo! —gritó tras empujarlo—, esto no está bien, Alan.



Elena salió de la casa con su maleta y se marchó a la de Margot. Se despidió de ambos tras contarles lo sucedido a grandes rasgos. Alfred y Margot la miraron con atención. ¿Por qué mentía? ¿Qué había detrás de aquella drástica decisión? Margot cogió sus manos temblorosas y confirmó sus sospechas, Elena estaba mintiendo.

—¿Pasa algo, pequeña? —le dijo la anciana—, ¿te ha amenazado?

Elena no podía decirle nada, no podía poner en riesgo a ambos. Apartó sus heladas manos de las suyas y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Fue todo muy inesperado —les dijo—. Debo irme —apostilló tras abrazarlos por última vez—, no abandonéis a Alan, por favor —les rogó y salió de la casa rumbo a la carretera.

—¡Pollita!

Alan la siguió con mermelada mientras Margot y Alfred la veían partir de la granja a grandes zancadas. La mujer cogió un paraguas y salió con su marido de la casa. La lluvia empezó a caer y a bañar los cuerpos de aquellos dos enamorados separados por el cruel destino.

—¡Elena! —le gritó Alan—, ¡no puedes irte, pollita! ¡Te amooo!

El móvil de Elena timbró, era su marido.

—Estoy enfrente del portón, mi amor.

Elena tembló de pies a cabeza al verlo a pocos metros de ella. Aquel hombre fuerte, atractivo, de pelo rubio y ojos claros era el ser humano más

ruin de la faz de la tierra. Mario sonrió tras arrojar la colilla de su cigarro a un lado. El corazón de Elena estaba a punto de estallar en su pecho.

—¡Mi amor! —gritó Mario al tiempo que corría a su encuentro y la cogía en brazos—, al fin te he encontrado, maldita zorra —le susurró.

Alan y mermelada se detuvieron a mitad de camino.

—No puede ser —dijo destrozado—, pollita...

Una secuencia de imágenes de él y Elena asaltó su mente mientras ella se abrazaba a otro hombre. El dolor que sentía en su pecho era mil veces más fuerte que el que sintió cuando Dana lo dejó.

—Bésame, puta —le dijo Mario—, o mataré a Alan y a los ancianitos que están acercándose a él.

Elena lo besó con mucha pasión, rompiendo con aquel gesto el corazón de Alan, que lloraba como si estuviera en el funeral de Elena. Margot y Alfred también se detuvieron al verla con aquel hombre. ¿Qué estaba pasando?

—Todo fue una cruel mentira —masculló Alan.

Mario la acercó a la camioneta roja y la metió en el asiento del copiloto. Cerró la puerta y entró tras escanear con la mirada a Alan.

—¿Lo amas? —le preguntó a Elena tras cerrar la puerta—, no es necesario que respondas, puta —acotó apretando los dientes.

Arrancó el coche y se marcharon a un rumbo desconocido por ella.

—¡Pollita! —gritó Alan y empezó a correr detrás de ellos—, ¡te amooo!

Elena no podía controlar el llanto y se dejó dominar por él.

—Pollito —dijo llorando—, te amo.

Miró el espejo de la puerta y lloró con amargura mientras veía a Alan y a mermelada corriendo detrás de la camioneta hasta que solo vio unos puntitos oscuros y borrosos. Aquella sería la última imagen que guardaría de él, su pollito.

—Dios mío —masculló con un profundo dolor—, ¡te odio! —le gritó a su marido—, ¡te odio!

Mario le dio un fuerte puñetazo a Elena. La sangre salió volando de su boca.

—No sabes lo que te espera, putilla de mierda.

«La muerte me acaricia el alma mientras los recuerdos de mi pollito asaltan mi mente y agitan mi corazón. No duró mucho, pero siempre lo recordaré, incluso más allá de las nubes».

Alan cayó de rodillas cerca del portón al lado de mermelada.

«Adiós, pollita, no comprendo tu decisión, nunca lo haré. Mientras viva, te amaré y cuando muera, mi último recuerdo serás tú, la mujer de mis sueños»

—Toda mi vida soñé con alguien como tú.

Alguien llora

♪Angel by the Wings - Sia♪

«El odio es un lastre, la vida es demasiado corta para estar siempre cabreado».

(American History X)

Elena abrió sus ojos inflamados con mucha dificultad y miró la sala de su antigua morada con terror. Aquel sitio le recordaba los momentos más duros que vivió al lado de aquel hombre que le había jurado amor eterno ante Dios años atrás. Intentó abrir el ojo derecho, pero no lo pudo, el dolor le impidió. Mario le había golpeado hasta el hartazgo tras llegar a la casa. Sin darle tiempo de gritar, la lanzó contra la pared de la sala y empezó a darle patadas en el estómago. A pesar de sus gritos y su desesperación, él no se detuvo hasta dejarla inconsciente.

Levantó la cabeza con mucha dificultad y buscó a su opresor.

—¿Mario? —dijo con sus pocas fuerzas—, ¿dónde está mi madre?

Un dolor agudo en la parte del estómago la hizo gemir. Mario apareció minutos después y la levantó del suelo por los pelos. Elena soltó un grito desgarrador.

—Creo que tienes unas costillas rotas —le dijo él al tiempo que la llevaba al cuarto de baño a trompicones—, he puesto mucho hielo en la bañera, es bueno para la inflamación.

Elena soltó un gemido quejumbroso cuando la metió en la bañera de

golpe. El agua aterida le congeló por fuera y también por dentro. Mario no pretendía matarla, al menos no antes de torturarla.

—Tu madre ya está en su casa —le dijo con una enorme sonrisa en los labios—, en realidad, le robé el móvil mientras conversaba con una anciana en el parque.

Mario le contó detalle a detalle cómo logró encontrarla. Tenía sus ventajas ser militar, se burló mientras se arreglaba la barba enfrente del espejo del lavabo.

—Estás horrible, cariño.

Elena estaba irreconocible, tenía los ojos muy hinchados y azulados. La nariz rota y los labios agrietados tras tantos puñetazos. Parecía un boxeador tras varios asaltos.

—Te encontré a través de Facebook —le dijo él—, me bastó con escribir tu nombre para encontrarte con el malnacido ese —sonrió con malicia—, al que mataré tras terminar contigo.

Elena lo miró con el ojo menos inflamado.

—Por favor, no lo hagas —le imploró—, mátame a mí y sacia tu odio, pero no le hagas nada a él.

Mario rio de buena gana.

—¿Después de leer tu muro —le dijo con una voz escalofriante—, piensas que lo dejaré vivo? ¡Jamás!

Elena tiritaba de frío.

—Mejor te saco de ahí o morirás antes del tiempo, cariño.

La levantó del agua helada con brusquedad.

—Te hubiera desnudado —se quejó él—, con ropas pesas más.



Elena ya no tenía fuerzas para gritar, el dolor que sentía en el alma era mucho más fuerte que el de su cuerpo. Mario la llevó hasta la cocina y le dio una bebida que sabía muy mal. ¿Qué era? ¿Veneno? El sabor amargo atravesó su garganta y le robó un gemido de asco. Elena se removió en la silla con incomodidad.

—Te ayudará a calmar el dolor interno, por si tienes alguna hemorragia.

Elena vomitó y la sangre que salió la alarmó.

—Creo que exageré con los golpes —le dijo Mario con sorna—, lástima, ¡morirás antes del tiempo! —negó con la cabeza—, como Budín, nuestra perrita que maté a golpes mientras tú visitabas a tus padres —rio de buena gana—, ¡no le atropelló un coche como te lo dije! —más risas.

Mario le dijo que la dejaría en el sótano y que moriría allí mientras él mataba a Alan y a los ancianos. Elena levantó la vista y lo miró con odio. ¿Qué estaba planeando? Mario se dio la vuelta y cogió un trozo de pan. Lo metió en la boca y soltó un gemido de placer.

—Le enviaré un mensaje a Alan desde tu móvil —acotó mientras Elena cogía un cuchillo de la mesa— y él acudirá a ti tan rápido...

Elena se levantó de un salto y le clavó el cuchillo en la espalda antes de que terminara su frase. Mario soltó un grito titánico al tiempo que la empujaba con violencia contra la pared. Elena gritó al sentir un profundo dolor en la espalda.

—¡Maldita puta! —tronó Mario y la cogió del suelo con el cuchillo incrustado en la espalda—, ¡ha llegado tu hora!

Rodeó el cuello de Elena con las manos y lo apretujó con todas sus fuerzas. Ella intentó empujarlo, pero no tenía fuerzas. Miró a su marido con ojos implorantes mientras pataleaba con desesperación.

—Iré a por Alan —le dijo Mario con expresión taimada—, y lo

torturaré hasta la muerte.

La puerta principal de la casa se abrió de golpe.

—¡Elena!

Una voz lejana irrumpió los oídos de Elena, que dejó de patear.

—¡Déjala! —gritó Daniel y disparó.

Mario abrió mucho los ojos antes de soltarla y caerse al suelo con ella bruscamente. Daniel apartó a Mario de un empujón.

—Dios mío —dijo con la voz temblorosa—, Elena, ¿cariño?

La levantó del suelo a toda prisa mientras los policías llegaban al lugar. Daniel miró con desdén a Mario antes de salir de la casa. Elena aún respiraba.

—Te llevaré al hospital, cielo.

Ella balbuceó algo con mucha dificultad.

«Pollito; te amo».

Daniel se detuvo en el jardín frontal y la miró con lágrimas en los ojos. Elena se dejó ir lentamente mientras una línea de sangre salía de una de sus orejas.

—¡Elena! —gritó el oficial con todas sus fuerzas—, ¡Elena!

La ambulancia y los policías llegaron a la casa muy tarde, demasiado tarde.

—¡Nooo!

Alan observaba el portón de la granja con la mirada perdida bajo la intensa lluvia que azotaba el lugar. Mermelada no lo dejó, se mantuvo a su lado todo el tiempo, a pesar de la tormenta que caía. Jason y Daniela llegaron lo más rápido que pudieron al lugar tras recibir la llamada de Margot. Jason bajó de su coche como una exhalación al ver a su amigo.

—Estás ardiendo en fiebre, Alan —le dijo—, debes meterte en la casa.

Daniela lo miraba con profundo dolor desde el coche.

—¡No reacciona!

Alan no reaccionaba, miraba la entrada con ojos vacíos. Jason lo levantó y lo arrastró hasta la casa con la ayuda de Daniela. Margot y Alfred le prepararon un baño caliente mientras Daniela intentaba comunicarse con Elena, pero era inútil, el número ya no existía.

—Estuvo toda la noche bajo la lluvia —le dijo Margot con lágrimas en los ojos—, le llevamos un paraguas, pero no lo cogió.

Jason desnudó a su amigo y lo ayudó a meterse en el agua caliente. Alan parecía un robot sin baterías. De pronto, miró los pollitos de goma que habían comprado semanas atrás con Elena, y sonrió con nostalgia al tiempo que la evocaba.

—Todos tienen patitos —le dijo él—, nosotros no.

Elena estaba de espalda a él, lavándole los brazos con su jabón de bebé.

—Somos diferentes, pollito.

—Pío pío —le dijo él a modo de afirmación.

—Pío pío —le replicó ella y se echaron a reír.

Unas lágrimas atravesaron el rostro de Alan mientras Jason le lavaba el pelo con el agua tibia. Margot llevó sus manos a su boca para ahogar su llanto.

—El número de Elena ya no existe —dijo Daniela con aire derrotado—, ni siquiera sé dónde vivía antes —se reprochó—, solía invitarme para ir al pueblo de sus padres, pero nunca tenía tiempo.

Alan salió de la bañera de un momento a otro y se enjugó con la toalla. Se vistió sin emitir una sola palabra. Margot y Alfred le prepararon una sopita caliente, pero él solo quería dormir. Se metió en el cuarto y cogió el Snoopy de peluche que olía a ella. Mermelada saltó a la cama y se acomodó a su lado.

—Se fue, Mermelada —le dijo, llorando—, mamá se fue.

Alan abrazó con fuerza el peluche y lloró, lloró con toda el alma.

—Nunca lo vi así —dijo Jason con lágrimas en los ojos—, tan derrotado y tan...

—Entregado al dolor —completó Daniela—, me recuerda a Elena cuando la conocí.

Jason y Daniela se miraron con profundo dolor.

—Quizá Margot tenía razón y Elena no se marchó por voluntad propia —apostilló Jason—, porque eso de que no lo amaba...

—Nadie se lo cree.

Alan estuvo un mes en la granja tras la partida de Elena. Vagaba por el lugar como un fantasma. No hablaba con nadie, solo con Mermelada, su fiel compañera aquellos días. Por las tardes, se paseaba por los sitios favoritos de Elena, temeroso por olvidar sus rasgos, sus risas, sus muecas y sus ocurrencias.

—Todos los días hace lo mismo —dijo Margot, sollozando.

—Su alma está de luto, mi amor.

Alan andaba en bicicleta por el bosque, imaginándose a Elena sobre el manubrio, riendo o gritando a todo pulmón.

—Se marcha mañana —dijo Alfred con tristeza—, nuestros soñados hijos se marcharon de nuestro lugar, mi ruiseñor.

Margot se rompió a llorar.

—Como Lucía, nuestra hija.

Alfred la estrechó con afecto al tiempo que evocaba a la hija que nunca nació. Lucía murió a los seis meses de gestación, Margot casi enloqueció de dolor. Vagaba por el campo con una muñeca entre brazos. Tardó años en recuperar la razón, justo después de que Alfred hubiera sufrido un grave accidente. Se curaron con la única medicina capaz de hacerlo: el amor verdadero.

—No merecían un final así, mi búho.

Alan se marchó a su pueblo al día siguiente, donde su abuela y su hermana lo cuidarían. Besó a sus mascotas y lloró con amargura ante el adiós.

—Adiós, Tarta de chocolate, Pizza, Tortellini, Café con leche, Coles de Bruselas y Mermelada.

Alfred y Margot lo abrazaron con mucho afecto.

—Vuelve cuando quieras, hijo mío —le dijo Margot—, mi polluelo hermoso.

Alan se quebró entre sus brazos.

—Dios me concedió la gracia de ser madre —le dijo y Alfred lloró aún más—, a través de ti y Elena.

—Os quiero, mamá y papá.

—¡Hijo! —chilló Alfred y los tres se abrazaron—. Esta siempre será tu casa, siempre.

Jason y Daniela secaron sus lágrimas a toda prisa.

—Gracias por todo —les dijo antes de meterse en el coche—, ¡siempre os echaré de menos!

Margot y Alfred comprendieron que quizá jamás volverían a verlo tras aquel día.

—Los milagros existen, mi rui señor.

Mermelada corrió detrás del coche mientras Alan lloraba con amargura. La abandonaba como Elena lo hizo con él. La perra soltó un aullido de dolor que atravesó el corazón de Alan como un cristal roto. En aquella granja dejaba su alma, dejaba su corazón junto a Elena.

—Adiós, Mermelada —miró la carretera a través de la ventanilla mientras las lágrimas atravesaban su rostro—, adiós, pollita.

Alguien para el infinito

«Sólo lo diré una vez. No lo había dicho nunca antes, pero esta clase de certeza solo se presenta una vez en la vida».

(Los puentes de Madison)

Tres meses después...

Elena amaba las bandas sonoras, así que Alan eligió la canción: «*You're gonna be ok*» de Jenn Johnson para aquella ocasión. Sonrió con tristeza al evocar las bandas sonoras que usaba ella para cualquier ocasión.

—¿La de Misión imposible para la cocina? —se burló él—, ¿y para un orgasmo doble? —la miró con deseo mientras troceaba unos tomates.

Elena buscó en su móvil la canción perfecta para aquella ocasión.

—¡Esta!

—¿Pajaritos a bailar? ¿En serio? —dijo él, riendo—, ¡eres única, pollita!

—Pajaritos a bailar cuando acabas de nacer —arrulló ella e imitó los pasos del baile—, tu colita has de mover —meneó con sensualidad sus caderas al ritmo de la melodía.

—¡Sí, señor! —gritó él y la cogió en brazos de sopetón—, ¡a por los

orgasmos!

Volvió al presente con los ojos nublados por la emoción. Tres meses se pasaron, pero parecía una eternidad sin ella.

—Te echo cada día más y más de menos, pollita.

Alan recibió una propuesta irrecusable por parte de la jefa de Fernanda. Tras muchos meses trabajando en su antiguo colegio como profesor de natación, Matilde Menéndez, la dueña de la empresa donde trabajaba su hermana, le ofreció un empleo en tierras lejanas. Era una gran oportunidad. Un consuelo. Un escape. Porque, aunque deseara con toda el alma, que Elena volviera a su vida, ella no lo haría. Tres meses era demasiado tiempo para alguien como Elena.

—¿Te mudarás a ese país? —le preguntó su abuela con lágrimas en los ojos—, te echaré mucho de menos, mi amor.

Alan necesitaba alejarse un tiempo, necesitaba encontrarse a sí mismo tras su duelo. Durante meses esperó alguna noticia de Elena, pero ella nunca le escribió, nunca lo buscó. Desde que se marchó, jamás volvió a entrar en sus redes sociales o comunicarse con Daniela. Elena eliminó a todos de su vida.

Alan no tenía cómo buscarla, no sabía dónde vivía su madre o dónde vivió con su marido. Ella jamás se adentró en esos detalles. A pesar del dolor que conllevaba cortar con el pasado, decidió cambiar de número y eliminar todas sus cuentas virtuales.

—Es la única manera de no seguir esperando —le dijo a su amigo el día que lo decidió.

—Es lo mejor, Alan.

Eliminar su pasado conllevaba borrarla a ella de cierta manera. El llanto de su abuela lo sacó de su trance.

—Vendré cada verano —le dijo a su abuela antes de estrecharla—, vendré cada año.

Tras el almuerzo, se metió en su cuarto y ordenó las cosas que llevaría a su nuevo destino. Evocó su último encuentro con Dana en ese lapso...

—Me he divorciado —le dijo con tristeza.

Alan la miró con atención.

—¿Por qué?

Dana se acercó un poco más.

—Porque nunca pude olvidarte.

Dana le confesó lo que había hecho en contra de él y Elena con la bruja Oda, la ex jefa de Elena.

—¿Has hecho un conjuro para separarnos? —dijo Alan, abrumado—, ¿por qué?

Dana le explicó sus razones a grandes rasgos. Alan le rogó que jamás volviera a buscarlo mientras viviera. Visitó a la bruja, que le dijo solemne:

—Jamás hice el conjuro, Alan.

—¿Lo juras?

Ella cogió una foto en donde aparecían los tres en una cama de hospital.

—¿Crees que haría algo así en contra de los únicos que me visitaron en el hospital cuando enfermé?

—No.

Oda lo abrazó con fuerza y le dijo que Elena siempre estaría con él, sea dónde sea que esté. Un escalofrío le recorrió toda la espina dorsal al oír su afirmación. ¿Qué le quería decir con aquello?

—El amor es eterno mientras lo sientas en el corazón, Alan.

Alan sonrió al volver al presente y miró con amor infinito la alianza que Elena había encontrado en el parque, suya, por cierto.

—¿Es tu alianza? —le dijo ella en aquel entonces—, ¿destino?

—Destino —repitió él.

Alan metió la joya en su bolsillo antes de salir a dar un paseo cerca del río que se encontraba a unas cuantas manzanas de su casa mientras la canción «*Everything*» de Lauren Daigle sonaba en su móvil, la última canción que Elena le había dedicado. La cogió y la miró por unos segundos antes de lanzarla al agua.

—Debo cortar con el pasado para siempre —se dijo con un enorme nudo en el pecho—, pero nunca podré soterrar mi amor por ti, pollita, nunca.

«Tú me das todo lo que necesito» decía la canción mientras una lágrima atravesaba su mejilla.

Cuando llegó a su pueblo, se internó en el cuarto de su abuela y le rogó que le quitara aquel dolor que lo estaba matando.

—¿Me habrás olvidado, pollita? —sonrió con ternura—, no lo creo.

Dio media vuelta y se enfiló hacia el cementerio. Se sentó enfrente del panteón de sus padres y conversó con ellos como hacía cuando era niño y no comprendía mucho lo que había sucedido. Para él sus padres habían viajado al cielo y, a pesar de la gran distancia, podían escucharlo.

—Siempre os echaré de menos —les dijo con lágrimas en los ojos—, siempre.

Se levantó y se santiguó, lapso en que su móvil timbró, era Jason. Sonrió. Suspiró. Parpadeó.

—No olvides la fiesta de despedida —le dijo su amigo con su peculiar chispa—, mañana en la granja de Annabelle.

Alan rio por lo bajo.

—¡Las muñecas! —le corrigió.

—¡Eso!

—¿Estás con Daniela?

Jason y Daniela estaban limpiando las copas del bar «*Gaybian*». Ella decidió invertir su dinero en aquel local apto para todos los homosexuales de

la zona y simpatizantes. De vez en cuando, echaban un polvo, pero con la condición de no hablar del tema al día siguiente. Eran la pareja más rara del planeta, pero eran felices en su mundo colorido.

—Estamos ordenando nuestra cueva —se mofó Jason.

Daniela le dio un beso en los labios y el ruido peculiar de la caricia hizo que Alan frunciera el entrecejo en un acto reflejo. ¿Fue un beso? ¡No! ¿O sí?

—Nos vemos mañana, Alan.

—Ahí estaré —dijo él antes de colgar.

Al día siguiente visitó el viejo edificio donde vivió con Elena. El piso seguía vacante, así que pudo entrar y despedirse de cada rincón mientras evocaba sus mejores momentos con Elena.

—Pasamos momentos indelebles aquí, pollita.

Saludó de paso a Gary y a su madre.

—Un regalo de Elena —le dijo tras alargarle un peluche al niño—, adiós, pequeño Damien.

Bebió un café en la cafetería donde habló por primera vez con Elena. Evocó sus mejores recuerdos y sonrió con lágrimas en los ojos.

—Fuiste mi mejor confusión, pollita.

Tras ello, terminó en la iglesia, donde encendió varias velas y habló con Dios.

—Protégela siempre, señor —le pidió—, nunca la abandones —rogó, llorando—, ella es tu mejor ovejita.

En todo ese tiempo, jamás pidió por él, sino por ella, siempre por ella. Miró su reloj de pulsera y se levantó al leer el mensaje que le había enviado su amigo.

—Gracias por haberla puesto en mi camino.

Jason y Daniela lo buscaron cerca del parque, donde tantas tardes

había estado con Elena. Tocó la madera del puentecito antes de acercarse al coche de su amigo que discutía, como de costumbre, con Daniela.

«Estarás siempre aquí, pollita, en cada rincón de nuestros sitios favoritos».

—¡Margot y Alfred están reclamando tu presencia! —chillaron ambos—, ¡y las muñecas asesinas! —tocó el claxon sin parar.

Alan sonrió y negó con la cabeza al tiempo antes de meterse en el coche. Buscó la canción «*Remember*» de Lauren Daigle en su móvil tras colocarse sus auriculares. Aquella canción era perfecta para el momento. Durante el viaje, observó con ojos soñadores el camino. Fue tan feliz allí, pensó con el corazón encogido.

—¡Me encanta! —gritaba Elena mientras paseaban por la finca en la vieja bicicleta—, cuando nos casemos me sentaré en el manubrio con mi vestido de novia y recorreremos nuestro paraíso —decía siempre.

«Estabas allí, siempre allí» decía la canción.

—Siempre estarás aquí —susurró tras colocar su mano derecha sobre su pecho izquierdo—, siempre, Elena.

Bajó del coche cuando llegaron al lugar y se encontró con Mermelada, que saltó de alegría al verlo.

—¡Alan! —gritó Margot desde la casa—, ¡bienvenido, polluelo!

Mermelada saltaba y ladraba alrededor de él con una alegría que lo conmovió profundamente.

—¡Hola, Mermelada!

La perra lamió la cara de Alan de arriba abajo cuando él se acuclilló para abrazarla.

—¡Yo también te eché de menos!

—¡Estás tan diferente! —le dijo Margot—. Hermoso como la primera vez que te vi, polluelo.

Alan había cambiado un poco su aspecto, ahora volvía a tener barba y buena condición física. Cuando se marchó, estaba muy delgado. Sonrió antes de estrechar a la anciana con mucho afecto.

—Te eché de menos, hijo.

La mujer enterró su rostro en el pecho de Alan con los ojos entrecerrados.

—Y yo a ti, mamá.

A pesar de su buen estado físico, su corazón seguía en luto y sus ojos lo delataban.

—¡Hijo! —chilló Alfred—. ¡Bienvenido!

Alan abrazó con fuerza a Alfred, que le palmeó la espalda con cariño. Daniela y Jason miraron con resquemor las muñecas con velas en la entrada de la casa. Se abrazaron y temblaron.

—Adelante, polluelos —les dijo la mujer con alegría—, he horneado una rica tarta de chocolate.

Jason y Daniela se masajearon las tripas con expresión de deleite.

—El miedo no puede contra el hambre —dijo Jason y Daniela le pellizcó el brazo—, tú lo pensaste —se quejó él.

—Pero no lo dije.

Alan miró hacia la casita donde vivió con Elena con ojos melosos, pero no se animó a ir hasta ella. Aquella morada era el panteón de su corazón. La voz de la anciana le sacó de sus pensamientos de golpe.

—He preparado tu sopa mágica, polluelo —le dijo Margot—, al pie de la letra —Alan la miró con asombro—, tu hermana me envió la receta por correo.

Alan tragó con fuerza mientras se metían en la casa de brazos entrelazados. ¿La receta mágica?, se preguntó. ¿Tal cual le había enviado a él en su tiempo?

«¡Fernanda!» gritó para sus adentros.

—Ah, ¿sí? —titubeó.

Tragó con fuerza por segunda vez mientras se imaginaba a la pobre mujer haciendo los pasitos raros de la receta. Margot rio por lo bajo.

—Los bailes casi me descaderaron, pero espero haberla hecho bien.

Alan puso cara de circunstancia.

—No lo dudo, mamá.

Margot se detuvo y lo miró con amor infinito al escucharlo decir por segunda vez aquella palabra mágica.

—¿Mamá? —repitió con voz temblorosa.

Alan ahuecó su rostro entre sus manos y le dio un beso en la frente. Alfred soltó un gemido ante la emoción.

—Eres la mamá que perdí —le dijo con la voz enronquecida—, y tú mi padre —le dijo a Alfred.

Alfred y Margot lo abrazaron.

—Tú y Elena sois los hijos que nunca tuvimos —le dijo Margot, llorando—, los hijos que nunca dejamos de esperar.

Daniela y Jason lagrimearon.

—No seas marica —le dijo ella.

Jason la miró con reprobación.

—No seas marimacho —le dijo él.

Se codearon y rieron por lo bajo.

—Sé que Elena, sea dónde sea que esté, siempre os recordará —le dijo Alan con un enorme nudo en el pecho—, siempre.

Margot abrió la boca como para replicarle, pero la volvió a cerrar cuando de pronto, escucharon el llanto peculiar de unos pollitos. Alan giró su rostro hacia la puerta principal y vio a dos pollitos en el suelo del porche. Su corazón se volcó y luego volvió a latir de manera desbocada en su pecho.

—¿Y esos pollitos? —dijo Margot, intrigada—, no puede ser —musitó ante una posibilidad.

Daniela y Jason contemplaron a los pollitos con atención como si fueran unos dragones. Alan salió de la casa impulsado por la emoción. Cogió a los pollitos y leyó el pequeño cartel que pendía de sus cuellitos.

—Pimienta y Sal.

«Necesitamos unas mascotas condimentadas» bromeó cierta vez Elena.

—No puede ser —dijo Alan con los labios temblorosos.

Todos salieron detrás de él y miraron a los pollitos con ojos melosos. Alan miró hacia el jardín con ilusión.

—¿Pollita? —dijo, llorando—, ¿eres tú?

Bajó las escaleras a toda prisa y la buscó con los ojos. A pocos metros de él, al lado de Mermelada, estaba ella, Elena. Se miraron con amor infinito por unos segundos eternos mientras las lágrimas anegaban sus rostros.

—Pollita...

Elena se levantó con cierta dificultad, todavía se estaba recuperando de los golpes que había recibido tiempo atrás. Los médicos aún no podían creer que había sobrevivido a las graves lesiones.

—Pollito —dijo anegada en lágrimas—, tengo tantas cosas que contarte.

Alan entregó los pollitos a sus amigos y se acercó a ella sin decir una sola palabra. La miró con adoración y tras recomponerse de la emoción soltó:

—Solo necesito saber una cosa, pollita.

Elena se rompió a llorar mientras su madre y Daniel los observaban a unos metros de ambos.

—¿Qué cosa, pollito?

Alan no podía contener las lágrimas, no podía dejar de sonreír y llorar al mismo tiempo, preguntándose si aquello no era un sueño.

—¿Me amas?

Elena tragó con fuerza sin dejar de llorar a lágrima viva mientras evocaba las duras sesiones de fisioterapia que hizo para estar allí lo antes posible. Por amor había cruzado el infierno, había vencido incluso a la propia muerte.

—Con toda el alma, pollito.

Alan se quebró un poco más ante la enorme emoción.

—Con eso me basta, pollita.

Alan la besó por todos los meses que no pudo hacerlo, la besó con el alma, la besó para siempre. Jason aplaudió y todos le miraron con atención y cierto estupor.

—¿No suele pasar eso en las películas románticas?

Soltó un taco ante la mirada taimada de Daniela.

—¡Esto merece algo especial! —gritó Margot—, champán y baile.

—¡Sí, mi viejita! —le dijo su marido.

Alfred corrió hacia el viejo galpón y cogió unos fuegos artificiales que había comprado tiempo atrás para festejar el día del santo del pueblo.

—¡Falta la banda sonora de ambos! —chilló la amiga de Elena.

Daniela conectó su móvil al reproductor de música de la sala y la canción «*I'm still here*» de Sia relleno el lugar entremezclándose con los fuegos artificiales en el cielo. Jason aplaudió una vez más y todos volvieron a mirarle con estupefacción. Se cruzó de brazos y soltó un taco por lo bajo.

—¡Amargados! —se quejó y todos se echaron a reír.

Alan levantó a Elena y la besó, la besó como si no hubiera un mañana.

—Ay —gimió ella—, sigo recuperándome, pollito.

Alan abrió su boca, pero ella negó con la cabeza.

—Te contaré todo, pollito, a su debido tiempo.

Ella reclinó su frente sobre la de él y sonrió. Se miraron con infinito

amor mientras los fuegos artificiales dibujaban corazones de distintos colores en la bóveda nocturna.

—Te amo, pollito.

Las lágrimas de Elena se mezclaron con las de él.

—Y yo a ti, pollita.

La cogió en brazos sin dejar de mirarla. Elena llevaba una faja ortopédica y un zapato especial en el pie derecho.

—Maté a mi marido —le dijo ella con mucha seriedad.

Alan abrió mucho los ojos.

—¿Cómo?

—¡Es broma! —chilló ella—, basado en hechos reales —se mofó y Alan no pudo evitar reírse a carcajadas—. Ya te contaré detalle a detalle de mi pesadilla —se dieron un beso de esquimal—, ahora solo quiero mirarte, besarte y abrazarte.

La canción «*Lost without you*» de Freya Ridings empezó a sonar. Alan la bajó sobre el suelo con mucho cuidado y, tras ello, se arrodilló.

—Necesito preguntarte esto, pollita.

Cogió la mano derecha de Elena y dijo con voz melosa:

—Elena Clarkson, amor de mi vida, ¿quieres casarte conmigo y ser parte de mi gallinero?

Elena lloró con toda el alma e incluso soltó unos hipitos. Alan la miró con el corazón en la mirada.

—¡Sí, quiero! —chilló tras recomponerse—, ¡quiero ser tu esposa!

La madre de Elena y Daniel se acercaron con timidez. Margot y Alfred les dieron la bienvenida mientras Alan retiraba un anillo que llevaba en su cartera a todas partes, era el anillo de boda de su madre.

—¿Pío pío? —le dijo él.

Elena asintió sin dejar de llorar un solo segundo.

—Pío pío —le dijo ella y él le deslizó el anillo en su dedo—, para siempre, pollito.

Se levantó y ahuecó el rostro de su amada entre sus manos y la miró con devoción antes de capturar sus labios en un profundo beso de amor.

Jason volvió a aplaudir y, esta vez, todos le copiaron el gesto.

—¡Te amo, pollita!

Alan la cogió en brazos y la giró en el aire.

—¡Te amo, pollito!

Epílogo

«Pollitos para siempre»

♪Love like this - Lauren Daigle♪

«Cuando se trata del amor, incluso los héroes más grandes parecen indefensos».

Yu Shu Lien.

La canción «*Love like this*» de Lauren Daigle sonaba de fondo mientras la novia cruzaba la pequeña capilla del pueblo con una sonrisa radiante y los ojos empañados por la enorme emoción. Elena era la novia más hermosa y tierna que había pisado la tierra. El corazón de Alan estaba tan henchido que temió que le explotara en el pecho.

—Mi pollita —masculló al borde de las lágrimas—, no lloraré —se dijo con un enorme nudo en el pecho—, que más da —se dijo y se rompió a llorar ante la enorme emoción que sentía.

El vestido de seda sin tirantes destacaba las delicadas curvas de Elena que caminaba con cierta dificultad por culpa del aparato ortopédico que llevaba puesto.

—Está tan hermosa que me la lamería de pies a cabeza —dijo Daniela.

Jason miró a Alan de reojo.

—Haría lo mismo con el novio.

Se miraron y rieron por lo bajo.

—Eso nunca pasará —les dijo Alan—, ya no.

Jason y Daniela lo miraron con asombro.

—¿Casi pasaste a mi bando, Alan? —le preguntó Jason con ojos de cordero degollado.

Alan sonrió de costado.

—Nunca lo sabrás, Jason.

El cabello de Elena le caía por los hombros y los rizos suaves le rozaban la piel ligeramente bronceada. No llevaba velo, sino una sola flor blanca detrás de la oreja derecha. Esbozaba una sonrisa tan grande que casi le cubría toda la parte inferior de la cara.

A Alan le costó respirar cuando la vio acercarse; el corazón le palpitaba con tal fuerza que estaba seguro de que Elena podría verlo a través de su camisa. Con los ojos enrojecidos, Alan tomó la mano que le tendió ella.

—Estás hermosa, pollita.

Elena enarcó su ceja derecha en un gesto socarrón.

—¿Me queda mejor este vestido que el disfraz de pollito?

Alan se puso pensativo.

—Difícil decir, pollita.

Se echaron a reír antes de acercarse al cura que los miraba con ojos censuradores. Alan y Elena se pusieron muy serios mientras el sacerdote iniciaba la emotiva ceremonia.

—Te amo —vocalizó Alan.

—Te amo —solfeó ella.

Tras salir de la iglesia, se dirigieron a la granja, donde les esperaba un romántico banquete preparado por todos sus amigos y familiares. Oda mae

bebía champán mientras repartía su tarjeta personal a los invitados. Elena y Alan la miraron curiosos, pero no le reprendieron, total, ¡nunca se sabía cuándo se necesitaría de una bruja como ella! Se miraron y sonrieron antes de acercarse a Daniel y a su familia para saludarlos.

—Pero, ¿dónde están? ¿No es hora de cortar la tarta? — preguntó Daniela.

Jason le puso una mano en el hombro.

—Creo que estarán consumando el matrimonio —le dijo él y ella sonrió con expresión ladina—, o empollando, quizá.

—Allí está —dijo Daniela—, ¿dónde estabas, Elena?

—Fui a coger los recuerdos —le dijo y le enseñó una caja—, pollitos para todos.

Daniela abrió mucho los ojos al ver los pollitos con sus respectivas etiquetas.

—¿Especias?

—¿Os gusta?

—No sé si sabré cuidarlo, ¡mal me puedo cuidar!

—Pimentón y Ajo es para ti y Jason, la pareja más rara del mundo — se puso pensativa—, es como si Michael Jackson y Boy George se hubieran casado.

Daniela le dio un pequeño empujoncito.

—¡Muy chistosilla!

Desde el otro lado de la pista de baile su mirada se encontró con la de Alan.

—Te amo —vocalizó él.

—Te amo —solfeó ella.

Los últimos meses no habían sido fáciles, se los habían pasado yendo y viniendo del hospital. Por fortuna, Elena se estaba recuperando muy bien de

las graves fracturas que había sufrido en las manos de su cruel marido. Alan lloró a lágrima viva cuando ella le contó detalle a detalle todo lo que padeció bajo las manos de su esposo desde que se casó con él.

—Dios —decía Alan, anegado en lágrimas—, lo siento tanto, pollita.

Elena lo abrazó.

—Ahora solo tendrás caricias, pollita, solo amor.

Elena retornó al presente y se lamió los labios con gesto inconsciente ante la perspectiva de desnudar a su marido y saborearlo.

«Mi marido».

Margot y Alfred observaban con ojos soñadores a las personas que se encontraban en la finca aquel precioso día en que sus hijos del alma se casaban.

—¡Vivirán con nosotros! —chilló Margot—, y también la madre y la abuela de Alan vendrán a vivir aquí, mi viejito. ¿Es un regalo de Dios?

—Así es, mi viejita hermosa.

Se cogieron de las manos y se miraron con picardía.

—¿Al bosque, mi búho?

—¿Qué comes que adivinas, mi ruiseñor?

Elena sintió la presencia de Alan incluso antes de que este la tocara. Se apoyó en su torso y se giró para acariciarle con la nariz la piel cálida de la garganta que el cuello abierto dejaba al aire. Estaba guapísimo con los pantalones negros de lino y la camisa blanca remangada.

—Estás, preciosa, esposa mía —dijo Alan, besándole los rizos—. Esposa mía —repitió con la voz enronquecida.

Le acarició la mejilla y el hombro con los labios.

—¿Cuándo crees que podemos escabullimos, pollita?

El aliento cálido de Alan le acarició el oído antes de que sus dientes se cerraran sobre su lóbulo en un mordisquito cariñoso.

—Esposo mío, no seas impaciente.

Alan le succionó el lóbulo con lascivia.

—Llevo tres meses esperando, pollita.

Elena rio por lo bajo, tras su última cirugía, no pudieron mantener intimidad y decidieron alargarlo hasta la noche de nupcias.

—Supongo que deberíamos quedarnos un poco más, pollito.

Alan rozó su creciente erección contra sus nalgas y Elena soltó un jadeo sin querer, llamando la atención de todos los invitados.

—¡Los recuerdos! —gritó Daniela—, un pollito para cada uno — repartió los pollitos, los hijos de Pizza y Tortellini—, cada uno tiene su nombre.

Alan y Elena se miraron con picardía antes de encaminarse hacia el bosque, donde se encontraron con Margot y Alfred.

—¿Qué hacen aquí? —soltó Alan en un impulso impensado.

Elena lo miró con expresión taimada.

—Margot necesitaba aire fresco —dijo Alfred, ruborizado como un tomate—, así que...

Elena y Alan los miraron con ojos divertidos.

—Buscaban intimidad en el bosque como nosotros —le dijo Alan y Elena le dio un golpecito en el brazo—, ¡es broma! —chilló él—, basado en hechos reales...

Elena se echó a reír. Margot se arregló su vestido estampado mientras Alfred alisaba su camisa blanca.

—¿Os ha gustado el regalo?

Elena y Alan se pusieron muy serio de repente. Se escrudiñaron. Luego posaron sus ojos en los ancianitos que los miraban con expectación.

—Mucho —dijeron ambos al tiempo que evocaban a Lena y Alan versión muñecos—, son preciosos.

—¡Pues llenaré vuestra casa con ellos!

Alan y Elena tragarón con fuerza.

—Ah —dijeron ambos con cara de espanto.

Elena los había metido en el armario del sótano, de donde jamás saldrían mientras vivan.

—Volvemos al banquete —anunciaron Margot y Alfred.

Alan cogió la mano de su mujer y la miró con expresión bobalicona.

—¿Y nuestro paseo, pollita? ¿Ahora?

—¡Sí, pollito!

Se dirigieron hacia la casa y cogieron la vieja bicicleta de Alfred. Elena se sentó en el manubrio con su vestido de novia y salieron a dar un paseo por la finca, arrastrando las latitas que Jason y Daniela habían atado a la misma en la parta trasera.

—¡Viva los novios! —gritaron los invitados—. ¡Viva!

Elena le dijo a Alan mientras recorrían el lugar de ensueño:

«Toda mi vida soñé con alguien como tú».

Un año después...

♪ Lady Gaga, Bradley Cooper - Shallow♪

Alan y Elena
asistieron al
funeral de Alicia,

la vecina que falleció tras una larga lucha contra el cáncer de mama. Su única hermana, Florencia, ni siquiera asistió al sepelio. No se llevaban bien, pero la muerte solía unir a las personas, pensó Elena con el corazón en la mano mientras mecía a Ana, la niña de dos años que dejó Alicia junto con sus hermanitos: Oscar de cuatro años y Enrique de seis.

—Princesita —le dijo con amor.

Alan miró con amor infinito a su mujer.

—Pobre niños —dijo Elena, ensombrecida—, la tía es el único familiar, pero no los quiere.

Se retiraron del cementerio cabizbajos.

—Espero que tengan un buen destino, pollita.

Elena besó y Ana.

—También yo, pollito.

—¿Estáis cansados? —les dijo Alan a los niños con ternura—, os prepararé una rica merienda cuando lleguemos a la granja.

Los ojos de Elena se llenaron de lágrimas.

—Hubiera sido el mejor padre del mundo —susurró—, pero no puedo darle hijos —miró el cielo con devoción—, ya no estoy enojada contigo.

Elena descubrió que nunca podría ser madre, era infértil de

nacimiento, según le explicaron en el hospital de fertilización que visitaron tiempo atrás al no lograr concebir de manera natural.

—Acepto mi destino, señor.

Dos semanas después, se presentó una mujer en la granja, era la asistente social que llevaba el caso de los niños de Alicia. Elena acababa de dar de comer a Ana cuando la vio en el porche con Margot.

—Vienen a por ellos —masculló con un enorme nudo en el pecho—, te voy a echar tanto de menos, pollita baby.

La asistente hablaba con Margot, que llevó sus manos a su boca de repente y soltó un grito. Elena se acercó a toda prisa y le preguntó qué le pasaba.

—Alicia os dejó la custodia de los niños —dijo con la voz enronquecida—, alegando que no podría haber mejores padres que vosotros dos para sus hijos.

Elena miró a Ana con lágrimas en los ojos. Luego miró a la asistente que sonrió con ternura al ver su reacción.

—Si no puedes con los tres —dijo la mujer con cautela—, puedes elegir a uno de ellos.

Elena negó con la cabeza al tiempo que lloraba a lágrima viva ante la emoción.

—En mi corazón hay lugar para tres y más —le dijo tras recomponerse un poco—, oh, señor, ¡gracias!

Alan y los niños llegaron a la casa gritando y riendo. Habían estado en el parque que Alfred les había montado cerca del lago con la ayuda de Jason y Daniela. Alan se detuvo en seco al ver a su mujer. Se aproximó y saludó a la extraña con un apretón de manos.

—¿Pasa algo? —dijo, alarmado—, ¿qué tienes, pollita? —ahuecó el rostro de su mujer entre sus manos—. ¿Por qué lloras?

Elena no podía hablar ante la fuerte emoción, así que, Margot le explicó lo que sucedía y esta vez, se rompió a llorar él. Los niños se acercaron cogidos de las manos de Alfred.

—¿Por qué lloran, abuelo pollito?

—No lo sé, polluelos.

Alan se arrodilló enfrente de los niños y tras recomponerse de la fuerte emoción, les dijo:

—¿Queréis quedaros aquí para siempre?

Oscar y Enrique lo miraron con ilusión.

—¿Queréis ser nuestros hijos? —les dijo él anegado en lágrimas—, porque yo ya os amo como tal.

Los niños, rubios como el sol, se miraron con asombro.

—¿De qué habláis? —demandó Alfred con lágrimas en los ojos—, ya no tengo edad para fuertes emociones.

Todos lloraron, incluso la asistente social, ante la conmovedora escena de amor. Los niños se miraron y luego miraron a Alan con ojos de cordero degollado.

—¡Sí!

Alan los levantó en volandas y se acercó a Elena sin lograr controlar sus lágrimas que caían una tras otra por su rostro arrebolado.

—Mami —dijeron los niños y ella lloró aún más—, ¡os queremos!

—¡Tenemos pollitos! —gritó Alan—, ¡el gallinero está completo, pollita!

Alfred abrazó a Margot llorando como un crío.

—Somos abuelos, viejita —le dijo a su mujer, que lloraba a lágrima viva—, la familia está completa.

Alan besó a Ana y a su mujer.

—Ellos necesitan una madre como tú, pollita.

Elena lo miró con amor infinito.

—Y un padre como tú, pollito.

Alfred cogió su móvil y tras pelearse con él unos segundos, inmortalizó aquel momento.

«A veces, cuando menos esperas, los milagros se hacen realidad» pensó Elena antes de besar a Alan.

Índice

[Alguien como tú](#)
[Alguien como ella](#)
[Alguien como él](#)
[Alguien especial](#)
[Alguien para ti](#)
[Alguien para trabajar](#)
[Alguien como Elena](#)
[Alguien como Alan](#)
[Alguien del pasado](#)
[Alguien para soñar](#)
[Alguien para olvidar](#)
[Alguien para el alma](#)
[Alguien en mi destino](#)
[Alguien único](#)
[Alguien para cuidar](#)
[Alguien para toda la vida](#)
[Alguien para amar](#)
[Alguien feliz](#)
[Alguien para ellos](#)
[Alguien para mi cuento](#)
[Alguien para odiar](#)
[Alguien llora](#)
[Alguien para el infinito](#)
[Epílogo - «Pollitos para siempre»](#)
[Un año después...](#)
[Otras obras de la autora](#)

Otras obras de la autora



El disfraz de una mentira (1)

El disfraz de una mentira (2)

Dos almas y un secreto

Dudas del alma

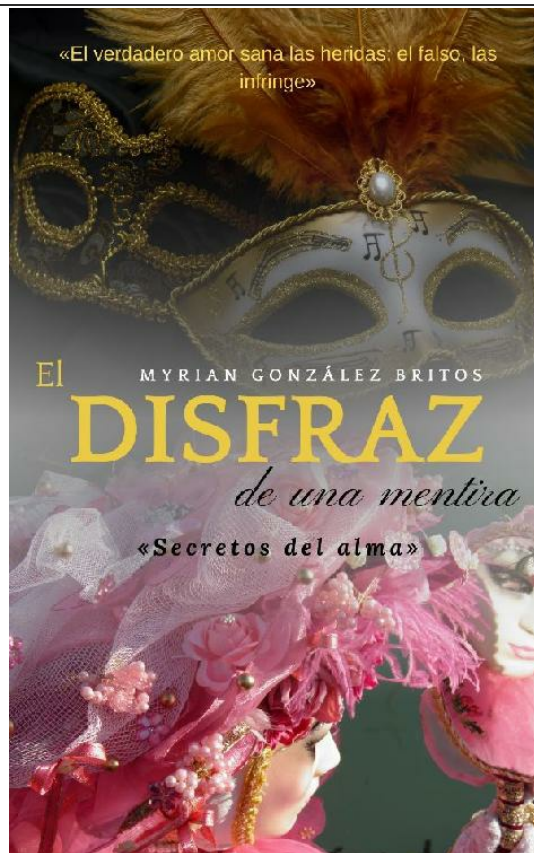
Un príncipe a mis 30

Un príncipe a mis 35

No me olvides

Siempre te extrañare

Secretos de sangre



¿Qué razones nos llevan a escondernos tras un disfraz? Para algunos es la inseguridad, el miedo. Para otros, la maldad.

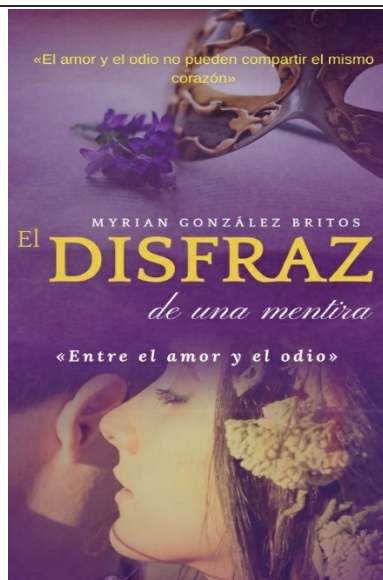
En Bagni Di Luca, un pequeño pueblo de Italia, Anna Bellini se refugia en los libros y la comida para huir de la soledad.

Carla Ferruzzi no duda en brindarle su amistad, y entre ellas se genera un lazo que parece inquebrantable.

Un lazo que se pone a prueba con la llegada de Marcello Hoffman.

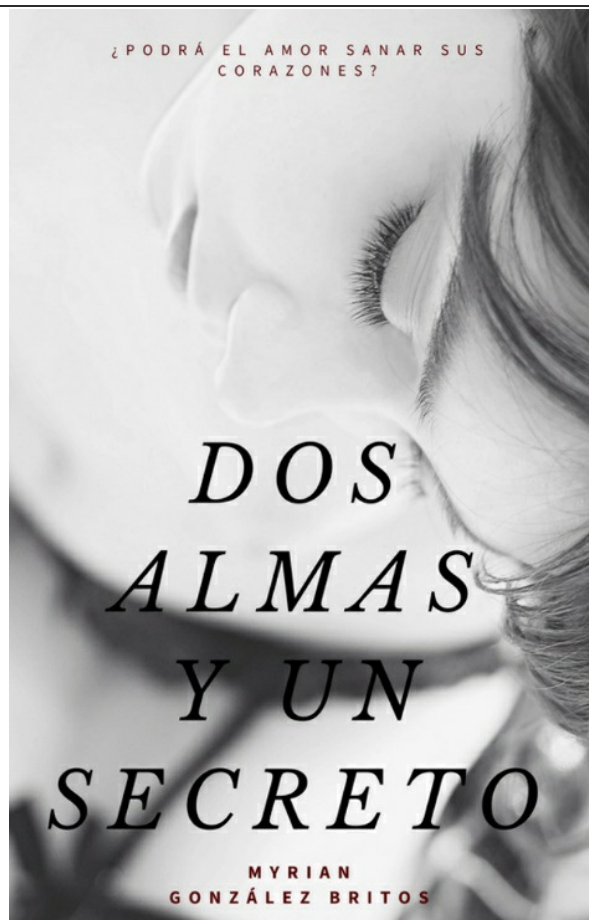
Las verdades salen a la luz, las máscaras caen y no hay disfraz que resista las pruebas del amor.

El disfraz de una mentira, una novela que habla del valor de la amistad, el amor y la sinceridad.



«Entre el amor y el odio, porque no pueden residir ambos sentimientos en el mismo corazón» Anna y Marcello se separan tras una trampa bien armada por Carla. Cada uno sigue con su vida, aunque, jamás consiguen desconectar sus almas. Anna se marcha a estudiar periodismo en Turín, donde disfruta de su juventud con sus amigos y conoce a Alex Mancini; sin embargo, no consigue olvidar a su primer amor. ¿verdadero? Marcello sufre una gran pérdida e intenta reconstruir su vida al lado de Caroline, pero, a pesar del tiempo y la distancia, no logra olvidar a Anna. El pasado y el destino parecen conspirar contra la felicidad de ambos, ¿o era alguien más? Cuando a Anna le diagnostican una grave enfermedad visual, y la tragedia golpea su puerta una vez más, se sumerge en una profunda y peligrosa depresión. Todo empeora, el día que descubre una verdad oculta detrás de una mentira bien disfrazada. Nadie era quien parecía ser en su

vida. El odio y la venganza comandan su corazón a partir de entonces. Nada parece capaz de hacerla desistir, salvo, quizá, el inmutable amor de Marcello, que retorna a su vida, para poner a prueba su corazón y su propio destino. ¿La venganza será su salvación o el amor



Todos tenemos un secreto inconfesable en esta vida». Matt lo tenía. Lizzy, también.

Matthew Caffrey, un millonario excéntrico y perturbado, lucha contra su pasado en un desesperado intento de que éste no rija su presente; pero el vacío que siente es cada vez más profundo y difícil de llenar.

Lizzy Smith carga con una historia de dolor y abusos. Su alma parece ahogarse en las penas y sólo desea ser feliz, aunque sea una vez en la vida.

Dos corazones. Un secreto. Una oportunidad de sanar.



Érase una vez...

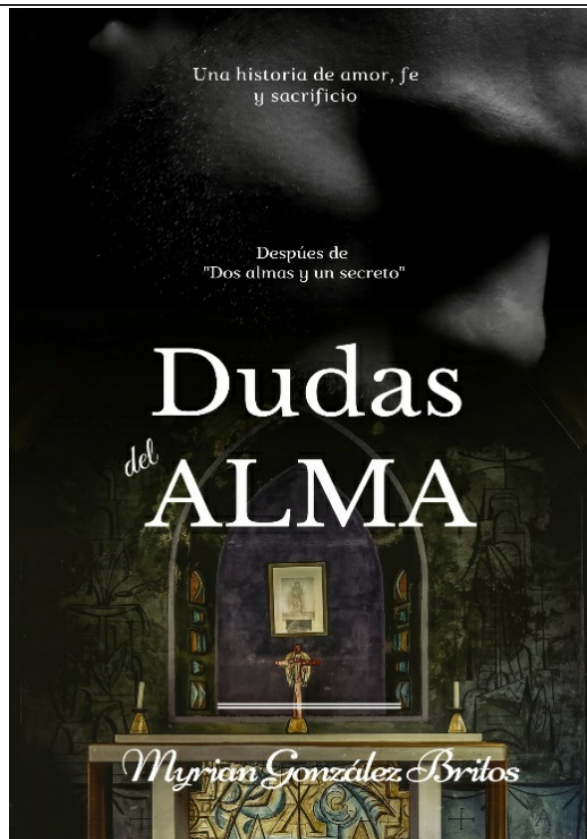
Valentina González no creía en los finales felices y mucho menos ahora que estaba a punto de cumplir sus treinta años. La muerte de su madre había dejado un enorme vacío en su corazón. La pena y la desesperanza tendían a crecer cada día más y más en su interior.

¿El destino se apiadará de ella?

Jonás Müller había huido de su país tras pillar a su hermano y su prometida en la cama.

Nada tenía sentido para el triste vikingo, hasta que llegó a Somo, y conoció a Valentina, la princesa que vivía encerrada en una librería.

¿Podrían dos almas rotas escribir una linda historia de amor?



«Una historia de amor, fe y sacrificio»

Peter Stanzenberger, un fervoroso cura alemán, viaja a Italia por una misión, sin sospechar que el destino pondrá a prueba su devoción.

Anna María Barsi, una dulce y soñadora italiana, prepara su boda convencida de haber encontrado el amor de su vida.

Cuando el padre Peter llega a su humilde pueblo, sus planes y sus propias certezas cambiarán para siempre.

Un amor vedado ante los ojos de los hombres y de Dios.

¿Es el amor un pecado mortal? ¿Podrán vencer las pruebas impuestas por el destino?

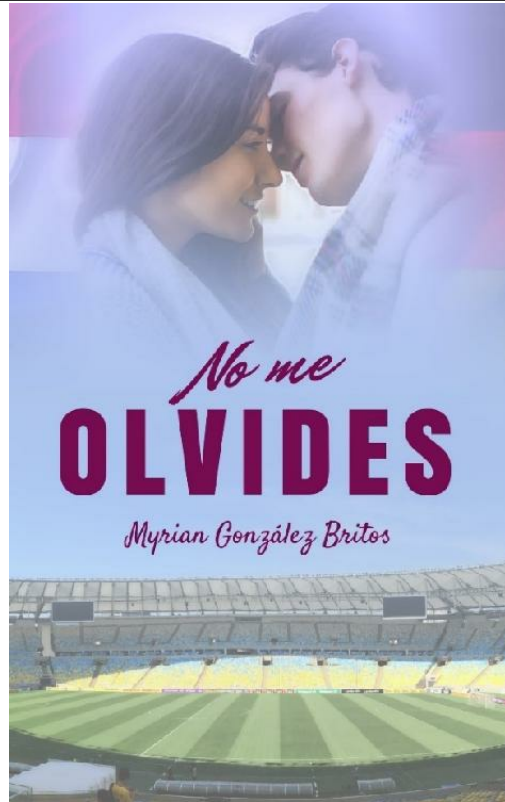
Una historia conmovedora, que pondrá a prueba incluso tu propia creencia.



Valentina y Jonás escribieron su historia a pulso. Juntos lograron vencer los obstáculos impuestos por el implacable destino. Sin embargo, había muchas pruebas más a vencer a lo largo de la vida. Un campeonato de surf en la playa de Somo prometía desatar los demonios más salvajes de Pulgarcito. Jonás, el dulce vikingo, disfrutará como nunca del lado más ladino de su pequeña y simpática esposa.

Para completar su suerte, su hermano, Stefan, retornará a su vida y pondrá a prueba su corazón. El cuento de hadas era idílico, hasta que un video erótico del alemán comenzó a circular por las redes sociales, desestabilizando por completo los pilares

de su matrimonio. ¿Podrá el amor de Pulgarcito y el vikingo dorado vencer esta inesperada y brutal oleada?



Aramí González tenía el corazón roto cuando llegó desde Paraguay a Río de Janeiro para ayudar a su tía enferma. Lejos de los suyos, intentó rehacer su vida y encontrarse a sí misma.

Thomas Leuenberger estaba a punto de casarse, pero antes de dar el sí, haría un último viaje de soltero con su hermano y unos amigos; el destino: Brasil, Copa del Mundo 2014.

Un encontronazo marcado por el destino cambió sus historias para siempre.

Aramí y Thomas iniciaron el gran juego de sus vidas.

¿Era el amor el gran premio?

«El amor nació mientras dormía»



Volver a la vida no era una tarea sencilla para Paula Bellini y Nicolás Ricci. Ambos habían sido privados de su libertad por aquellos que menos esperaban. Cuando Paula llegó a la vida de Nicolás, a través de sus sueños, algo renació en su interior. ¿Cómo era eso posible? ¿Soñar con alguien que nunca había

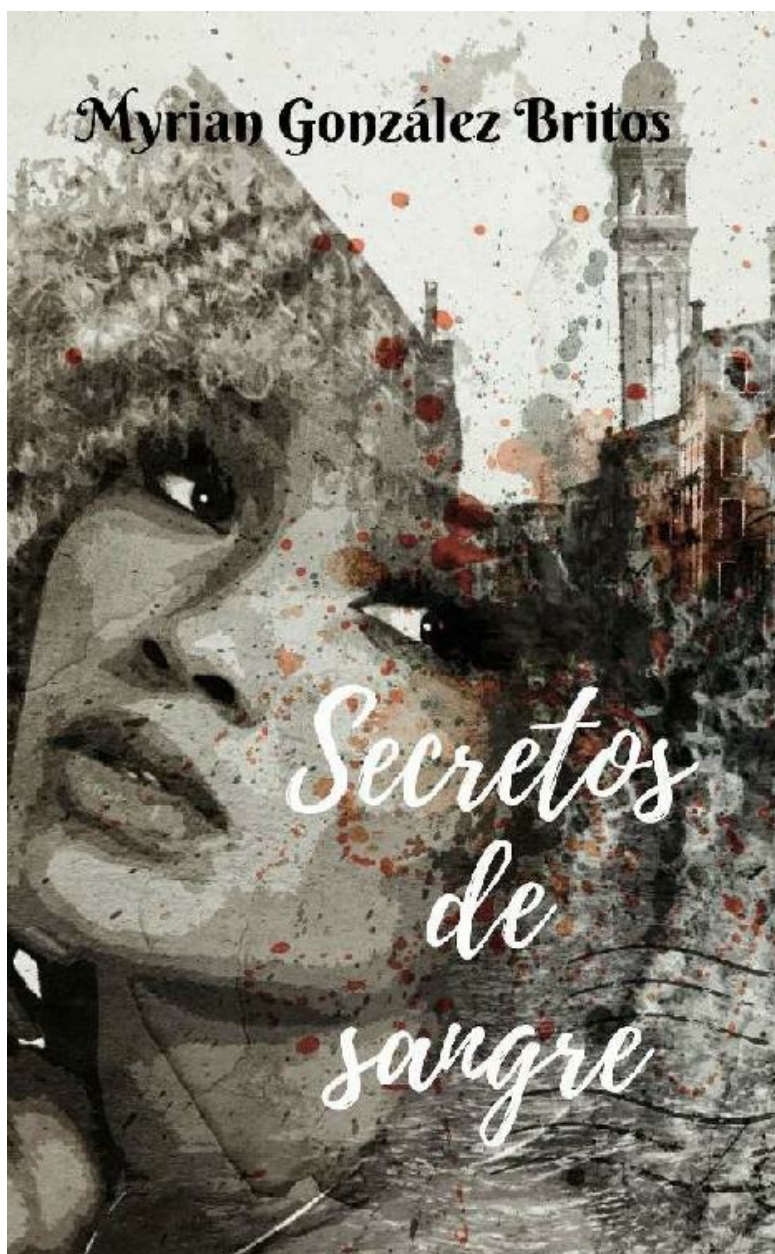
conocido?

Paula llevaba años haciéndose la misma pregunta, soñaba despierta con él desde su adolescencia, conocerlo en persona fue la magia que necesitaba en su vida.

El destino les tenía preparada una gran sorpresa.

Una sanación que no esperaban, un milagro que no creían posible.

«El amor iluminó sus abismos».



«La peor batalla siempre la libra el corazón»

La bella y tímida pastora judía Giovanna Bianco paseaba todas las mañanas por los valles de su pueblo con sus ovejas y su fiel perro. Ser hija de una judía nunca fue un problema para ella, hasta que se desató la guerra.

Paul Bachmann era un atractivo e inmovible capitán nazi, cuya misión en Italia era clara hasta que conoció a la inocente pastora y todo cambió.

Un sentimiento desconocido nació en su duro pecho y cambió su destino para siempre.

Les unía el amor y también un secreto. ¿Podrán vencer los obstáculos

impuestos por la guerra?

Una novela que desatará una dura batalla en tu corazón.